



Fragmentos de un Anarquista

©Juan Arias Bermeo

Formato libro electrónico

JAB Ediciones

Imagen de portada:

JAB Fotografía

ÍNDICE

<i>Asmodeo en brisa con sus novias FB.....</i>	3
<i>Coloquio de la tortuga y la rata.....</i>	35
<i>El sátiro y la princesa.....</i>	65
<i>La humana doña Fátima.....</i>	96
<i>Adiós CorniSancho.....</i>	119
<i>Ecos de Berdog.....</i>	137
<i>Café Vía Tarot.....</i>	148
<i>Crónicas de Islas Encantadas.....</i>	159
<i>La Noche del Búho Argentó.....</i>	176

Asmodeo en brisa con sus novias FB

Todo es alquilado en esta vida. Me pagaban lo justo por ocupar casillero burocrático de almacén iluminado, aireado, enorme cual hangar pero ratonil, correspondiendo a lo oficinesco así venga con decoración psicodélica. Sin embargo, era mi dulce agujero de papeles, borradores, esferográficos, minas y múltiples derivados de petróleo porque me sobraba tiempo para contemplar, leer y escribir, alucinaba con ser escritor al margen de los círculos literarios. Sí, alguien que de entrada camine por el otro lado de los hombres de letras dependientes de las migajas que reciben de las ponzoñas culturales, o la plaga de gestores de cultura pública y privada. Soñaba con ser animal solitario de feria internacional de libros, francotirador irreverente, autor utopista anarquista. Quería disparar ficciones filosóficas al rostro del paseante curioso que se vaya apareciendo por la tienda errante del creador-editor.

Frisando la treintena era el funcionario de medio pelo que se negó a participar de las bonificaciones extras por el porcentaje normal que se descuenta a los proveedores para costear los gastos de movilización de los jefecitos arribistas. Los jefecitos muertos de hambre negociaban las adquisiciones que entraban a la Bodeguita del Medio, como la llamaban -muy graciosos, estos menudos parásitos hechos a imagen de los grandes parásitos que los mueven a parasitar- en alusión subliminal de que gracias a su existencia se redondeaban el sueldo para comprar más y mejor en los templos del consumismo. Qué asquerosa era la mueca que me hacían, cómo se llevaban las manitas a la boca para indicar -¡los pobrecillos!- que pasaban necesidades, y que con el sueldo de miseria apenas les daba

para la menestra con limón. Daban asco y usted telepáticamente transmite esa aversión a los raterillos de saco y corbata, producen náusea así tenga para ellos la dentadura hierática de Diógenes por delante. No obstante, a los que pasamos por filósofos nos perdonan la impavidez, nos tienen por marmotas incurables, no servimos para hacer plata ni así nos soben con los billetes que sirven para montar un hogar cuatro estrellas en el Jardín de las Delicias, estatus medio alto incluido. Y ellos no insistieron después del único intento para que me haga a sus negocios *-negocitos*, les llaman frotándose las manos-, al cabo no lo hacían por el afán de compartir sus ganancias sino por la urgencia de hacerme cómplice y encubridor. No me importunaron más, fue como hacer tácito pacto de tranquilidad para este servidor mientras guarde el debido silencio. Los jefecitos, con el verbo de los nacidos para durar en el limbo tecnocrático, me ganaron con este mensaje conciliador: “Sepa, joven, que confiamos en usted porque entiende que hay que dejarles algo a los hijos. Hágase cuenta que va a estar en paz y muy a gusto en su trinchera del saber, leyendo y escribiendo lo que le plazca, tiempo y paz para hacerlo no le faltará. Eso sí cualquier momento requerirá de nuestros buenos oficios... ya lo verá, ya lo verá”.

Nadie se ceba con lo ajeno con un notario al lado, casi no hay huella de las comisiones que generan los proveedores de la gigantesca maquinaria de bienes y servicios que conforma el estado, lo que queda en firme son especulaciones. Mi instintiva defensa ante los emisarios del “lleve” era mantenerme mentalmente distante y con la expresión en la cara de aquí soy ave de paso, allá ustedes con sus *negocitos*. Se portaron decentes tras el único llamado que me hicieron para arrancar de la Bodeguita del Medio, y en mi presencia hacían gala de ser

partidarios de luchar a muerte contra la corrupción de los peces gordos, voceaban “¡hay que fusilaros a los políticos, banqueros, agentes bursátiles, etcétera, por ser los amos de la cleptocracia!”. Otro cantar hubiese sido si proponían atraco de alcurnia, donde se es ladrón de frente, auténtico, y propinando el sólo golpe necesario para pasar a retiro. Sería maravilloso desvalijar a un banco grande, de esos que son perennes saqueadores de los fondos públicos a costa de la esclavitud de las masas, o alivianar las reservas de oro de la nación antes que las donen a los ultra-acaudalados del orbe. Ahí sí para apostar fuerte a vida y muerte. De esto hay historias verídicas con final que encanta a los propios banqueros y guardianes del tesoro nacional, como el largometraje del cineasta checo Milenko, que es clásico ecuménico: *Yo no nací para trabajar*.

La prieta manceba apareció cual suspiro celestial ante mi burocrática existencia, fue el hallazgo del tesoro que nunca lo iba a obtener fungiendo de ladrón de alcurnia, apenas soñaba con serlo en mitad de una montaña de subproductos de hidrocarburo. No importa que ella me echó después de haber finiquitado nuestro contrato de unión civil basado en la confianza mutua. “Mi amorcito, mi amorcito, arrejuntémonos, seré su servidor penitente, trabajaré como bestia humana para darle una vida digna”, le propuse cantarino tras recibir caricias púdicas, con aires de clandestinidad, rendido sin atenuantes a sus desniveles de Afrodita. Y ella replicando luego de largos días de tenerme en ascuas por mi atrevimiento: “Sí, sí, sí..., pero para no ser bruta dejemos aclarando lo mío, porque ya adivino que usted es díscolo, no me convenzo de que sea patológicamente tímido, así lo pregone a los cuatro vientos. Presiento coquetea que da un contento ni bien me doy la vuelta, y no me vendrá con eso de la risa nerviosa porque es

artista en lo de enseñar la potente dentadura de caimán que el Señor le proveyó para cautivar a las mujeres gatoserpentosas. A mí usted no me engaña y cualquier rato me he de enterar que ha estado toqueteándose con la señorita T, así que hágame el favor de firmar este documento en el que yo conste como dueña de nuestro humilde hogar, nuestro abrevadero de amor, hasta que usted eche al fuego nuestra unión con la traición que vendrá, vendrá, ya lo va a constatar usted mismo”.

Parece que la Mágica nació para leerme el futuro, y lo hizo con gracia tropical, su deseo de despojarme fue mandato, haciendo picos irresistibles que anticipaban ardientes escaramuzas y la batalla de seis meses en todos los frentes del contrato matrimonial que levantamos de mutuo acuerdo. Lo que no se puede ver con un enlace así es tiernas escenas de familia, propiedad y tradición en el horizonte lejano, demasiado lejano para alguien que no es fósil de metrópoli. Por amor a la trigüeña plena de virtudes erógenas, cargada de fortaleza psíquica, y con don innato para la gastronomía regional, firmé lo que debía firmar a efecto de ganar lo que gané y perder lo que inevitablemente perdí.

Fue honesta dentro del singular matrimonio que consumamos, supo cantar claro desde el principio, era mujer de ovarios bien puestos, dueña de su palabra. “Vea, caballero, me ha seducido, he inaugurado con usted la sabiduría amatoria que se remonta al caos primordial de lo femenino. Mientras estemos juntos seré Afrodita celeste en borrador nunca corregido ni aumentado, su geisha ecuatorial. Está en mi naturaleza proporcionarle placer medido para que no reviente, y olvido también para que pueda beber de mis dones cual si fuese la única vez, ¡jamás nos repetiremos! Hasta aquí el goce

que yo le proporcionaré, dependerá de usted el lapso de tiempo que dure nuestra burbuja de amor, está advertido que bastará un desliz suyo que incluya conocimiento carnal con la señorita T, o cualesquier sucedáneo de ella, y se acabará de raíz nuestro juramento de esposados sustentado en la fidelidad. Así soy yo, todo o nada. Usted halló la joya en el cofre de las maravillas únicas que le tocó en suerte abrirlo, lo hizo entre infinidad de cajas vulgares que ofrecen reluciente baratija. Si no cree en mí váyase porque no me obnubila; pero si entra en mis intimidades hágalo para embarnecerse conmigo. Está usted comunicado, soy mujer de una sola advertencia, nuestra unión es libre pero con compromiso”.

¿Acaso una cualquiera habla así, acaso la posgraduada en humanidades modernas piensa y actúa a imagen de esta criatura olímpica? Cómo yo iba a negarme a estampar mi firma en los papeles que formuló la Mágica, era darse toda ella por un acto de confianza, era quedarme sin nada si por cobarde perdía la oportunidad de amar poseído. De entrada cedí lo que tenía que ceder, más allá de que me escucho meloso: “Mi amorcito, mi amorcito, confiar en usted es sagrado, usted es lo máximo femenino, no aspiro a más, y no la traicionaré así la señorita T se postre a mis pies. Suscribo este documento porque nuestra unión será inmarcesible [...]”.

Conste que lo pronostiqué, por obra de súbita separación, tuve mi romance inmarcesible con el reflejo de la belleza tropical y magmática de las Islas Encantadas. Insisto, fueron seis meses de derrames de energía psíquica, de felicidad lenta que alquilé en la cama, y en el vestíbulo, y en el comedor, y en la cocina, y en la sala, y en la cochera del palacio donde reiné hasta que cometí el dislate que obligó a la Mágica a hacer

efectiva la hipoteca. A la verdad cobró minucias por haber sido amante abnegada, mujer de talento, sensible, angelical en los quehaceres domésticos. No me fatigo al recalcarlo. Me hacía devorar ricura tras ricura, y qué nombres divertidos y largos les colgaba a sus creaciones de mesa, como *Encocado del pez espada que por relancina hallé en el mercado*, platillos que no se daban en mi cocina más espartana por falta de imaginación que por no contar con los reales para comprar ingredientes del buen yantar. Con ella aprendí recetas sencillas, saludables y apenas onerosas, que han conformado el menú austero del hoy creador-editor de valle subtropical andino. Me embriagué sin quedarme ciego con aguardientes ponzoñosos, tomando del vino ambarino que reviste de dulzura a Las Furias apaciguando a sus demonios antropófagos, y que no castiga con jaquecas atroces el día después. El poeta que compuso *Oda a un vino de naranja*, sabe de lo que trato. Hablo del vino de las dríades de la laguna del Junco. ¿Qué más puede usted pedirle a mi ninfa galapagueña? Valiosa muchacha, inteligente, intuitiva, graduada en la ciencia infusa de vivir, supo hacer valer los dones que le prestó la naturaleza tórrida y volcánica de las islas Galápagos. Me convenía creer y ahora sé por experiencia que yo también salí victorioso con el abandono de mi amor. Uno no se arrepiente de haber sido sultán en la ínsula del placer que perdura por ser incorruptible.

El importe del hogar de condominio pequeño burgués se lo llevó doña precavida, vendió bien nuestra cuna de amor y se marchó con rumbo cierto a gozar de la sombra de mangos resistentes al clima tropical seco, a tomar posesión de su heredad en la zona agrícola de las tierras altas de isla Isabela. No sé si algún día me llene de gracia y parta no a seguir los pasos de la Mágica sino a entrar de lleno en el espíritu de las

islas Galápagos, lo que tuve fue pizca de sus efluvios a través de los aromas de mujer magmática. Este sufridor se quedó con el privilegio de haber sido usado por una mujer que jamás volverá a alquilar así de esa manera, pues no se puede ser otra vez tan dichoso con la ninfa que nos pondrá de patitas en la calle, listos para darle espacio y tiempo al animal de feria de libros. Digamos que acerté como los benditos, fue una sacudida y limpia por fuera y por dentro, fui expurgado a fondo. Estaba muy valido de los azahares que tengo por dentadura, la sonrisa cínica en ristre, y el añadido de mi pinta de andarín renacentista, que me han dado apariencia de seductor. Pero uno es lo que es, soy patológicamente tímido con las damas, les sonrío por inercia platónica y no por dármele de lo que no somos de cuna. No fungo de Tenorio quien, ante la amenaza de ser condenado al fuego eterno por consumir efímeras seducciones, replicaba a cuenta de su eterna juventud, “¡qué largo me lo fías!”. Esa frase de combate de Don Juan retumba poderosa, pero haciendo balance el pobre fue más víctima que victimario, se jugaba el pellejo por féminas que ardían en deseos de ser engañadas, y la única dama que no permitió ser burlada lo condujo a cenar con el *convidado de piedra*, que le sirvió en bandeja sabandijas y la muerte temprana que al fin anhelaba para jamás dejar de ser Don Juan.

Ni así fuese un potentado podría adquirir a otra Mágica, manantial de sensualidad de seis meses que han resultado inmedibles en la dimensión que se dieron. A ella no se la compra con monedas, es valor que no tiene precio, es el valor que invertí para tomarla y perderla sin amortiguadores. Porque quise caí con la señorita T, que había jurado no hacerle caso si se presentaba la ocasión de entretenerme con sus volátiles caricias. Y juro que al cuerpo de la señorita T lo recorrí

con el prurito de la curiosidad, sólo para comprobar que la niña de mis ojos, de mi corazón y mis manos no era ella. La mujer que hizo de nuestra intimidad templo de Ceres felina, la que ralentizaba el placer en mi cabeza, preparó el menú gastronómico del adiós que rociamos con vino ambarino festejando juntos el primer y último cumpleaños de ella. Aun en la cena de despedida hubo comprensión cuántica entre nosotros. “No me tendrá rencor porque le caería la maldición de los taimados. Exprima el fruto de lo que le vendrá, usted halló lo que está por hacer. Si alguna vez me busca me encontrará con otro nombre y apellido, una renovada mujer le extenderá sus manos amigas. Para entonces usted será el escritor con obras publicadas, ya habrá sido el animal de ferias de libros con el regalo de despedida que le doy: la mini-imprensa que lo hará un francotirador”.

No me refugié en la autocompasión ni recurrí a deprimentes libracos de autoayuda, estaba más saludable que nunca con la regia carambola de adioses que propició la Mágica. Fue despertar y despegar el animal de feria de libros con su novela iniciática: *Asmodeo en brisa con sus novias FB*. La única manera de hacer lo que quería sin mayores obstáculos era pasando por trastornado; a cuenta del abandono de la Mágica pude deshacerme del lastre que arrastraba penitente, siendo que no había resquicio para el consejo del moderado oficinista. El arrebatado puede pescar bien entre los juiciosos burócratas. Coincidió que al día siguiente que se deshizo nuestro juramento de amor, sobrevino la misteriosa, cargada de secretismo, compra de renunciadas a elegidos servidores públicos a cuenta del alivianamiento del aparato estatal. Sentí como si la coyuntura hubiese sido creada para capear mis circunstancias.

¡Oh divina confluencia de adioses! Sin atisbos de resaca, todavía saboreaba el vino ambarino y los perfumes generosos que derrochó la Mágica en nuestra última cena de enamorados y, apenas acomodándome en la Bodeguita del Medio, sobrevino el desenlace vigorizante de mi tiempo-espacio de burócrata. Mis masas de células se pusieron a trabajar para acceder al portal de la renuncia voluntaria. Me llené de energía cinética con la máxima de la dríade de la laguna del Junco, que hice mía: “haz lo tuyo regresando a ver atrás cuando te venga en gana, pero sabiendo que nunca te repetirás”. Esta vez, la presencia de los jefecitos enemigos a muerte de la corrupción, vino con el aura de la redención, fue verlos y saber que portaban magnífico mensaje. La Mágica además de propinarme una buena patada escaleras arriba, me había traspasado pizca de su poder de atracción. Los jefecitos, en tono alegre y con aparente avidez juvenil, como soñando que ellos eran los que esperaban con ansias que les llegue la oportunidad de escapar del circo estatal para ser domadores de fieras humanas en el libre mercado de los terroristas financieros. Esta charla se ha convertido en memorable por su trascendencia, fue sustanciosa y por añadidura agradable. Ellos llegaron a mí cual compañeros de banca, tiza y pizarrón, de la secundaria de la edad de la mala-educación con embudo; me embriagaron con el verbo renunciar, lo conjugaban sin arriesgar nada en el firmamento del convocado a renunciar, dejando claro que harían tal o cual cosa con el dinero de la liquidación si tuvieran veinte años menos, “¡como usted!”. De ahí fue un pestañeo ponerse a mis órdenes “en caso quiera retirarse al campo a tener su jauría de pastores alemanes, su jardín de aloe-feroz, su bosque de cherecos, su huerta orgánica de coles, rábanos y zanahorias”.

Sobrevino el instante irrechazable de salir por la puerta grande del monstruo petrificante y ponzoñoso de la burocracia y, paradójicamente, con el auspicio de mis jefecitos depredadores. Por algún motivo que da lo mismo saber o no cuál es, me tendieron el trampolín no para tirarme de cabeza al vacío sino para impulsarme a lo desconocido repleto de aventuras. El mensaje de los jefecitos detonó fuerte dentro de mí, “ya pues, déjese de poses revolucionarias, no nos convence con su discurso anarquista-utopista si este minuto no es capaz de resolver su futuro lejos del amparo de nuestro limbo... ya pues, cometa la locura de sufrir la incertidumbre por nosotros los desahuciados para cualquier otro *negocito* que no sea ordeñar a la Bodeguita del Medio”. En todo caso vinieron con el atuendo de profetas cuando más los necesitaba, cumpliéndose lo que me dijeron cuando hicimos el trueque de paz de ellos para mí y silencio de mí para ellos, “ya verá que cualquier rato de estos le hacemos un gran servicio”. Llegaron ajenos a la novedad de que había sido despedido gloriosamente (jamás me oiré decir lo contrario) del edén de Afrodita, yo estaba con mi velero sin amarras flotando en la bahía de la fortuna, presto a que el viento de pasado mañana de empiezo a mi odisea librera. Fui corriendo a que me despachen con la liquidación que se me antojó jugosa tratándose de una renuncia voluntaria.

Ágil es el futuro cuando coadyuvan los disparadores del cambio de tercio. Doce años, desde que cumplí la mayoría de edad, que he pasado en el almacén y sus avatares callados entre muros, que he comido de su constante modernización al punto que con los avances de la informática se convirtió en juego sencillo lo de administrar derivados de petróleo, hecho que sumado a la patada escaleras arriba que me proporcionó la

Mágica y al libre albedrío para hacer mis cosas del alma que me otorgaron los jefecitos, facilitó que cierre la novela que venía esbozando una década. Estaba seguro que mi primer libro no me daría de comer a lo gamonal pero sería la coartada para ser el loco divino que por fin salga a la luz impulsado por su energía oscura. Y esto sucede cuando el autor puede vanagloriarse de la leyenda que cuelga en su quiosco de feria internacional de libros: **Escribo para vivir.**

“¿Disculpe señor, usted realmente vive de esto? No se ofenda, lo que pasa es que su libro no es nada barato, y no sé si vende lo suficiente como para vivir de esto... ¿me explico?”. “Si aquí alguien ajeno a mis letras mostrara una gran canasta de succulentos emparedados y otra conteniendo mis libros, con el letrero de ambos productos a dólar por obra de absurda liquidación de existencias, créame que la canasta de comida chatarra se vaciaría rápido mientras el alimento del alma saldría en mínima proporción frente a la urgencia disparada del transeúnte para halagar su tripa. Ahora, su aporte adquiriendo sin regatear el libro *Asmodeo...*, no alcanzaría para comer a lo cleptócrata pero sí me acaba de brindar más de una cena decente. No exagero cuando digo que escribo para vivir. La ficción es la otra cara de la realidad, no hay realismo mágico que supere a la fantástica y cruda cotidianidad, esto último lo aseveró el mismísimo autor de la novel cimera de esta corriente literaria, *El otoño del patriarca*. El artista captura del instante el material con el que fragua su obra, está ejerciendo el oficio de la diferencia, y, cuando no se esfuerza para ir por el filo del abismo sin caer en él, es que se incorporó al vividor. El día que usted tiene gusto de decir de lo que va en este reino ecuatorial, se le abren las puertas del interior y del exterior. Si una ponzoña graduada me pregunta ¿usted de qué va?, le contesto

voy de escritor en libre ejercicio de su arte. Y usted, economista, ¿de qué va?”.

Me organizaron sentida despedida los compañeros de la Asociación de Servidores de los Almacenes del Estado, en cuya directiva fui años suplente del vocal de Relaciones Públicas de turno. No sé porqué me escogían en la lista ganadora para reemplazar al titular que jamás me dio chance de hacerlo, no escuché de uno de ellos decir: “Oiga, no sea cruel, acuda usted a tomarme la posta en la sesión de la junta directiva y de paso gánese unos verdes para el mote con chicharrón”. Acepté ser sempiterno suplente sin chistar, así no hería susceptibilidades, además que era nombramiento inocuo, ni quitaba ni ponía nada a mi contemplación en la Bodeguita del Medio. Será que me tomaban en cuenta por lo que me dijo la simpática señora de la limpieza de los viernes, “es que usted tiene cara de filósofo en extinción... Mejor ríase, y de paso está en los créditos de la revista gremial”.

Muy agradecido he quedado con los compañeros de la asociación, fueron sensatos, obviaron discursos horripilantes y, sobre todo, no me extendieron la placa de latón, me libraron de arrojar a la basura tal espanto de recuerdo. No hay necesidad de una placa para que uno se acuerde intempestivamente de los doce años de sabroso monólogo en la Bodeguita del Medio. La emoción del adiós corrió a cargo de las lágrimas de la señorita T, mientras bailábamos el afamado ballenato de principios de siglo, *El revolconche*, cuyo estribillo medular me calzaba a medida, “...el jugador necio pierde por capricho, tú lo quisiste, sufre el nuevo amanecer, no te resignes, no te resignes...”. La señorita T lloró en mi hombro con la discreción que es de apreciar, susurrando pidió disculpas por haberme

seducido y de golpe destruir el pacto de fidelidad con la Mágica. “Pobrecito, sé que te han dejado en soletas y por eso te lanzas a la calle desesperado, a buscarte las habichuelas en la leonera del quita y pon de los monopolios privados”, gimoteó casi sonriendo para darme valor. Y yo consolándola con la verdad que a ella le podría sonar a enajenación: “Por favor, no te culpes, sin proponértelo fuiste parte del envión que necesitaba para afrontar los días fuera de la Bodeguita del Medio”. “Qué loquito está mi amor de cuarto de hora, mi ilusión de almacén, cuánto me encantaría que fueses mi pareja de largo aliento, te diera de comer y beber de lo mejor, te cebaría como a ganso para *foie gras*, y te devoraría cual loba hambrienta”, la señorita T halagaba mis oídos, ¿cómo no? Especulando con la entonación que le dio a lo de “loba hambrienta”, no es ficción sospechar que ella fue instrumento clave del cambio de tercio que impulsó con energía oscura mi nave astral. ¿Por qué no, la señorita T, conchabada con la Mágica? ¿Por qué la Mágica se enteró al segundo del acto inocente de mi cuerpo débil? He ahí las jodidas cuestiones que se quedaron flotando en la sala de baile donde retumbó *El revolconche*.

La nota cómica de la despedida fue el conato de puñetes que hubo entre dos ilustres tecnócratas, luego de pasar por el gznate sendos tragos a mi salud acabaron discutiendo fuerte por la decisión irrevocable del homenajeado. “¡Con que tenemos a futuro a flamante metafísico de exposición! ¿Qué va a ser de nuestro escondido pensador en el abominable mundillo de las letras ecuatorianas?”, aulló el ingeniero ergonómico, grado cuatro, que no aprobaba mi decisión. Y el abogado de coactivas, grado cinco, replicando: “No sea cavernario, señor ingeniero de perfiles ergonómicos cuatro y

medio, entienda que el hombre hará realidad por todos nosotros el sueño de ser libres". "El troglodita será usted, señor abogado de coactivas perdidas cinco y tres cuartos..."

Lavado de resentimientos, rodeado de la camaradería de mis ex compañeros, di el paso fundamental hacia el surgimiento del autor-editor. Me organicé estupendo después del ciclo rumiante del almacén. No me atacó la angustia del desocupado queriendo ocuparse a fuerza de nervios. Es curioso sentirse afortunado apenas por tener entre manos la suma de billetes que nunca antes había imaginado poder acumular con un sólo movimiento de la mano izquierda estampando firma ilegible. En todo caso mi rubrica asentaba lo de fondo, que no volveré a pisar el hangar de mi inspiración. Caminé horas por las calles de fuego, donde reina la tentación de los paraísos en serie. Cada vitrina del consumismo muestra al Homo sapiens radiante, automático, bello y casi inmortal, émulo del androide. Cuán perfecto es el mundo Disney de los carteles, sublimando la angustia del viandante y el chofer, transformándola en felicidad volandera si compra esto y lo otro. Allá está la valla publicitaria exponiendo al Tarzán de jungla de ilusiones, luce hipermoderno, es el deseo o envidia de los ojos que anhelan su estampa apolínea; y no se queda atrás la Morticia gigante de labios lúbricos, esa boca ardiente dándose a uno en medio de la calzada. Gracias a mi largo entrenamiento psicobiológico para resistir y no someterme a los mensajes subliminales de compra-compra para ser feliz hoy porque mañana te mueres, no entré con la recompensa por la renuncia a perderla en el mundo Disney.

Andando entre muros rutilantes comprobé que tenía bien templado el porvenir. Sabía que el miedo de comerse los

ahorros mata cualquier intento de emprender para vivir y se acaba siendo engranaje del yugo, *acumula un poquito más*. Tuve la suerte de que meses antes de la llegada de la Mágica y cuando la bendita compra de renunciadas era una quimera, por mero pasatiempo, seguí en la red el curso “haga diseño gráfico sin mosquearse” y, como ejercicio final para obtener el diploma de “diseñador amateur”, presenté a mi profesor virtual el arte completo de lo que entonces era un libro de juguete. Ese adelanto subconsciente de la tarea que nos toca hacer pasado mañana, después alentó al escritor novel a meterse en la corrección última de los capítulos de *Asmodeo en brisa con sus novias FB*.

No quise valerme de intermediarios para el reto que tenía que enfrentarlo al margen de ediciones decadentes. La mini-imprenta portátil que la Mágica me regaló como premio consuelo por nuestra separación resultó ser la herramienta imprescindible para la independencia del escritor de FIL, me colocó de golpe en la época del creador-editor-impresor autosuficiente, dentro de casa. Puse terreno de por medio con mi pasado, renací a cientos de kilómetros de la metrópoli donde crecí abrumado por la consigna de ser alguien en el escalafón de las termitas. Se presentó la oportunidad de alquilar de por vida el hogar rústico de mis sueños, compré la casa de adobe que visioné reconociéndola en el acto cuando visité la cañada subtropical de San Epifanio del Monte. Adquirí la mañana perpetua que anhelaba con el solar circundado de bosquecillo de especies arbóreas endémicas como el chereco y los sauces llorones llegando a la ribera sinfónica del río Cabra, aún primordial. No puedo vivir más cerca de la materia floreciente y tan lejos de la alienación consumista. La plata que obtuve de la Bodeguita del Medio fue

convertida en suelo sagrado. ¿Cómo pedir más silencio fragante para montar la maquinaria que echó a funcionar la tienda del animal de feria de libros? Mi formidable mini-impresora produjo doscientos libros por vez, hice once ediciones de lujo de *Asmodeo*... Fueron copias de belleza incontrastable, una obra de arte rotunda. Lo anuncié en las ciudades de la patria que visité con mi tienda ambulante: “Ofrecemos arte indeleble por dentro y artesanía por fuera, hecho para lectores y coleccionistas exigentes”.

Hice el trámite pertinente para inscribirme como autor-editor en la honorable Cámara de Ediciones Independientes de América Latina (CEIAL), institución cultural interamericana de corte autónomo y sin fines de lucro. La CEIAL, no interpuso ninguna traba para salte al cuadrilátero literario ecuatoriano bajo el sello editorial, Bípedo Contemplativo. Usted es mejor recibido por la gente que no ha tenido idea de lo que hace, cuando manifiesta sin ambages: esto es lo que tengo y esto es lo que ofrezco. Así obtuve mi primer quiosco en una exposición cosmopolita, y puse a mover la cosa desde las alturas, pues me estrené como amo del oficio de autor-editor en el Palacio de Cristal de Itchimbia, llegué cual invasor huno, sin mostrar la menor afición por las costumbres editoriales. Nada de cóctel de lanzamiento con momias letradas introduciendo nuestra obra. No íbamos a hacer de *Asmodeo en brisa con sus novias* FB comidilla de cualquier transeúnte con ganas de bocadillos y sin el menor deseo de meterse en ficciones filosóficas que las escribí para mí mismo y, por cinética contemplativa, para otro existe-vividor. No hubo partes a los entes mediáticos que engordan al perioverborreísmo de la curiosidad volátil que pasa de exprimir el instante; no hubo venias a escritores arruinados por la consagración en nuestro pedacito de Gaia.

No doy razón de los venerables plumíferos ecuatorianos y, por democrática correspondencia, hasta la fecha ellos tampoco tienen noción de qué hago en el coto de las letras nacionales. Mutuamente nos hemos librado de toparnos en los paneles henchidos de aspiraciones mundanas. ¡Santa inercia librera, cada quien con su sello editorial, cada quien en su cosmos!

Tuvo que ser la colina ancestral de Itchimbía la anfitriona de la luz de los capítulos que elucubré en las horas rumiantes de la Bodeguita del Medio, capítulos reunidos para *Asmodeo en brisa con sus novias FB*. Las ferias internacionales de libros son vitrinas mundanas deslumbrantes como la zona Disney, se consumen en un escenario ruidoso cual mercado bursátil. Lo interesante e instructivo es que sumido en la estridencia enceguecedora del “reventón de la cultura” -como rezaba una de las leyendas oficiales de la FIL con la que nos estrenamos- se desataron las tendencias de los tipos psicológicos humanos, y hallé que mis sensores estaban preparados para discernir en la psiquis ajena merced a la constante inmersión en los abismos propios. Desde el vamos y hasta la última función del quiosco mío, fue revelador el contacto directo con la gente y sobre todo con nuestros exclusivos lectores. No daba crédito a mi repentina sociabilidad después de años de encierro voluntario, fueron once participaciones en sendas FIL, teniendo como epílogo digno de ciencia ficción la aparición del Síndrome del Animal de Feria, SAF (por sus siglas secretas entre nosotros los expositores), que suscitó la heroica retirada de la tienda del Bípedo Contemplativo antes de contagiarse con tan siniestro mal.

La primera salida a la arena FIL fue un curso intensivo de modelación del vendedor, y de cómo perder

dosificadamente la vergüenza del escritor dentro del abigarrado comercio de las letras. Nos tocó aplicar la técnica de ensayo y error y mostré disciplinada informalidad. Había cumplido con los requisitos de participación y estuve absorto en medio del concurso de eminencias locales. Los más llamativos eran los funcionarios del estado señalados en el ámbito nacional como medios poetas, y medios narradores, y medios perioverborreos, y camaleones completos por su versatilidad tecnócrata y política. La duda de si llegaba el primer mandatario se mantuvo hasta el final, disipándose cuando tomó la palabra cierto subsecretario y se lamentó de que su jefe máximo se había mostrado contrariado por no poder asistir debido a imponderables del majestuoso ejercicio de sus complejas funciones. “Ustedes están al tanto... El Jefe de Estado también tiene un espacio para mostrar su obra señera de ficción política *De república pelucona a república ardiente*, aquí en Itchimbía, y le hubiese encantado celebrar con nosotros esta jornada del conocimiento abstracto, ustedes me entienden [...]”. El flamante francotirador de FIL agradecía estar por fuera de los círculos del seudopoder de los gestores culturales. Pobres, daba grima verlos más que de oír los circunloquios de las habladoras y habladores de turno del gobierno desarrollista monetizador de paso, aunque estreñidos por el trajín politiquero que los exprime de la noche a la mañana, se dan modos para proclamar su simpatía por el arte por el arte, y sobre todo su amor hacia el arte por encargo. “Esto me anima”, me dije divertido por la lánguida oda al escritor y sus secuaces que hicieron las autoridades y los sufridos invitados de honor acolitando lo que venga, dando realce a la apertura del magno evento sonriendo a trochemoche. Acabados los discursos que no he vuelto a escuchar jamás por mínima higiene mental, retorné apurado a la tienda porque me chismearon que la

ministra motejada la Colorada, mujer que destacaba por su tipo dentro del conjunto abridor de la fiesta del libro, iba a desfilar con su séquito por las instalaciones del Palacio de Cristal. Presentí que mi pabellón estaba a tiro de su recorrido, y que por algún motivo extra se iba a parar en la tienda Bípodo Contemplativo.

“¡Ahí viene, ahí viene...! Aproveche cuando pase la Colorada y obséquiele su obra, es exorcizar al demonio de la FIL, libera tensiones donando el primer libro bajo el sello Bípodo Contemplativo y vale de amuleto. Le traerá suerte, ¡hágame caso!”, exclamó el vecino izquierdo de mi quiosco poniendo énfasis en el nombre de la editorial que lo había enganchado como a otros que me lo hicieron saber a partir de la exposición de Itchimbia. Le hice caso al veterano luchador de FIL, al librero cristiano de barba gris y biblia en mano, constante recitador de su fe después de haber superado prueba atroz que le plantó su pasado bohemio. Aunque su tienda Relatos Cristianos, ahíta de literatura de autoayuda, estaba en la otra orilla del taller nietzscheano Bípodo Contemplativo, hubo empatía de contrarios desde un comienzo. No perdía nada bautizándome de ese modo en la loma de Itchimbia. La ministra se acercaba cabeceando de banda a banda por el corredor, viendo y no viendo la múltiple oferta de libros a sus costados, sonriendo repetía altiva pero con sencillez campechana a la vez, “¿todo bien...?”, y los aludidos contestaban educados: “sí, ministra, todo bien”. El estado costeaba la feria y si no me gustaba lo que éste ha hecho por el sello Bípodo Contemplativo sólo restaba mandarse a mudar sin protesta y con la certeza de no volver a una FIL porque las puertas del palacio del reventón de las letras se cierran ipsofacto a los malagradecidos. A la verdad, me sentía cómodo

y expectante en el quiosco Bípido Contemplativo, cual araña presta a estrenarse en su red psicológica. Todo estaba rodando como si el productor de esa escena de feria fuese yo mismo, y eso hacía que sea irreverente. El miedo al mañana se quedó plantado en la Bodeguita del Medio; en el amanecer del creador-editor, a cambio, se deglutía el instante a fuerza de hacer que reviente el inmediato futuro. “¡Señora ministra!”, aullé en el momento preciso, de pie y alzando el libro de *Asmodeo*... con la diestra. “Revise mi primera novela”, añadí con el refuerzo positivo de extenderle la obra que ella la recogió con ambas manos dando un paso hacia adelante, colocándose de cara a la tienda y su chagrillo de afiches de playas prístinas para llamar la atención del posible lector.

“¡Guapa, la Colorada, tiene su cuerpo y gracia!”, exclamé después de mi bautismo, con apostólica picardía, el librero cristiano. “Sí, donosa, la señora”, respondí algo arrebolado. En sí, de la Colorada (y su traje sastre impecable, azul marino, bien amoldado a su porte maduro), me arribó el perfume incisivo de almendras, me llegó la imagen del ente que posa como si estuviese perseguido por doquier de una cámara o un micrófono. Me preguntaba: ¿Cuán bella sería espontáneamente relajada ante la música del río cristalino que riega la vega de mi morada silvestre? ¿Será factible reinventarla ajena a las caretas que escogió para ser ella, la Colorada, funcionaria versátil en la cúspide del maremágnum ministerial? La señora hizo ademán de leer la reseña de la contratapa, mas prefirió acariciar con sus delicados dedos la portada, donde dríades voluptuosas convidan exquisiteces gastronómicas al señorito del remanso de arena blanca matizando la concha de aguas turquesas lamiendo el verdor de manglares refrescados con paradisiaca brisa. “Vaya, vaya,

conque tenemos a *Asmodeo en brisa con sus novias FB*", dijo acusando en su rostro oval, de natural sonrosado, rubor extra por el atrevimiento de no haberme contentado con el "¿todo bien...?" que repartía gratuitamente. Qué me costaba decir "sí, todo bien, ministra", si no iba a ganar un centavo con ese acercamiento. Pero sí se gana, gano lo que me vale para hacer eso que el señor Bloom llamó *reorganización retrospectiva*, pintar a la perfecta desconocida cuando se me pegue la gana para que pase a ser parte de la fauna de nuestras ficciones. El clímax de mi instante con la Colorada arribó junto a su gesto coqueto, gracioso, no el manido de ordenar como es inveterada costumbre en la pirámide ministerial, sino el de zanjar una incertidumbre existencial, "¿me lo está vendiendo...?". "No, señora ministra, se lo obsequio", dije con sobriedad, y el librero cristiano que más parecía ser parte del cortejo oficial de la ministra, flameó el pulgar hacia arriba en señal de triunfo. De esta forma se marchó la primera copia de *Asmodeo...*, en brazos de la Colorada. ¿Ella habrá leído, archivado, regalado o botado mi libro?: no sé ni me importa. Lo que me sedujo es que *Asmodeo...* se fue pegado al pecho de quien bien podría ser una de sus novias FB.

La ministra de Cultura del bautizo literario de entonces pasó a ser ministra de otro portafolio más rentable, de esos que exacerbaban los anhelos progresistas de patriotas de bolsillos insaciables. No obstante, no se alejó del hábitat de las FIL, bien señaló a medios perioverborreos que desde donde esté fungirá de embajadora de honor de nuestra bullente cultura, a la par que fundó la empresa de servicios libreros que hace legalmente jugosos negocios con el Estado, y de media poeta nacional se elevó por intermedio de la meritocracia a poetisa

intercontinental. Mas, lástima, de sopetón, la Colorada, había dejado de ser encantadora, eso me participó apenado el cristiano librero, que no la veré más en su apogeo de matrona romana diciendo “vaya, vaya, conque tenemos a *Asmodeo en brisa con sus novias FB*”, y envolviéndome en hábito de aromas de dátiles de la media luna. “¡Y a mí qué me importa!”, aullé un rato de esos provocando la carcajada del buen cristiano librero. No le conté, para no perturbarlo, que la imagen que quedó indeleble de la Colorada fue la que inventé para que se incorpore a las novias FB de Asmodeo, ahí es inmarcesible como la Mágica que me abandonó, ahí no prescribe su figura de breva a punto de caer carnosa y madura en sus brazos. La historia de la ministra versátil del mundillo politiquero ecuatoriano es inapetente, hasta dejaron de apodarla la Colorada porque se le perdieron, ¡tan pronto!, los rubores que presentó en la FIL de Itchimbía. La robusta ex colorada se volvió cianótica y más que escuálida fofa, pero continúa fiel al arte por el arte, y sobre todo al arte por encargo. “La Colorada ya no existe, ahora los de la oposición la motejaron de ministra-librito, y por aquí también. ¡Qué pena! ¿Sabe porqué degeneró esa gracia que tenía su cuerpo? ¿Se acuerda cuando le obsequió la primera copia de *Asmodeo...?*”.

La ministra-librito había sido tocada por el mal que entre nosotros, los expositores, denominamos Síndrome del Animal de Feria de Libros. Apenas presté atención en los colegas a mano hallé que algo raro les sucedía, colegí que estaban con los síntomas del SAF y que si no ponía rumbo a San Epifanio del Monte iba a correr con la misma suerte. No me afectaron las imágenes que vi de la ministra-librito. Esa desconocida, ¿quién demonios será?

Un ministro imberbe, larguirucho, escritor de cuentos macabros con mensaje -como cierto perioverborreo alguna vez lo catalogó-, arribó al circo de las letras ecuatorianas con el mote de Mechoso encima, reemplazando a la Colorada. De entrada el hombre parecía revolucionario auténtico y sufrido por la falta de amor a los libros duros por parte del gran público. Sin embargo fue contratado para ser gestor cultural, que es una forma de manejar correctamente los dineros que otorga el gobierno al sector librero y que ofrece paraísos terrenales si se lee cualquier cosa. Mientras más dulce y esperanzador sea el contenido, mejor para los estratos que conforman el gran país de la resignación, este es el juego de meter letras a las masas a fuerza de tirabuzón. Usted ve la cara linda de las exposiciones, libros relucientes, música modular, diversión infantil, ojos y dientes repartiendo alegría incontinente, y si tiene apetito en ese ambiente psicodélico cae en una presentación que resalta al libro con sabrosos tentempiés criollos, mientras más afín sea al gobierno de turno el autor más exitosa será su exaltación en los medios perioverborreos públicos. Cualesquier ministro con pseudopoder, ejemplo, el de "Gobierno y Policía", venderá la primera edición completa -¿3000 copias?- en el día de lanzamiento de su bazofia literaria. El ministro-librito cuenta con el aporte automático de los funcionarios públicos de la cartera de su fortuna, constituyéndose en la multitud que repletará el Ágora donde será glorificado su libraco. Aclarando que el fasto de la elevación a los cielos culturales de la patria altiva y soberana del ministro-librito se queda corto al lado del aparato de mercadeo y venta de la obra politiquera de un presidente-librito, ejemplo, el panfleto del ex mandatario MashiFu, *De república pelucona a república ardiente* (obrita expuesta en vitrina particular de la difunta librería OrbiLibri,

otrora hogar predilecto de las letras mundiales), que se paseó en estantes de mantel largo por sendas FIL de América Latina y el Caribe.

Al tenor del ambiente Disney de las ferias de libros, el común visitante no sospechaba ni pizca que en la fiesta de la cultura nacional pululaba el virus que atacaba exclusivamente a los expositores. La alerta se dio entre nosotros, de pabellón en pabellón, por espíritu de cuerpo y fidelidad con los contagiados, de nuestra boca no salió ni un ¡hay! acerca del Síndrome del Animal de Feria. Casa afuera nadie (y esto sorprende porque se supone que los perioverborreos están en todo lo que huele a futura carroña) se enteró de lo que acontecía en nuestra burbuja librera, tampoco hubo rumores lejanos del SAF en el extenso mapa de enfermedades antiguas y nuevas que aquejan a la humanidad.

Las coincidencias con el librero cristiano eran de celebrar, si no estábamos de inmediatos vecinos de tienda, nos colocaban en el mismo corredor, no faltaba ocasión para comentar los pormenores de la feria de turno. Yo enviándole agnósticos en busca de literatura que los consuele, y él mandándome cristianos nihilistas en pos del lenguaje que los sacuda de pies a cabeza, gente con hambre de zambullirse en literatura dura como *Asmodeo*... No hacíamos alarde de nuestra tácita colaboración, ni nos pusimos de acuerdo para ello, jamás decíamos te envíe a tal o cual a ver si te hace el gasto, fue una empatía espontánea sin haber leído de nuestras propuestas literarias ni intercambiar obras opuestas tanto en el contenido como en la forma, lo de él inocua autoayuda popular, lo mío un mazazo a la conciencia dormida del sujeto sujetado. Su amplio quiosco tenía horas pico de feligreses; el mío era visitado de

uno en uno, de dos en dos, de a cuatro ya eran montón. Bastó con hablar diez minutos de lo que cada quien le exigía a la vida para saber de lo que íbamos. “Para qué engañarnos con nuestras diferencias, usted no me va a convencer de lo contrario a mí ni yo a usted, así que mejor seamos amigos con distancia... ¿Qué opina?”, dijo él con caballerosidad. Hasta la fecha, habiendo ambos abandonado por salud las exposiciones, seguimos siendo inmejorables amigos a prudente distancia uno del otro.

Me acuerdo de tal o cual evento por la manía de comparar en lo efectivo tintineante, tanto vendí acá, tanto allá y acullá. Para lo espiritual hubo una suerte de balance jesuítico de en qué lugar me adoctriné más o menos, dónde pisé fuerte y dónde hubo menor tracción terrenal. De repente surge el psicoanálisis, la rendición de cuentas existencial, de mis presentaciones con el célebre *Asmodeo*... que me llevó a ser creador-editor. Las vivencias no se dieron proporcionalmente al tamaño de las urbes ecuatoriales, no por ser pequeña la ciudad de exposición era menos interesante que hacerlo en la capital o por el puerto principal de la nación. Prácticamente aprendí mi papel en la exhibición inicial de Itchimbia, desde el vamos me integré al oficio de vendedor a conciencia, el solitario *Asmodeo*... luchó con fiereza en desigual batalla frente a miles de títulos para que la obra que lo suceda coseche la miel de sus sacrificios.

Cierto día me topé por separado, en el tiempo-espacio del atareado animal de feria de libros, con los dos tecnócratas que disputaron agriamente en la fiesta de despedida de la Bodeguita del Medio (entonces mareados por el whisky escocés que ingirieron y el retumbar del *revolconche*), debido a mi

decisión de renunciar a la seguridad del burócrata escondido. La reacción sobria de éstos ante la tienda Bípedo Contemplativo, fue paradójica. Por la mañana, el abogado de coactivas, que ayer defendió al posible escritor-editor que a simple golpe de vista ya era una realidad en la FIL montada en las salas del antiguo aeropuerto Mariscal Sucre, cual gato funámbulo, se escapó sin devolver la mueca de reconocimiento cordial que le brindé a cuatro pasos de estrechar manos. Parecía que el abogado iba a entrar en el punto de acción de este servidor, con antelación habíamos hecho contacto visual pero viró raudo a la izquierda confundándose con la algazara del grupo de púberes que se pararon a husmear en las grandes canastas de liquidación de libros de editorial BarbaAzul, donde habían montón de obritas a dólar de ficción política que resplandecían con títulos como *Al venado por los cuernos*, *La caída de Lucio* o *La vorágine de MashiFu* que no me cabe duda, en su momento, fueron mejor-vendidos de la literatura tragicómica ecuatoriana. Mientras que a la tardecita, el ingeniero ergonómico que despotricó contra la insensatez de entregarse a la incertidumbre, el que me consideraba necio por no saber resignarme al lugar que me había reservado el hado en la fenomenología estatal, se acercó de frente a responder al gesto parco que le dirigí respondiendo a su aparente disposición de hacer contacto conmigo. Sin más entró en el punto de venta de Bípedo Contemplativo, poniéndose a tiro de extenderle el libro para que lo revise. Fue automática la entrega al ingeniero ergonómico de una copia de *Asmodeo...*, desde que me topé con la Colorada no discriminé a persona alguna que se ponga a mano de hojear el libro, no estaba para fungir de adivino de quién se llevaría mi novela y quién no lo haría. Puedo aseverar que la gente da sorpresas, de pronto las personas que se muestran más informales, o menos aparentes

para hacer el gasto al autor-editor, han sido las que han colaborado sin chistar con el mismo. El que yo creía mi contradictor vino sin desviar los ojos hacia el libro que le estiré impudicamente; lo hizo pasando del preámbulo de saludos hablados inquiriendo novedades mutuas, se zambulló en la obra tomando una de las sillas dispuestas para los lectores. Abreviando, el burócrata que creía incapaz de leer nada que no aporte técnicamente a su oficio ergonómico, clavó sus ojazos de chivo en los míos y nos comunicamos como si hubiésemos sido viejos amigos, adquirió el libro con la alegría de alguien que se lleva un hallazgo, desternillándose de risa dijo: “oiga, ex compañero de los almacenes del estado, qué bueno está su libro desde el título lezamiano, sí señor, me voy cual *Asmodeo en brisa con sus novias FB*”.

El artista es psíquico innato. En los reventones del saber, me nutrí del espíritu humano sin esforzarme, cada individuo que trababa conversación, murmuraba, o apenas gesticulaba ante el gran angular del espectador de Bípedo Contemplativo, se convertía en manifestación psíquica. Allí ahondé y convalecí a la vez en la neurosis propia merced a la fauna humana que circulaba distraída, sin percatarse que el quiosco tenía ojos de águila y memoria de elefante. Las ferias de libros fueron la realidad fantástica que pude percibir desde la cordura que adquirí calzando el habito del creador-editor, el encierro en la Bodeguita del Medio me preparó en silencio para la coyuntura librera mejor que si hubiese estado lustros de discípulo de eminentes loqueros académicos. Acá hay que verlo al individuo respondiendo con sus arquetipos a flor de piel, siendo el disparador del subconsciente la literatura de la mata a la olla y de la olla al cuenco y del cuenco al caletre. Cómo no reflejarnos en la corriente que surcaba airoso *Asmodeo*...

Aconteció lo que quise que pase en el espacio y tiempo que nos concedimos para evolucionar como creadores, me endurecí al son de resistir a la contaminación que trae consagrarse como hombre de letras en esta porción equinoccial de planeta. Me fue monetariamente bien, el expositor resultó vendedor de envidia del otro, del espectador. El lanzamiento en las FIL de *Asmodeo...*, no venía exento de peligros, y el mayor de ellos fue contraer el mentado Síndrome del Animal de Feria. Saqué y vendí once ediciones de lujo, de a doscientas copias cada una, en diferentes reventones de la imaginación, fiel al lema de “arte por dentro y por fuera”. Recalco que las copias salieron a la luz mediante la mini-imprensa que la Mágica me donó, sin la máquina de escritorio que fabricó veinte unidades diarias como si las manos de hábil artesano las hubiese tejido, estoy seguro que mi presentación en las FIL habría sido un fiasco digno de ser transformado en ficción filosófica que redime. La mini-imprensa producía copias del material integrado con moléculas de la nada, o mejor dicho integrado con moléculas del medio ambiente o naturaleza universal, ¿qué sé yo para explicar este fenómeno? Lo cierto es que las copias eran de material sintético tipo papel reciclado en las hojas y tipo cartón prensado en la tapa dura. Lo concreto es que este formidable invento sirvió a las once mini-ediciones de *Asmodeo...*, liberándome de costosos acólitos, montando fábrica de dolores sublimes al amparo del hogar campestre que alquilé de por vida. Estas ediciones de tapa dura lo eran porque cada vez que saltaba a una FIL corregía el contenido, quitando y aumentando párrafos, además de variar las portadas. El azar haría que coincidieran o no el número de páginas y palabras entre ediciones, todas utilizando idéntico formato de diseño gráfico, y la suerte se encargó de que las once ediciones marquen unas

a otras diferencias en detalles de forma. Las once ediciones le otorgaron respeto al francotirador apostado al otro lado de los círculos del abotargamiento de los hombres de letras, sacaron de apuros al escritor que se había prometido crear un ambiente para las ficciones saludables, libres de las ambiciones trepadoras de termitero, girando en la galaxia que ha expulsado de sí al sujeto del rendimiento cultural.

Escogí vivir en la sencillez perfumada del jardín de flores del aire, y de la huerta de hortalizas como horizonte inmediato, donde cada sembrado tiene su propia figura, olor y color en el mapa de la vega fértil del río Cabra. Escogí habitar en el cuadro bucólico de cercanías, la selvita de orilla festonada con ceibos robustos cortejando a ceibas de fuertes pantorrillas, frondosos cherecos de ramaje fastuoso y sauces llorones que lamen la eufonía que provoca la resistencia de piedras talladas con el cincel de agua dulce cursando océanos de tiempo. Respirar en la vega del río Cabra es vivir a plenitud, es privilegio impagable en esta era de saqueo y exterminio de cualquier espacio prístino que tenga sobre sí el cartel “recurso natural”. Mis ojos al anochecer y al amanecer reflejan las lejanías de la cordillera sureña arrugada por sus millones de años de antigüedad terrenal, lomeríos añejados en los verdes pardos que inyectan las lluvias provenientes de la amazonía. No tengo que forzarme para seguir el camino, ya ruedo por inercia sobre él sin tomar trochas que no son atajos sino rodeos que se pierden en niebla insondable. Durante el lapso de la Bodeguita del Medio fui navegante de humedal plagado de esteros y meandros, donde el futuro era la salida del laberinto que nos enseñó a persistir en su hallazgo. Despierto tenía ensueños paradisíacos del mañana que se hizo corriente presente; dormido, las visiones edénicas, eran pesadillas. El

limbo de la Bodeguita del Medio me preparó para explorar el purgatorio; “la fiesta del libro” fue purgatorio completo, a veces colindando con los cielos y otras tantas bordeando la línea de los infiernos, hablo de mis propias zahúrdas y nirvanas. No soy seguidor de salvaciones donde no tengo ápice de albedrío; para demonios, los míos; para dioses redentores, los míos.

No sabía cuán cerca estaba la fecha, el día concreto, de abandonar por todo lo alto el lapso de animal de feria de libros, y huir cuando se dispare el resorte de hasta aquí llegaste, sin protesta. Apenas arribada la orden interna de superar la época FIL, la retirada se consumó quirúrgicamente. Yo sudaba la lengua del avezado vendedor de la onceava edición de *Asmodeo...*, amaba a los que la compraban aunque sea para tener mi obra de adorno en muebles de teca y, conforme nos volvíamos odiosos ante los colegas cianóticos que habían contraído el SAF, imaginaba el cuento o relato que inicie otra época de ficciones. Ya esbozaba escenas de carnalidad sadomasoquista entre los muros benditos de mansión de alta burguesía, habitada por la pareja que puertas afuera era ejemplo de pudor y moderación ciudadana. De súbito escuché la voz del sátiro acaudalado que cerrando con rudeza la puerta del vestíbulo de su palacete, aullaba cual poseso lascivo, arrastrando con fruición las eres del serrano: “¡mi amorrr...!”. Y la mujer-pantera desde algún punto de la mansión respondiendo con el grito de ¡allá voy! que no denotaba terror, sumisión o algo parecido, sino íntimo sarcasmo y deseo de muerte. Ella se decía para sí misma, casi feliz: “¡voy con tu medicina, mi amorrr...! No tomé notas de eso, tampoco de lo siguiente que se me venía cual cascada de imágenes pidiéndome escritorio, vega del río Cabra y lomeriales de baja

intensidad en las ventanas, y un lapso temporal equiparable al que invertí en vender las once ediciones de *Asmodeo...* La historia fermentaba en mi cabeza como el cerco de cáñamo que va dividiendo las parcelas que sembraremos en la hora que será propicio hacerlo. Uno puede volar lo quiera contemplando el ocaso y la aurora, pero de ahí a lograr la acción, página a página, del conjunto ficcional que se ha propuesto, es duro andar. Me siento semejante al pintor que se ha propuesto crear la serie pictórica que lo estremezca en primera y última instancia a él, algo que podría llamar “La edad del cannabiscultor”.

La huida es un arte que se comete cuando hay capacidad de maniobra, de lo contrario se convierte en desbandada y desastre infructuoso, y vendría a ser derrota total en vez de aventura mudable. Irse habiendo amenazado que usted va a regresar con la doceava edición de *Asmodeo...* y algo más, para que desaparezcan en la FIL tal, es la retirada más deliciosa y ordenada que se puede fraguar. Me despedí con un abrazo subliminal del género animal de feria de libros, nos vemos en el próximo reventón de la imaginación le dije al cristiano librero. Apenas salgo de casa y del entorno donde reinan las sinuosidades primitivas del río Cabra, existo a punto de ser moderadamente dichoso con la naturaleza que proscribe al SAF. La soledad es consorte y consejera ideal del artista, puedo serle infiel y no me echa a la calle por mis debilidades masculinas, me recibe con renovado amor.

Aspiro a lanzar *El sátiro y la princesa*, cuando detone la bomba que anule la voluntad de seguir corrigiendo que deriva en el prurito sabatiano de quemar la obra, y venga el sujeto relajado que aülle “allá va”. El alivio es que *El sátiro y la*

princesa no será lanzado a través de una FIL, únicamente tendrá dos ediciones hartamente diferentes entre sí, la virtual y la física, que no variarán de forma al estilo del *Asmodeo*... de feria, obra que también se adaptó a la nueva época tomando su primera edición para el libro virtual y la última edición para el libro físico. La cosa cambió radicalmente para editorial Bípodo Contemplativo, se unió a la plataforma BitBook, un portento que me permite exportar al orbe mi ficción filosófica sin poner los pies fuera de casa. La época de las FIL y librerías clásicas dio paso a la época del lector virtual y del lector que imprime - en papel de integración molecular- para sí la obra de su deseo o capricho en la mini-impresión que de ser el prototipo futurista que la Mágica me legó cual misterio indescifrable se ha convertido en artículo que los usuarios de café-bitcoin tienen a mano en cualquier esquina del mundo bitcoin, donde el sucio papel moneda no existe o apenas lo hace simbólicamente para el individuo que le es difícil desprenderse de la psicología de esclavo de las divisas criminales. El bitcoin que mueve mi economía minimalista no se devalúa porque crecer en capacidad adquisitiva a través del tiempo es su principio fundamental por antonomasia, caso contrario no existiría. Entretanto que *El sátiro y la princesa* hace la travesía a su destino de obra pública con y sin el piloto automático, sospecho que la siguiente obra mía -si es que hay lugar para la trilogía- vendrá en formato ya trillado de la ciencia ficción del siglo pasado, será un libro holográfico.

Coloquio de la tortuga y la rata

Pasadas las ocho de la mañana del último sábado de febrero -que nació deslumbrante, tibio, primaveral, luego de cuatro días seguidos de páramo cerrado, de lluvia moderada pero constante, no exenta de la brumosa poesía musical de tierras altas-, saboreaba ya el concho del jarro de café filtrado *Chaguarpamba*, que alternó con la fuente de arroz al estilo lovochanceano. Me hallaba ensimismado con el cuadro de verdor perlado del ventanal de madera posterior, escrutaba en los retazos asoleados del callejón oriental que forman una hilera de plantas de *aloe feroz* por un lado y por el otro la pared de bambú que no permite se muestre el feo alambrado de división vecinal, entonces fue cuando divisé a Pepa que salía airosa por la esquina del paraguas de los arupos con el bosquecillo de eucaliptos decorativos. Ella se paró estirándose cuan larga es con esa pose de filósofa peripatética que me fascina, oteando parsimoniosa con la cabeza decorada con escamas amarillas que presiden a su fuerte, cortante, pico que fugazmente se abrió en un gran bostezo. Su cuello se extendía al máximo, a todos los costados como un periscopio, tenía la impresión de que su visión era caleidoscópica, me felicité por no estar en su rango visual e influenciar en el sondeo que efectuaba de la realidad circundante; esto hizo que se tome un minuto o más para fijar su rumbo, “¿me dirijo a la cueva del *Homo sapiens* y más allá aún o mejor sigo al fondo del callejón oriental que me ha sido concedido para pasear a mi albedrío?”. Fue como verla renacer de los verdes vaporosos de las plantas de *aloe feroz*, avistarla de improviso distendida fuera de su refugio es un espectáculo al que no me acostumbro, me cautiva cada vez que rueda ante mis ojos escondidos tras los cristales. Pepa, haciendo caso a su instinto de mantener la

distancia conmigo, no cedió a la opción de venir a las puertas de mi morada, y avanzó por la vereda de pasto salpicado con brotes de la flor de diente de león, parecía que se alejaba a velocidad de crucero tortuguil de mis aposentos, y el cuadro de una selvita animada se unió al placer de haber ingerido la comida fundamental del día, el sagrado arroz seco de la mañana temprana. Desde que me obligué a desayunar no cual reyezuelo o príncipe ejecutivo asediado por sus ocupaciones modernas, sino como un hombre dueño de su tiempo de despertar, no me falta humilde fuente de arroz ensalzada con los productos de la huerta orgánica de Atilio Contento. Todos los acompañantes del género principal vienen rehogados en aceite de oliva extra virgen, que es el vínculo con el Mediterráneo de mis sueños presocráticos.

Me armé del tutifrutí compuesto de una rueda de papaya fresca, trozos de piña, gajos de manzana, frutillas... y fui al encuentro de Pepa. La tortuga de patas amarillas *Geochelone denticulata*, que de improvisto se hizo residente de mi lugar al pie del cerro Ilaló, me hace el honor de aceptar de mi mano sus frutas favoritas, destacando la afición por la papaya. Ella tiene una decena de madrigueras para mandarse a mudar de acuerdo a los vaivenes meteorológicos, a la temperatura ambiente del otoño o de la primavera turnándose en bonancible valle andino. Además, se cambia de sitio por el placer de esconderse en el área destinada para su devenir cotidiano, se me ocurre que de alguna manera comprendió que cuenta con su espacio privado entre el callejón de la Tortuga (así lo acabo de nombrar), el bosquecillo de eucaliptos aromáticos y el paraguas de los arupos, y, por sentido de distancia con el ser humano que habita en la cabaña de dos frentes, no sale de su dominio aunque podría hacerlo y pasarse a la zona anterior de las palmeras, donde reina el orden

de jardín meticulosamente cuidado, es el lado de la única calle que conecta con la urbanización de mansiones ecológicas electrovoltaicas de planta baja *Villa Juárez*, la urbanización que fundé en base a mi ideal de lo que considero debe llamarse “hogar dulce hogar”, dentro del proyecto denominado Residir en la Tierra, cual me ha generado suficientes réditos para ser existente-vividor a jornada completa. *Villa Juárez*, me permite habitar en el tiempo mágico aunque esté circundado por el mundanal ruido, es una isla poética que está cercada por el desarrollismo medieval tecnolátrico siglo XXI: leviatán insaciable que todo lo que quiere devorar hasta la médula del hueso, o sea, tragarse a todo lo que le calza la etiqueta “recurso natural”. Fuera de *Villa Juárez*, parafraseando a S. Lem, soy discreto, no pregunto a la gente si vive.

Las madrigueras predilectas de Pepa, están diseminadas entre plantas de árbol de jade y moras salvajes, que se hallan pegadas al alambrado posterior que nos separa de una mancha protegida de bosque primario andino del cerro Ilaló; fue una suerte bien calculada el cubrirnos las espaldas con una fundación que preserva remanente prístino del bosque que llenaba al valle de Chillos de especies zoológicas y vegetales ahora extintas. A su vez, Pepa, se encuentra en una isla al cuadrado, su mundo se reduce al espacio que su existencia ralentizada reconoce como suyo; sin embargo, ahí gira con el sol y realiza recorridos de treinta, cuarenta, cincuenta metros diarios, cuando así le place, puesto que hay días de páramo en los que dice buenas noches y no sale tres o cuatro jornadas seguidas de su agujero invernal. Al principio, en sus primeros encierros, al segundo día no podía dejar de pensar que estaba dejándose morir de hambre, me atormentaba la idea de que ella quería cometer suicidio como protesta por la manipulación de que es objeto por parte del ser humano, obligada a existir en un

ecosistema impropio para su especie, así sea una cárcel decente la mía... ¿qué sé yo? Lo cierto es que cualquier instante esperaba encontrarla tiesa, y no sé porqué se me ocurrió que tendría que ser patas arriba, al punto que la mañana que la vi volteada, panza arriba, al lado de un tronco descascarado, en vez de constatar si estaba inerte fui cual autómatas a buscar barreta y pala para cavar su tumba pero, a medio camino de la bodega de herramientas de jardín, regresé a enfrentar el hecho luctuoso y para mi sorpresa, ella, estaba que pataleaba y bufaba como vociferando “haz algo, no te quedes ahí parado, ¡bestia bípeda!”. Apenas la devolví a su estado firme de cuadrúpeda corrí a por una rodaja de sandía para que se refresque y se calme, lo que aceptó gustosa mientras deduje que en su afán escalador había intentado trepar el tronco horizontal de eucalipto. Caí en cuenta que sus garras delanteras habían sido menguadas por la mano del hombre, así no podía aferrarse a la materia liza y jabonosa del tronco, asumí que el accidente había sido reciente, pues, no mostraba estar exhausta ya que se alimentó de inmediato mostrando saludable apetito. Concluida mi providencial intervención ella se alejó con dirección a la zona de hierbas rastreras de brillantes hojas verdes lanceoladas, allá se hundió dichosa como si se tratase de una vertiente de aguas termales para solaz de tortugas guerreras.

Las migraciones anuales de grupos de tortugas terrestres de las Islas Galápagos apenas suman seis o siete kilómetros, cosa similar caminarán las tortugas de patas amarillas en su hábitat de la llanura amazónica, siendo esto una minucia impensable para una tortuga laúd que viaja a través de los océanos miles de kilómetros. Sostengo que Pepa, no obstante el cautiverio, al final de su primer año en *Villa Juárez*, tendrá recorrido una cifra similar a la de sus congéneres en libertad en la pluviselva que abandonó a tierna edad. Conforme a lo que

me relataron los rescatadores y únicos custodios de Pepa, los verdugos que la raptaron de su nicho biológico la criaron con un doble propósito, que sea animal de engorde y, por inercia, animal de exhibición hasta que le toque el turno de incluirla en la especialidad gastronómica del restaurante “Canopy”. No fue difícil enterarse de que Pepa apreciaba el hecho de que tenía un lugar para su soledad sin la intromisión humana, mejor dicho sin la manipulación humana, o sea, que la muevan de un lado a otro como si fuese una piedra decorativa. Las personas que la libraron de ser parte de la mesa *Homo sapiens*, me la dieron diciendo que me haga cargo de ella por unas semanas, era como si se tratase de unas vacaciones para la tortuga y para ellos pero, al cabo, yo tuve que decidir el futuro del quelonio que había crecido ajeno a su ecosistema original, y que desde entonces se había mudado de domicilio unas cuantas veces con su familia humana, mas no de su destino entre las paredes grises del cautiverio en torres de apartamentos que esos buenos ciudadanos estaban en condiciones de ofrecerle. De entrada se me ocurrió que podría hacer una buena obra buscándole un lugar en el tortugario o en el zoológico de la ciudad, igual pensé que algún organismo de rescate de fauna salvaje la reciba para su reinserción a la selva amazónica y que disfrute del efecto invernadero original de su cuna. Fue una ilusión ajena a la realidad de Pepa, cómo devolverla a la pluviselva si carece del potencial completo de sus garras delanteras, además la mayor parte de su existencia había sido alimentada en cautiverio, no aprendió temprano a darse la vuelta cuando trepando un obstáculo caiga de espaldas, sería someterla a una desventura. Por otro lado, del tortugario de la ciudad la respuesta fue “estamos llenos”, con doce o quince tortugas ya están copados. En todo caso, comparando su actual alojamiento cualquier zoológico vendría a ser una suerte de hacinamiento, acá cuenta

con mucho más espacio silvestre que el que disponen sus congéneres bajo la caridad de los estamentos públicos.

Desde que Pepa llegó a resaltar en los verdes que dan vida a las ventanas orientales de mi morada, no puedo evitar ser un observador parcial de su devenir en radical soledad tortuguil; casi toda su existencia ha transcurrido sin que tenga congéneres al alcance de los sentidos. Más que tentarme me entretiene la figura de escribir “La soledad de la tortuga”, y que el autor de “La soledad del murciélago” se ufane de que me he inspirado en su novela, y sí, no podría negar que se me vino a la cabeza tal título influenciado por los avatares de Salvador Pineda Pinzano, marqués de Olivares y Yaguarzongo, que abandonó su cáscara humana y el palacio de Guápulo para únicamente ser murciélago residente en el higuerón sagrado de Pelancocha (un árbol enorme de noventa palos hundiéndose en la tierra arcillosa de la pluviselva, árbol que por sí mismo es un bosque laberíntico). Salvo que, en “La soledad de la tortuga”, no tendría que haber ningún tipo de metempsicosis (palabra que desquiciaba a doña Molly Bloom), la tortuga se mantendría de principio a fin de la obra fiel a su especie reptiliana, sin transmigrar a ninguna otra especie, y en especial no lo haría a la especie que dice ser la medida de todos los entes planetarios.

El ser humano existe en radical soledad en medio de multitudes de los de su especie. Hagamos por nosotros mismo un jueves de L. Bloom y sabremos que la soledad de ese personaje Joyceano, está más que al alcance de nuestras narices, somos un monólogo con las variantes o circunstancias propias del individuo en Quito, Roma o ciudad Ho Chi Minh. Eso no quita que a toda hora el ciudadano existe acompañado -no hay manera de que sus sentidos se escapen del todo al rugido del progreso *Homo sapiens* incluso, si forra de corcho el interior de su habitáculo a la manera de M. Proust, sólo serviría para

aminorar el ruido y los vahos del exterior pero sin extinguirlos ni ápice-. El ciudadano promedio pasa el tiempo diurno inmerso en la masa entregada a su cotidianidad útil, en el mejor de los casos retorna a su dormitorio con la ilusión de rodearse de sus “seres queridos”, y, aunque nadie vive por él o él por el prójimo, se ha convencido que la soledad es pernicioso, que hay que hacer cualquier cosa para evitarla, y de ahí su búsqueda de la enajenación, de una vida impropia, la que le dictan los amos del manicomio global. La soledad es inherente al Homo sapiens, y en él está volcarse a una soledad de holograma ebrio o a una soledad de ente pensante sobrio. Nietzsche-Zaratustra, cuando regresó de los valles de Sodoma y Gomorra -donde quiso compartir la buena nueva del ultrahombre- a su cueva de la altitud aquilina, dijo que había callado un largo tiempo, pues, predicar es silenciar la palabra interior, es condenarse a la lógica del absurdo consumista. Esta reflexión es a propósito de Pepa. Un puñado de personas han tenido la suerte de verla animada y, sin embargo, en vez de alegrarse por verla en acción, se deprimen imaginando cómo sería si ellos existieran así de solitarios y cual piedras en mi lar. Ellos quieren ver a una mascota moviendo la colita y haciendo piquitos al pie del amo para que por la gracia la premie con una golosina y cunda la algarabía, y no falte una alabanza tipo: ¡qué inteligente y divertida es tu tortuga!

Volvamos al meollo de este relato -que no es un cuento perioverborreico, lo mío está sujeto a hechos del tiempo mágico-, decía que salí en pos de Pepa para tener el gusto de darle de comer de mi mano, pues, cuando está hambrienta tras un letargo, le agrada hasta dar más de seis pasos para clavar su filo pico cortante en la materia comestible que le ofrezco. Es un goce verla correr hacia mí; es decir, hacia su jugoso almuerzo. Si no tiene apetito pasa de largo con desdén olímpico, como

reclamando: “¿Qué demonios te crees?, puedo pasar días sin comer las golosinas que me sirves... has de saber que en este pequeño hábitat salvaje entre paredes misteriosas, que no me está dado escalarlas, he conseguido aumentar mi dieta, aunque atrapada en tu *Villa Juárez* me doy modos para obtener alimentos aceptados por el código de la mesa reptiliana”. Vale resaltar que hoy fui armado de una rueda de papaya en su máximo esplendor frutal, cual ingrediente principal, dos semanas que no le había llevado su fruta predilecta, la que devora sin desperdicio, con cáscara y semillas. Y hete aquí que la fortuna me cocinó a mí un hallazgo mañanero: el breve coloquio entre la tortuga y la rata.

En lo esencial recogí el coloquio de la tortuga y la rata, sin transcribirlo de manera textual, lo hice con la imaginación porque hubo una conexión mental con ellas dos. No soy Funes, el memorioso, y eso hace que sea un placer inventarse el relleno del portento acaecido en mi lar, obviamente no logré la densidad y largueza de la Novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, sino lo que me es propio de acuerdo al éxtasis sufrido y a mi estilo de construir una historia. Sería cándido decir que a uno se le vino a la mente la forma de un coloquio así por repentina inspiración celestial; no señor, la idea se fraguó acordándome del más grande diálogo perruno que ha existido en los tiempos pasados y existirá en los tiempos venideros, y porque el hado me colocó en el instante preciso para capturar imágenes inolvidables de la tortuga y la rata frontalmente, cara con cara, compartiendo la papaya y la palabra. Así como en un punto del tiempo-espacio cervantino se dio el portento de que Cipión y Berganza hagan uso del lenguaje humano para contarse sus vidas, yo tuve mi tiempo-espacio para ser coprotagonista de lo fabuloso en comunicación interespecies. A diferencia del alférez Campuzano, que fue

testigo oculto del Coloquio de los Perros, yo, en mi calidad de *Homo sapiens XXI*, fui visto de principio a fin en la magia del callejón de la Tortuga; aunque permaneciendo mudo, quieto, apenas respirando y sin interactuar con los protagonistas principales, fui el que cuidó que nada perturbe a la escurridiza rata para que tome cuerpo y soltura su conversación.

El coloquio de la tortuga y la rata podría ser, temporalmente hablando, del tamaño de la siesta que dice Lovochancho se brinda a cualquier momento en una loma dorada por el sol pegando en el pajonal "...y el viento peinando las voluptuosas aristas venusinas". Con la enfermiza inquietud de la rata sería imposible un diálogo de largo aliento, como el que sostuvieron Cipión y Berganza en uno de los pabellones del hospital de la Resurrección, y que nos lo legó el alférez Campuzano gracias a que padecía de insomnio, éste se hallaba a dos

días de concluir su tratamiento por el mal venéreo que contrajo debido al juntamiento con hembra placentera que, en vez de ser una rica heredera, resultó ser una buscona más viva que el burlador, de ahí el nombre de esta divertida novela picaresca, *El casamiento engañoso*.

Después de que Pepa se abalanzó sobre las frutas me retiré a prudencial distancia, a espiar tras el muro vegetal de *aloe feroz*, que dejaba resquicios para la observación de su banquete en solitario. Me he acostumbrado a vigilar si ella come todo lo que le sirvo, puesto que las ratas engullen en un santiamén lo que desperdicia, temo que por su natural parsimonia se deje robar las golosinas que le brindo. Dije que cuando recién aterrizó en el paraguas de los arupos, o sea el momento en que me la entregaron entre suspiros de pena y resignación, recibí este mensaje: "Por favor tenla por unos días, hasta mudamos de piso y estar bien instalados; ¡pobre

tortuguita!, está saludable, pero se merece una vida mejor, un hogar más acorde con su naturaleza salvaje”. El mensaje de fondo, el mensaje subliminal, con el correr de los días se hizo evidente e inapelable: “Debes adoptarla, no se te ocurra mandarla de regreso donde nosotros ya que tendríamos que deshacernos de ella... y tú pasarías a ser cómplice y encubridor de su fatal destino”. El caso es que con la llegada de Pepa salieron a luz las ratas pardas que habían construido agujeros en el cúmulo de piedras y tierra que está cubierto por una espesa y variada vegetación que va desde la madre selva y hongos pintorescos a plantas de romero y cedrón que sirven a mi dieta; ahí también hay lugar para el colorido de geranios con flores blancas, rosáceas y rojas. Esta selvita de ver, oler y comer medra a la sombra de los arupos que cubren un diámetro de veinte metros con sus caprichosas formas que se entrecruzan y desparraman a los cuatro costados, descendiendo en algunas partes hasta un metro del suelo, su conjunto ramoso es una suerte de paraguas ovalado que por estas fechas invita al festín de sus frutos maduros a los mirlos glotones.

Hasta aquí el preámbulo. He dicho lo justo para que a continuación galope el coloquio de la tortuga y la rata.

Portento dado en el callejón de la Tortuga, dentro del perímetro silvestre hogareño del ciudadano que se lo conoce como el Anarquista de Villa Juárez.

Tortuga.- Adelante Rata Parda, hazme el favor de servirte de lo que me trajeron tras mi larga siesta o hibernación como diría el señor A. Échale diente a estas frutas coronadas con la dulce papaya de mis sueños gastronómicos. Espero no huyas con el botín en tus garras y te quedes conmigo, es el

momento de hagas a un lado a la rata vulgar porque no lo eres más desde que comprendes lo que te estoy diciendo. Mira que estamos siendo sujetos de un portento, hemos sido dotados con la palabra del señor A, te estoy hablando y tú me estás escuchando atenta y con faz llena de asombro, tal cual mi rostro te debe reflejar perplejidad porque mi voz me maravilla y no se diga la tuya cuando me hagas el honor de contestar. En este punto terrenal llamado Villa Juárez, estamos siendo beneficiarias del lenguaje y conocimiento del humano que conectó su mente con las nuestras, el cual además de oírme nos observa discretamente tras la barrera del *aloe feroz*, así podremos desarrollar nuestra individualidad sin que nos perturbe la avasallante personalidad que brota por los ojos del ser que está aquí para cargar de energía su imaginación puesto que su propósito apenas nos pilló el uno frente al otro gracias a la intermediación de las frutas que provee, es dejar asentando nuestro coloquio para la posteridad de lo fabuloso tortuguil y ratonil. ¿Qué me dices, doña Rata Parda? Aprovechemos de esta conexión mental entre tres entes representantes de tres especies diferentes. En mi calidad de reptil yo soy la más extraña de los tres empatados aquí, ya que tu peluda familiaridad con el mamífero *Homo sapiens* es evidente, tienes un genoma próximo al del señor A, no en vano conviven a nivel mundial. Te imploro domines tu instinto de huir por lo sano, que el humano no está aquí en función de acechar y atacar sino para cuidar que nuestro diálogo se lleve a cabo a salvo y en paz. Entonces habla, habla, que soy toda oídos.

Rata.- ¡Oh, hermosa, venerable y millonaria filósofa, gran tortuga amazónica de patas y cabeza amarillas! De repente tengo muchos datos sobre tu especie que me ha transferido tu cuidador, el señor A que mi olfato ha detectado de pies a cabeza tras el *aloe feroz*. Si no es por la contundencia

de tu discurso y del hecho de que estamos conectadas con la mente del bípedo depredador, no habría dulce papaya que detenga mi huida. Parece una fantasía que mi genoma sea tan cercano al del *Homo sapiens*, puesto que éste me viene espantoso y espantable en mi código existencial. Los humanos son los endriagos y vestiglos de mi especie, no obstante que medramos gracias a su civilización del desperdicio, por ello mi raza predomina en los vertederos de basura y se hacina en las alcantarillas, donde se congrega en masas equivalentes o superiores a las humanas residentes en la superficie de las megalópolis. Yo, allende de mi destino de perseguida, soy de las ratas que no sufren la alcantarilla o los centros de acumulación de basura, podría decir que soy una especie de *Rattus familiaris*, puesto que en parte me he acostumbrado como el *Canis familiaris* a que el señor A me eche a las fauces sus desperdicios comestibles fresquitos o no. Has de saber que la mayoría de humanos no tienen conciencia de que son el factor principal de nuestra superpoblación; lo que sí nos botan a conciencia es veneno que no discrimina a la hora de matar a otras especies. Lo cierto es que ratas y humanos coincidimos en algo fundamental: somos una suerte de virus global. Me encantaría quedarme charlando contigo la mañana entera, y que el señor A nos prepare para el mediodía un menú reservado para los grandes acontecimientos, mas mi vida en los espacios abiertos peligra de corrido al máximo. Voy a aprovechar cada segundo de esta coyuntura libertaria con la tortuga filósofa, pues, no creo que en lo que me resta de vida se vuelva a repetir este portento. Sí, entreguémonos a las delicias del diálogo, mientras degustamos las frutas que lo propició y tomamos baños de sol... bien merecidos luego de una entresemana invernal que a ti te aletarga mientras que a mí me activa más debido a que la niebla me hace sentir cierta

seguridad, funge de muleta psicológica, para ser yo la cazadora de especies que pertenecen a un escalafón menor al mío en la pirámide alimenticia y no la presa de las aves de rapiña. A mí me convienen las estaciones húmedas y lluviosas otoñales por la espesa selva que se mantiene alrededor de mi madriguera; en tanto que las temporadas secas y cálidas prolongadas, los veranillos criminales que reducen la maleza al mínimo, aumentan mi exposición ante depredadores especializados en cazar roedores. Más adelante te contaré el trauma que tengo con el halcón.

Tortuga.- Ubico bien la montañita que te acoge en su seno hoy frondoso y florido, la tupida jungla invernal que se forma bajo el paraguas de los arupos y que se sostiene merced a los días lluviosos, donde tu madriguera queda naturalmente camuflada. A mí me fascina la caótica meteorología de este punto planetario en el que reside el señor A; la compulsiva irrupción de otoños y primaveras, alternándose en una misma semana. Prácticamente he renacido en la intemperie de Villa Juárez, sin que corra peligro de ser devorada por una bestia hambrienta en los sitios abiertos que a ti te aterran...

Rata.- Empiezo a comprender tu ingenuidad, doña Tortuga Amarilla, ya veo imágenes de tu pasado cautiverio. Te dije que lo de la jungla invernal de mi entorno es más una muleta psicológica, en realidad no bajo la guardia cuando salgo de mi agujero junto al cedrón a husmear en las sobras vegetales que arroja día a día nuestro humano al pie de sus plantas predilectas, las que se hallan bajo el orden de la lucha de las especies sin que le meta mano el jardinero de la zona de las palmeras –esta clase de humano todo lo que está al alcance de sus máquinas podadoras lo quiere uniforme, alineado con la belleza artificial que fomenta la humanidad-. Nada puede hacer que yo baje la guardia al nivel de tu normal relajamiento,

estoy inmersa en un mundo caníbal. Lo del señor A fue curioso, nos descubrió abiertamente -a mí y mis parientes- desde que tú llegaste, puesto que al vigilar si tú comías los manjares que te provee, se enteró que lo que tú desperdicias nos ceba a nosotros, es por eso que se ha acostumbrado a comprobar que te estés nutriendo bien, si no comes después de un tiempo prudencial, di tú cinco o diez minutos, retira las viandas y las tira en la selvita de los arupos. Es decir, a conciencia, nos echa alimentos a nosotros, nos consiente, he ahí la paradoja, se supone que nuestra presencia debería ser repugnante para él. Figúrate, si en esa isla de paz ratonil que me vio nacer subsisto en alerta constante, ahora imagina cómo me pongo cuando estoy sin camuflaje en los sitios abiertos a la voracidad del halcón que nos aniquila. ¿Qué me dices?

Tortuga.- No hay motivo alguno para que nuestro humano sienta repugnancia por ti; él es un amante de la belleza original, y tú eres una roedora integralmente hermosa. Irradias belleza vital, eres puro nervio, existes para el peligro como ninguno de los grandes mamíferos a tu alrededor lo hace.

Rata.- Y no es que sufra de complejo de persecución, bueno fuera entregarme de lleno a la estulticia y huir a cuenta de endriagos y vestiglos imaginarios... Tú, aquí, vives en vacaciones perennes, y subrayo lo de "vives" porque, taxativamente hablando, tú sí vives. Por instinto de conservación escondes la cabeza y patas cuando tu visión caleidoscópica detecta a un ente en aproximación indiscreta que viola la distancia mínima de seguridad tortuguil, mas no hay nada que en estos pagos te aceche para devorarte por hambre o neutralizarte por repugnancia atávica. Tú sí que puedes gozar de un perfecto delirio de persecución, y gritar cuando te venga en gana: ¡Auxilio, auxilio, me persigue el bípedo depredador para darme los frutos del paraíso! A

propósito, venerable Tortuga Amarilla, gracias por compartir conmigo la excites de la papaya fresca, aunque por mi naturaleza preferiría un pedazo de queso a punto de putrefacción.

Tortuga.- Desahógate Rata Parda, ves lo que rindes cuando estás iluminada: ¡qué discreta y por añadidura divertida es tu conversación! Huyes del relajamiento como nuestro humano relator de la socialización que obligue a resignar su individualidad. Recuerdo patente los primeros días después de mi aterrizaje en la selvita que aloja toda tu existencia desde el vamos que te impuso la evolución, más allá de lo sorprendida que estaba por yacer en una exuberancia de vegetales silvestres que empata con lo que guardo en el subconsciente del hábitat primordial de mi cuna en la amazonía ecuatorial, no me agradaba la compañía de los tuyos, siempre atentos a saltar en los comestibles que desdeñaba porque entré en una forma de aclimatación soporífera. No podía reconocer al extraño bípedo que de la noche a la mañana asomó como mi cuidador, de una se esfumó la familia de mi niñez y pubertad en los dominios del hormigón armado, del cemento y la baldosa. No es que extrañaba esa vida gris de mudable e higiénico tortugario con calor y lluvia creando un remedo ínfimo de pluviselva -de más o menos diez metros cuadrados dependiendo del tamaño de la vivienda humana-, sino que en cierto modo me había acostumbrado al cariño cargado de buenas intenciones de mis salvadores, y en el plano psicológico me sentía abandonada en este trocito de Edén. Me llené de interrogantes, pues, fue un giro inesperado hacia la libertad contenida en el cautiverio, contenida en un encierro que incluía libre movimiento a la intemperie en el espacio silvestre que, comparado con la estrechez de mis antiguos dormitorios, venía gigantesco. Apenas aterrizado en Villa

Juárez, mi organismo empezó a recuperar su millonaria memoria salvaje, se sintió a gusto raspando en la tierra y haciendo túneles entre los bejucos, estaba por primera vez haciendo uso de las garras que aún tengo para enterrarme en la maleza. Estaba por primer vez con mi cuerpo por delante haciendo cosas propias de su especie de manera automática, mientras mi memoria existencial se hallaba sumida en la perplejidad, desde que tengo uso de razón mis horizontes artificiales han sido limitados artificialmente, y los horizontes silvestres nulos al punto que me olvidé cómo era estar consciente en un ambiente prístino. Sueños selváticos no me faltaban pero la realidad humana, que sólo me había hecho palpar de su modernidad aérea emparedada, devolvía a las profundidades del inconsciente tales imágenes primordiales.

Rata.- Tremendo hubiese sido si tu cuerpo no reaccionaba por su cuenta en cuanto aterrizó en *Villa Juárez*, hubieras caído en una parálisis completa, habrías entrado en hibernación sin retorno. En ti, dormir, es una opción a la que te acoges para atenuar el paso del tiempo. Ya me quisiera yo dormir tres días seguidos y entregarme a las delicias del paraíso del dios *Rattus Sapiens* a cualquier hora, pero como es de tu conocimiento la cortedad y peligrosidad de mi existencia me exige acción física permanente en los tres “aquí” que me ha otorgado el hado en *Villa Juárez*. Aquí nací, aquí existo, aquí desapareceré. Tú sí has aterrizado en distintas torres y departamentos ocupados por tus ex cuidadores, ya que desprecias la palabra “dueño”, y estoy de acuerdo contigo, lo de tener dueño está bien en los perros que, por ejemplo, divierten de lo lindo al señor A, pero más allá del juego están rigurosamente adiestrados para cumplir sus órdenes sin chistar, mientras que tú eres un ser diseñado para la autarquía.

Tortuga.- He aterrizado en distintos sitios pero nunca he sabido dónde estoy, ni lo sabré en tanto mi destino en cautiverio se cumpla. Si sólo hubiese sido residente del territorio salvaje de horizontes infinitos sin que te topes con las paredes y alambradas *Homo sapiens*, estoy segura que jamás me preguntaría ¿dónde estoy?, pues, mi unidad de carbono, estaría en el lugar que le corresponde a su especie dentro de la evolución terrenal. Y no es un lamento, no reivindico me devuelvan al nicho biológico natal, ni yo ni nadie podría ubicar con exactitud el punto geográfico de mi eclosión en la amazonía, y una vez que eres extraña a ese hábitat original siempre lo serás... Entonces, qué sacaría con mortificarme con deseos de retorno a la pluviselva que perdí desde que fui raptada para en principio ser animal de engorde del máximo depredador planetario, luego mascota de una variante atenuada, gentil, de humano nómada en el tiempo-espacio vertical urbano. Yo fui una urbanícola al cuadrado, no salía de mi tortugario de baldosa a los otros cuartos del piso, hasta que aterricé en los predios silvestres que su merced, Rata Parda, también habita. Aclarando que llamo silvestre a este lugar que tengo en *Villa Juárez* porque lo es considerando que he pasado la mayor parte de mis días en una estrechez alejada del reino vegetal.

Rata.- Tuviste suerte, Tortuga Amarilla, al cabo aterrizaste en los predios de un tipo raro de humano, un disidente de la alienación *Homo sapiens XXI*. Ya me convencí que es una joyita tu cuidador, que no solo está interconectado con nosotras por obra de nuestras mentes generando un lenguaje uniforme, sino que estamos articulando palabras que inspirarán la realización del coloquio que tú y yo no leeremos. Mejor que no lo hagamos, que el relator se dé gusto inventando lo que a bien tenga que inventar para que el coloquio quede a

punto de la comprensión humana, aunque aún así únicamente se beneficiarán los sujetos que están dotados de los genes para filosofar por sí mismos. ¿No te parece?

Tortuga.- No puede ser de otra manera, nuestro diálogo es nuestro, nos pertenece en exclusividad. El coloquio que el relator presente a la humanidad será su invento, fruto maduro de su propio asombro.

Rata.- Y pasaría cosa igual si tú y yo por separado, después de un tiempo prudencial (veinte horas para mí, dos meses para ti), nos entregaríamos a levantar por escrito este coloquio. Tendríamos que recrear el diálogo, cada quien imponiendo su estilo manipularía el contexto original. De mi parte crearía un coloquio nada sobrio tomándome diez horas a lo sumo, surrealista a tope. Pondría el automático a toda marcha, a doscientas palabras por hora, sin regresar a ver atrás. No corregiría nada de nada. A mí no me sobra el tiempo como a ti, si te da la gana podrías tomarte diez años, y hacer las tres "C" del escritor despierto, minucioso: corregir, corregir, corregir...

Tortuga.- No lo dudes, mantendría el tipo pero avanzando a paso sostenido. A razón de cien palabras corregidas tomando una hora y media de cada día, descontando los lapsos de hibernación, tendría más o menos doscientas jornadas hábiles al año. Sumando los diez años que tú propones conseguiría una novelita de doscientas mil palabras.

Rata.- Reunir doscientas mil palabras ya sería una obsesión... Te convertirías en una fanática del juntamiento de palabras que harían párrafos que por sí solos serían un reto para el lector atento. Esto tomando de la experiencia lectora de nuestro humano, ya que nosotras no hemos leído ni un libro tal como éste conoce al libro; sin embargo, comprendemos lo que

piensa a través de la conexión mental que nos beneficia a los tres actores de este portento. Suponte dieras en lo que te resta de vida, cincuenta o más años –que, recalco, para mí es una eternidad-, continuidad a tú fijación por reunir fajos de párrafos en novelas y cuentos, mira vos: sumarías por lo bajo un millón de palabras, corregidas con tu sangre.

Tortuga.- Prefiero este diálogo tal como está, ¿no es acaso en borrador que rueda nuestra residencia en la Tierra? Dejemos a nuestro domador de palabras que resuelva los problemas que le deparará realizar el coloquio escrito, que haga las tres “C” y también lo que podríamos llamar las tres “R” (recrear, recrear, recrear). En todo caso, el señor A, saldrá fortalecido del trabajito, aireando a sus demonios alivianará su carga existencial. Te decía que el ser un una tortuga bajo el cuidado del *Homo sapiens*, por más indomable que yo sea, la domesticación conlleva un estado de dependencia irreversible que presiento me ha hecho inútil para sobrevivir en la verídica lucha de las especies que me correspondía. He perdido a la tortuga amazónica, la que sí sobrevive en estado de autosuficiencia salvaje. Di un salto cuántico sin proponérmelo, un brinco fenomenal ajeno al código evolutivo -tú también lo has hecho-, hemos sido dotados del lenguaje artístico que algún instante, de la noche a la mañana hace aproximadamente cincuenta mil años, la mente universal le concedió a un individuo *Homo sapiens*, el que inauguró el monólogo pensante, la infelicidad metafísica, la incertidumbre de no saber qué demonios hace en el planeta Tierra. Me petrificó caer de repente en este trocito de Edén; no obstante, fue en apariencia, ya que como nunca la palabra interior se hizo efervescente, tenía ante mí la selvita prometida en sueños, y por primer vez podía contrastar mi pasado gris girando en un tortugario emparedado con la explosión de vida bajo el paraguas de los

arupos, a ratos me vi alternando el desenfreno verbal con la claridad divina. Mi pasada existencia se limitó espacio soso, el tiempo se hizo muy pesado, con la explosión vital recién contemplé en el poder de mi salto cuántico. De no darse mi aterrizaje en *Villa Juárez*, no hubiese habido la expansión filosófica de la tortuga que tienes frente a ti. En mi cautiverio anterior prefería que mi vida sea un sueño, y soñaba con vivir como lo hago ahora, mientras que aquí mis pesadillas son volver al tortugario aéreo que se convirtió en el súmmum de lo claustrofóbico artificial comparado con este nicho biológico que remite la música de cuerdas de la Vía Láctea. No quepo en mi caparazón de gozo cuando abro los sentidos a una mañana cálida, soleada, y me fundo con la frescura exfoliante de hierbas rastreras cargadas de rocío.

Rata.- Por el dios *Rattus Sapiens*, no había tomado plena conciencia de la mutación que sufrí. Recuerdo que fue verte en tu trance solipsista por primer vez y empezó el monólogo del que hablas, un cuestionarse expansivo que me preparó para este encuentro. En lo que va de la conversación ya siento que te conozco la vida entera, de hecho te enfoco a menudo desde los dos meses de edad, que para ti es un lapso de vida mínimo pero yo ya estaba en plena madurez sexual. En precocidad animal sí que te llevo mucha ventaja. Un plácido sueño y no una pesadilla, es tu vida de ojos abiertos, pues, no estás escapando a la realidad del dormitorio de tus ex cuidadores, tus sueños se concretaron en este trocito de Edén, como bien lo llamas para ti y tus circunstancias porque ahora en tu mente el purgatorio es el tortugario que dejaste atrás. Si tú no aterrizas en *Villa Juárez*, no tendrías noción de lo que es el purgatorio para ti. En mi caso es diferente, este trocito de Edén carga en sí su porción de infierno. Tú vivirás decenas de años más que el promedio de vida de los de mi especie; digamos que yo con

suerte estaría hoy frisando la mitad de mis días, eso corresponde en gran parte a la temporada que estás residiendo en estos pagos. Dime, ya que estamos sujetas a expresarnos bajo los cánones del lenguaje temporal de nuestro humano: ¿hace cuántos meses aterrizaste en *Villa Juárez*?

Tortuga.- Calculo que ocho meses y pico... Y, créeme, es toda una época dichosa en lo concreto celestial frente a los años incontables de cautiverio de tortugario nihilista.

Rata.-Estamos de acuerdo, ocho meses y algo más. Has de saber que para la *Rattus norvegicus* que tienes al frente tal lapso de tiempo es haber completado la mitad de su estancia terrena, si es que alcanzo a existir veinte meses. Si es que al cabo fenezco en la calidez de mi agujero junto al cedrón, podría decir que he tenido una larga y fructífera existencia. Siendo optimista me quedan diez meses largos de vida. Más allá de la relatividad del tiempo de cada quien en cuanto individuos de nuestras distintas especies -que hace imposible calcular quien vivió más al término de sus días, si yo con mi máquina animal de revoluciones a tope o tú con tu máquina animal de revoluciones bajas-, creo que tú estás diseñada para hacer una existencia placentera con lo mínimo, ahora que si ese mínimo te es negado sería otra cosa, sería una no-vida, una no-vida es que el hecho de que vas a morir no certifica que has vivido, una no-vida es que apenas has existido para morir en la hedionda oscuridad de un cubo que progresa con los desperdicios de una civilización enferma, cual rata de alcantarilla... Pero aquí, bajo la protección del señor A, tus necesidades existenciales se plasman, revientas a cada jornada con las herramientas para realizar tus sueños, eres la dueña de tu tiempo real, una hibernación tuya de cuatro días es para mí el reflejo de la eternidad.

Tortuga.- No creía que yo era el único animal puro que filosofaba, y hete aquí: eres una consumada poeta cantora de la vida, una pensadora de quilates...

Rata.- ¡Por el dios *Rattus Sapiens!*, tu refinado sentido del humor contrasta con el rostro antediluviano de reptil circunspecto y el cuerpo blindado de tortuga. Soy yo la que no acaba de sorprenderse con tu gracia sumando a la sabiduría de filósofa del famoso callejón de la Tortuga Amarilla. Sabes, no tenía noción de los quelonios y, cuando estirabas a toda su extensión el pescuezo, creía que eras una culebra venenosa traga ratas de alcantarilla, o algo así. ¡Qué miedo metías!

Tortuga.- Aterrizar en el planeta *Villa Juárez* ha sido cosa seria, tardé tres meses para desprenderme del hechizo del paraguas de los arupos que espero ver su florecimiento anual. Las imágenes de estambres blancos arracimados que me remite el señor A, hacen que me relama del gusto apenas con presentir esa estación dionisiaca. ¿No es así Rata Parda?

Rata.- Te va a encantar la estación de los arupos floridos, yo ya viví una y, si el hado me es favorable, tal vez viva otra antes de desaparecer. A mí me agrada mucho los perfumes que despiden los estambres blancos, el ambiente se llena de un aire festivo, la voluptuosidad cunde... Pero te hago acuerdo que la sequedad que hace que los arupos den todo de sí en su florecimiento a mí no me conviene como depredador y como presa me hace más vulnerable puesto que estoy más a la vista al mermar sustancialmente el espesor de las yerbas rastreras. A veces casi desaparece mi camuflaje natural, cuando los días veraniegos se alargan en demasía el manto verde se reduce a un amasijo amarillento, cadavérico. El señor A no las riega porque las yerbas rastreras de casta, si se precian de serlo, deben resistir a las temporadas de sequedad perniciosas; y es

verdad, apenas vuelve la lluvia recuperan todo el terreno que copaban y más allá aún.

Tortuga.- Te decía que temía que se pierda la sensación de estar recobrando el tiempo perdido de mi infancia si salía del paraguas de los arupos. Mientras me hundía en los túneles que hice entre las raíces de la vegetación del suelo oval de mi aterrizaje, donde ya no hay huellas de mi estadía por la renovación de la maleza que todo lo recubre, ahuyentaba el temor de que si me pillaban fuera de su perímetro me iban a trasladar de nuevo al pálido mundo de las moradas aéreas, y no es que sea desagradecida con mis salvadores sino que una vez que vives la diferencia de ambientes es imposible no discriminar lo que es habitar en *Villa Juárez* y lo que fue pasar de habitáculo en habitáculo con mis queridos nómadas urbanos. Estar aquí es habitar poéticamente el mundo, lo otro fue sobrevivir a años de insania, no es lo mismo estar encerrada en un piso de baldosas higienizadas con químicos detergentes que estar atrapada en un piso ecológico donde la higiene personal es un derecho adquirido. ¿Me entiendes?... No quería salir del nicho de los arupos por pánico a ser levantada por los aires y ser devuelta al cautiverio al que ya sufriría tal cual es a conciencia, o sea, sabiendo que es mi purgatorio. Volver al encierro emparedado me conduciría al suicidio, no son las palabras de una tortuga patética sino de una tortuga realista. Tienes idea de lo que es que las especializadas manos de los humanos te sometan a claustrofóbica oscuridad en una funda o caja para que después de un tiempo inmedible te hagan aterrizar en el tortugario que yace en la cueva donde nunca has puesto un ojo ni una garra encima. Te cambian de sitio, sí, pero para ti todo sigue igual en el mismo tortugario de ayer, ni siquiera das una vuelta de reconocimiento en el nuevo hogar del nómada urbano. Si bien tu devenir, Rata Parda, es

trepidante por tus enemigos letales el peligro, lo de encarar el fin que se cierne por tierra y aire, no es patrimonio de la especie *Rattus norvegicus*...

Rata.- No vamos a entrar en un concurso de si tus miedos o los míos son más poderosos tanto en lo concreto como en lo metafísico. Pero sí tengo noción de lo que podría ser que a una la levanten por los aires, y no para cambiarte de sitio el tortugario, te estoy hablando de una de las fobias atávicas de nuestra especie: ser cazado vía aérea. Apenas hace una semana, pasadas las siete horas, presencié un acto de depredación escalofriante, atroz. El pánico te domina cuando la víctima es uno de los tuyos porque bien pudiste haber sido tú la presa. Vos roncabas dichosa en una de las tantas guaridas que has diseñado para mandarte a mudar cual si fuese un divertimento. Aclarando que hablar de guaridas en tu caso es un decir ya que cargas contigo caparazón infranqueable para las aves de rapiña, eres pesada como una roca, puedes asolearte al descubierto cuando y cuanto gustes; tu cuidador te proveyó de este magnífico hogar silvestre, te mimaba dándote de su mano golosinas imperiales. De perros familiares y gatos ajenos no temes, pues, te tratan con encantadora indiferencia, no eres para nada su presa, ni siquiera a manera de juego... En fin, llevas una envidiable vida de filósofa, eso te diría el finadito que fue sorprendido en este mismísimo callejón por el cernícalo que nos diezma. Observé la escena entera desde mi escondite en los troncos, ¡faltó un pelo para que yo sea la víctima!, ambos estábamos deseos de atacar el aguacate que tú nos dejaste sin probarlo siquiera. Lo que pasó es parte del destino de una rata recolectora, nos aprovechamos de la sobreabundancia en que te hallas ya que viene a ser nuestra propia abundancia, y, por obra de la lucha de las especies, también puede ser nuestra perdición. El finadito atacó primero al aguacate, su ansia me

salvó, era más voraz que yo. Mírame, parezco cuy de lo bien alimentada que estoy, y no se diga el finadito que andaba contoneándose, pagado de su bella estampa roedora, y ¡zas!, el halcón urbano clavando garras y pico en carne succulenta.

Tortuga.- Si tú no sacas a colación este episodio mortal acaecido en el callejón de mis vuelos filosóficos, no me entero. Qué ajeno a mi cotidianidad puede estar un suceso sangriento dado en mis narices...

Rata.- Tu cuidador también fue atónito testigo, oí como se abría la chirriante puerta de su mansión y, desde su posición privilegiada de bípedo erecto, siguió atento la acción depredadora hasta el final. Cuando el temible rapaz se disponía a destripar a su víctima, se percató de la presencia del señor A, entonces alzó vuelo aunque más bien vino a ser un aleteo para posarse desafiante en la rama horizontal de la conífera que justo atraviesa el ancho de este callejón. Me refiero a la misma rama que pende cinco metros arriba de nuestras cabezas y nos ofrece parte de su sombra. Estoy segura ya la habrás enfocado antes con tu visor caleidoscópico. Hasta hace poco era un palo decorativo, dejó de serlo para transformarse en una rama siniestra. Sé que este instante, contigo aquí y la cercanía del humano, no vendrá a por esta succulenta rata, pero apenas me vea desprotegida no dudará un segundo en caer como un rayo sobre mí.

Tortuga.- Entonces es un hecho que nuestro humano tiene imágenes del halcón trepado en la rama que facilitó su retirada. No se diga de nosotras que estamos a la mano, te apuesto que tiene un montón de retratos míos y tuyos.

Rata.- Retratos nítidos tuyos le sobrarán, se habrá explayado capturando instantáneas de ti, contigo no hay apuros para enfocarte. Lo he visto pillándome con la cabeza fuera del agujero, pero no sé si esos segundos de descuido que

le di hayan sido suficientes para que obtenga unas buenas imágenes de mí. Supongo que sí; no obstante, prefiero bloquear cualquier imagen mía que haya capturado, y más aún del hecho macabro que aconteció en este callejón. Tú, por supuesto, estás en derecho de que él te remita las imágenes que a ti te apetezcan.

Tortuga.- Fuera retratos acaba de hacerlo, me ha remitido imágenes bellísimas de la cacería a pesar de su crudeza, y no es la primera vez que pillas cazando a un cernícalo... No voy a describirte nada puesto que hemos de respetar lo que queremos percibir cada quien del otro, de lo contrario sería una intromisión en la individualidad ajena. Lo formidable es que tenemos la capacidad de bloquear la información que no estamos dispuestos a rumiar. Sería absurdo que el señor A, por ejemplo, nos obligue a vivir en su dimensión mental. No, ni muerta ni embalsamada. Que cada quien reine en su galaxia, basta con el lenguaje e imágenes que estamos compartiendo. Te confieso que en estos últimos meses he aprendido a valorar, y a amar, a mi soledad radical; con meridiana claridad he comprendido que si no fuese por mi solipsismo, por mi capacidad de imaginar, no hubiese sobrevivido al encierro en el termitero *Homo sapiens*. Creo que si hubiese un infierno tortuguil sería habitar en un hormiguero de tortugas a imagen de los hacinamientos humanos que no he visto ni palpado metro a metro pero presiento. No seré nunca una mascota de paseo, no me viene natural ser sociable como los perros falderos de mis antiguos cuidadores, los que chillaban cual energúmenos cuando sus amos los sacaban a husmear con traílla corta en las calles y parques urbanos que desconozco.

Rata.- No sé bien qué es un perro faldero, sólo te puedo hablar de los mastines del humano de *Villa Juárez*. Aunque

domesticados y adiestrados son canes de miedo, no piden calle ni parque urbano sino espesuras, páramos y sabanas donde explayar sus instintos lobunos; apenas oyen el silbido que los invita a trepar en la camioneta del amo y aúllan como demonios en pos del placer a campo traviesa. Cada vez que se van de paseo supongo que recorrerán, ¿qué sé yo?, veinte o más de kilómetros. Distancias que para nosotras vienen a ser inconmensurables, nuestro radio de acción es mínimo comparado con el potencial de esas bestias feroces y letales. Ellos medran la mayor parte del tiempo en la zona frontal occidental de la mansión, tienen para sí la amplia cancha de césped rodeada de palmeras y conjuntos de plantas de flores vistosas, allá se luce el jardinero que apenas se asoma por nuestro lado para nivelar el pasto de este callejón que es el espacio donde por turno, tú y el humano, gozan de su tiempo peripatético al par que toman baños de sol, ventura de los dioses que como ya expliqué tengo negado por mi condición de presa aunque igual fungo de cazador cuando es propicio. Gracias a ti los perros tienen prohibido usar nuestra zona como letrina o punto de encuentro para sus juegos. Eso no quita que la estridencia de sus juegos brutales al otro lado, en los que ocasionalmente suele incluirse tu cuidador con su propio repertorio de alaridos horripilantes, me crispan los nervios aun estando a salvo en lo más hondo de mi agujero.

Tortuga.- A los mastines del señor A los afronto con la misma indiferencia que a los perros falderos de mis ex cuidadores, y ellos me corresponden de igual manera. No hay para qué ponerse a comparar mis defensas frente a la fuerza brutal de sus mandíbulas.

Rata.- Tu ingenuidad te salvó de entrar en pánico con los mastines. Eso demuestra que nuestro campo de acción es el mismo pero con un ritmo de vida muy diferente, tú con todo el

tiempo del mundo eres la pausa filosófica en cuatro patas, yo soy la compulsión atávica de mis congéneres de alcantarilla. Tú eres la imagen de la individualidad reinando en la existencia, yo soy la imagen de la sobrepoblación como instrumento de una evolución con rumbo a la nada...

Tortuga.- Aparte de figuras verbales, tú eres una rata subversiva, has concretado un salto cuántico al superar a la rata de alcantarilla como yo a la tortuga amazónica y el señor A al *Homo sapiens XXI*.

Rata.- Sí, ha cundido nuestro diálogo, y me conviene creer que estoy a salvo contigo. Pero insisto que nuestro humano te cuida a ti, yo soy rata de paso, ya colaboré con el mandato de la evolución paranoica e irracional de los perseguidos: procrear para prolongar una especie, como ya dije, con rumbo a la nada. Cerré la fábrica de ratas, y no habrá poder ratonil que me obligue a parir una segunda camada. Tuve ocho críos, sólo sobrevivieron dos, la hembra quiso quedarse cerca pero en un agujero aparte del mío; su rastro está al alcance de mi olfato, aunque nos evitamos mutuamente. Mientras que el macho sin necesidad de expulsarlo se marchó a diseminar su semilla fuera de mi zona, no sé cuán lejos, podría haberse afincado en el frente de las palmeras.

Tortuga.- No tengo argumentos para pronunciarme sobre mi especie, desde que tengo uso de imaginación he existido lejos de mis congéneres, no he habitado ni siquiera en una básica sociedad de tortugas a partir mi rapto. No extraño la compañía de un macho con el fin de procrear en cautiverio, sería una aberración pretender prolongar la especie en este espacio que es como si hubiese sido diseñado para la soledad perfecta de una tortuga, no más. Ahora responde: ¿detectaste un cambio fundamental en tus dos críos sobrevivientes?

Rata.- Sé a lo que te refieres. Sospecho que sí, que esos dos heredaron mi mutación cuántica. La única certeza es que no sabré si mi sospecha es una realidad. La que tiene probabilidades de comprobar que mi intuición es correcta eres tú, pues, sólo tú podrías encontrarte con ellos en el futuro y protagonizar otros coloquios interespecies. A la fecha tenía noción de que había sufrido una transformación radical frente a mis congéneres de alcantarilla -y por extensión frente al género *Rattus-*, pero no es sino hasta esta mañana que lo del salto cuántico es un hecho ineludible, tú eres la confirmación de ello.

Tortuga.- Será un honor darle continuidad en el tiempo a este coloquio con diferentes individuos de tu especie. Si el hado me depara una larga vida, seré testigo de la explosión del lenguaje en el género *Rattus*, que así como en el caso del *Homo sapiens* se propagara hasta en los últimos rincones habitables del planeta Tierra. Esa chispa que prendió en ti será el principio del fin de tu especie tal como la conoces, y el fin vendrá con el segundo salto cuántico, ese que tendrá a la mente como creadora de los instrumentos materiales para la vida. Figúrate un nuevo tiempo para ti, donde vivirías lo que te plazca en la Tierra, dentro de una civilización eónica, así podrías prolongarte doscientos o más de mil años en un organismo que se desintegre voluntariamente. La muerte, tal como la sufres, no existiría...

Rata.- ¡Por el dios *Rattus Sapiens!*, tú vuelas en paralelo con la mente del señor A. Para mí cien años de vida sería tener una existencia eónica. No puedo imaginar vivir mil años, no puedo abarcar la dimensión donde la desintegración de mi organismo sea voluntaria. No habrá para mí un segundo salto cuántico. Tal vez el Anarquista de Villa Juárez esté listo para el

segundo salto cuántico del que hablas. Doy por sentado que tú sí lo estás.

Tortuga.- Todo radica en que inventes el mundo que quieres mi estimada rata precavida... Veo que ya te dispones a huir por lo sano.

Rata.- Oh, venerable filósofa, es hora de partir. En todo caso, quedamos conectadas.

(La rata, apenas pronunció sus postreras palabras, en un santiamén desapareció a brincos por el follaje de los arbolillos de jade, consigo se llevó el sobrante de papaya que guardará en la despensa de su agujero. Pepa se puso en marcha con festivas zancadas dirigiéndose a la guarida perfumada por la higuera repleta de frutos madurando, allá rumiará a placer el coloquio que pasó entre la tortuga de patas amarillas y la rata parda).

El sátiro y la princesa

CorniSancho, canta a pleno pulmón en la banda transportadora: “Aristóteles lo dijo, son tus quarks y leptones el maná que me mueve a devorarte una y otra vez, una y otra vez...”. La banda transportadora personal lo lleva a la fábrica Superhelados Vitamina y, tras cumplir la jornada ejecutiva a su albedrío, lo devuelve al domo hogareño en un santiamén o lo que dura la variante del cántico, “Aristóteles lo dijo...”. Apeándose de la banda transportadora se dirige al acceso posterior del domo cuántico y pateo con deleite la puerta, así lo viene haciendo en los últimos tiempos, desde que no se acuerda de usar el acceso principal. La puerta trasera está diseñada para que dé el puntapié que dispara al sátiro. Regresar al hogar es placer divino por la lucha de poder a poder que se desata gracias al amor propio de los enfrentados. Apenas está dentro y todo vestigio de acceso al domo desaparece, suena la campanilla que reclama la presencia de la princesa en el cuadrilátero.

Al sátiro lo motiva saber que la princesa no saltará a la arena en calidad de víctima sino que repelerá su agresividad erótica poniendo todo de sí. Ella tiene claro que debe neutralizar definitivamente al agresor en el mismísimo espacio que él creó para que el jardín de las delicias se haga realidad casa adentro. CorniSancho, aspira aromas de bosque de algarrobos, escucha la música de fondo compuesta por murmullos de manantial montañoso; corre brisa marina de isla tropical que a la vez limpia el ambiente y recicla el oxígeno de la acolchada jaula blanca de cachascán. Cada vez que cruza la puerta que lo separa del mundo exterior para vivir los

prolegómenos de su mundo privado es como degustar los entrantes de banquete sensual. Este es su templo de la materialización del deseo que alimenta en la jornada ejecutiva, aquí se encierran los alaridos, los gemidos, y toda la gama onomatopéyica de las caídas al suelo y choques contra las paredes de la pareja trezada en lucha que para CorniSancho es placer salvaje; para Fátima, es pelea a muerte.

“¡Mi princesa, mi amor!”, aulló rasgando su revestimiento orgánico que cubre la piel original cual epidermis desechable, es la forma exterior de intenso azul eléctrico que lo identifica como la persona que porta la insignia del dueño de Superhelados Vitamina. Compactó la piel artificial y la moldeó entre sus manos formando una pelota elástica que arrojó por los aires, mejor dicho fue certero tiro a la esquina donde el desintegrador molecular se la tragó de un bocado. “¡Mi amorrrr!”, insistió arrastrando las eres del arcaico montañés con deleite, aireándose en el tibio recinto blanco que regala estable temperatura primaveral, iluminado con la luz artificial que regala la intensidad naranja del sol de los venados. Está satisfecho con las maravillas que provee al hogar la firma MC (Mansiones Cuánticas), especialmente con el cuadrilátero de cachascán que implementó ¿hace cuánto tiempo? Cómo medir este lapso de abundancia, este paréntesis exquisito que ha transcurrido desde que descubrió que Fátima no era lo que él pensaba que era y, a su vez, ella, también descubrió que CorniSancho tampoco era lo que pensaba. “No fuimos lo que figurábamos uno del otro, pero a fin de cuentas qué demonios somos tú y yo en el cuadrilátero de la existencia... Eso creo yo también: descubrimos que somos dos ángeles endemoniados que invierten bien la relatividad del tiempo en este espacio precioso: nuestro cuadrilátero de amor

propio salvaje”, reflexionó en voz alta CorniSancho, consciente de que Fátima lo observa y escucha, cosa que él no hace con ella porque prefiere verla entrar hecha una tromba tropical, y no se cansa de este placer renovado puesto que no se hizo costumbre sino ritual.

Los fantoches de la fábrica Superhelados Vitamina, acomodan su ropa sucia del diario en los carriles que conducen a las lavadoras populares, las que devuelven las mismas piezas de vestir limpias para que de inmediato se vuelvan a ensuciar, y el ciclo limpio-sucio planchado-arrugado se perennice de una generación a otra de fantoches. Hasta la desaparición del amo y señor CorniSancho, podrían darse varias generaciones de servidores de Superhelados Vitamina, él jamás las contará, no mide su edad con el tiempo intrascendente de los fantoches. Sus servidores no necesitan recubrimiento alguno pero es un regalo para la vista verlos uniformados con la vestimenta de los entes personalizados de Superhelados Vitamina. “Me encanta posar la mirada cualquier momento en la nave de producción y encontrarlos correctamente vestidos y laborando sin descanso, es la sal del entretenimiento emprendedor, ¿no te parece, princesa?... Vaya pregunta para alguien que no emprende fuera del hogar”.

Del ropero molecular requiere dos prendas desechables al primer uso: el proyector fálico del sátiro y la máscara de luchador de cachascán. No permite que aleatoriamente surja el juego propicio de trapos para el combate de marras, escogió del catálogo proyector fálico a rayas, de matices atigrados negro y fuego. De la variedad de máscaras que tiene en catálogo, le llenó el ojo los verdes pardos del modelo Demonio Tántrico. Todas las máscaras portan sugestivo bordado con el primer

apelativo genérico de “Demonio”, y se diversifican por el segundo nombre calificativo: Querendón, Mañoso, Juguetón, Feérico, Asqueroso... etcétera. Ahora será el Demonio Tántrico. La confianza de que sus células del placer penetrador se activarán por doquier en los poros receptivos de la princesa, se sustenta en la superioridad física que carga como luchador peso pesado frente a la luchadora peso mediano. La apuesta que hicieron ellos dos es rotunda, si la princesa le quita la máscara al sátiro, se acabó el sátiro. Si el Demonio Tántrico es desenmascarado, CorniSancho tendría que autoeliminarse por haber perdido el honor, y sí que lo tiene. “¡A calentarse, Demonio Tántrico!, no sea que la princesa nos agarre fríos y nos arrebatte la máscara, nuestra existencia también está en juego y esto hace que aumente la sensualidad en el ambiente. Estoy al tanto que cada combate que pasa la pone más avispada en la arena, quién sabe si tendrás tu instante de suerte, ¿me copias princesa? No, no me copias”.

...“¡Voy a darte tu medicina, mi amor!”, es la arenga y grito guerrero que suelta apenas oye la campanilla que le avisa el ingreso de CorniSancho a la jaula blanca. Mientras hace la rutina de calentamiento sigue los movimientos de su rival que tiene la cortesía de anunciarle su llegada y le permite que lo visiona en su ritual de preparación psicobiológica para el combate. El sátiro, no espía los movimientos de la princesa antes del encuentro, despediría adrenalina en vano, perdería resistencia y concentración. No así la princesa, que tiene la necesidad de observar el risible calentamiento del sátiro incluyendo reflexiones en alta voz; él no es la técnica andando, ni la sabiduría floreciendo, pero con ello tiene suficiente para derrotarla una y otra vez, tal cual lo canta a voz en pecho cuando sale airoso del cuadrilátero.

La figura y fuerza bruta de CorniSancho contrasta con la delicadeza integral de los fantoches de última generación sensual, Lince. “Las personas Aristippus los prefieren no-reciclables, amorosamente livianos, débiles y desechables al instante para abonar su árbol preferido del Edén”, reza el holograma del modelo andrógino Lince, que a ella no le llama la atención más que un muñeco inapetente, en todo caso, si se trata de jugar a la procreación a muerte, la personalidad de CorniSancho está fenomenal. El fantoche Lince fue creado con el fin de satisfacer a las personas de la secta hedonista Aristippus, tan opuestos al arcaico matrimonio de la secta Hippo o a cualquier otro sucedáneo de amarre con sentimentalismos a plazo indefinido, su objeto del deseo dura lo que tarda el usuario en hartarse del mismo. El usuario Aristippus tiene la opción de atomizar su juguete sensual cuando le dé la gana a cuenta de aguardar medio ansioso, o como le agrada decir “con mínimo amor”, a la siguiente generación de Lince biodegradable.

Fátima, desde que tiene luces, se ha sentido una persona indomable, más allá de estar inmersa en la secta Hippo. Debió haber sido parte de la secta Indomable –si existiese alguna con ese nombre-, pero su diseño inteligente autónomo vino maduro al mundo, directamente de la semilla del Gran Comunicador Intersectas, sin procreadores e intermediarios de ningún tipo, tal como reza en el génesis de su versátil especie. La secta Hippo, predica la unión cuántica como un medio simbólico para festejar la coyuntura de la primera pareja, del primer matrimonio Hippo, y además para celebrar el apareamiento biológico original de los mamíferos reinantes del Antropoceno, cual elemento aglutinador de la familia Hippo. El equilibrio de

poder global reposa en los fundamentos del Gran Comunicador Intersectas, y el primero es: No abandonarás tu secta natal. Las consecuencias de la deserción son tan nefastas que equivalen a que nadie en sus cabales pida que lo entierren en funciones, pues, un desertor de su secta natal sería recluido sin contemplaciones en un casillero bajo tierra, y la anormalidad no es óbice para perdonar el castigo divino. “Ser desertor es desconectarse con la abundancia para conectarse con un infierno en la mente”, dice el Gran Comunicador Intersectas. En realidad no ha sabido de ninguna persona que haya sido condenada a semejante tormento, ni siquiera corren rumores sobre ello, lo que sugiere que prácticamente no puede dar razón de que exista tal castigo divino y, sin embargo, está latente en ella porque es la primera ley inmanente a las personas de cualesquier secta. El fundamentalismo libertario del Gran Comunicador Intersectas ha equilibrado y dado paz global a su especie desde su creación, sin que sufra la independencia de sectas. Ella no se inmiscuye en las creencias del prójimo ajeno a sus creencias, no hay contacto virtual alguno con gente que no sea de su secta original, y de ahí que la indiferencia hacia los individuos extraños a su devenir es intrínseca. Los otros, aunque prójimos en la palabra del Gran Comunicador Intersectas, sólo existen para tener la certeza de que vive en paz en medio de un maremágnum de sectas diferentes a la suya, y no siente el menor deseo de filosofar sobre ese principio esencial.

Si en ese ridículo calentamiento molecular y verbal se quedara la acción del sátiro, su arribo al domo hogareño sería indiferente para la princesa. No lo sentiría a CorniSancho así se pare de cabeza o haga piruetas para hacerla reír, tal cual fue en el tiempo manso de matrimonio bien avenido, tan manso fue

ese tiempo que es como si no hubiese pasado sobre ella, y no hace el menor esfuerzo para acordarse del lapso archivado en su memoria con una palabra: intrascendente. Aunque esa palabra ahora tiene gran significado, la aprecia mucho porque divide su existencia en dos eras, la era intrascendente y la era vividora que se desató con la lucha a muerte entre el sátiro y la princesa. “Ni bien hace su triunfal arribo al hogar tras graciosa jornada de emprendimiento, en Superhelados Vitamina, yo lo invito a tomar rico cafecito”, les miente a Las culinchas. No tiene empacho en engañar a Las culinchas sobre su acontecer marital, goza machacando con eso de que está viviendo una tardía pero verdadera luna miel, que a partir de que CorniSancho mostró su real carácter de caballero brutal ella se mudó a un mundo principesco. Les miente que apenas CorniSancho llega del exterior y se sirven de amplio menú de bocaditos psicodélicos siendo el postre los abrazos conyugales, suprimiendo con ello la prosaica comida familiar que los dejaba embotados, sin el menor deseo de acariciarse en la zona sociable del hogar, por fin iluminada por un amor tierno, primordial. Las culinchas, ávidas de aventuras fantásticas, dicen que la envidian.

A esta lucha llega con la serenidad y el orgullo que le ha dado el haber sobrevivido a cien batallas con un CorniSancho de continuo victorioso. Sí, no puede ser de otra manera para él si quiere seguir existiendo. Lo novedoso para ella es que siente que desde el encuentro noventa se están dando finales apretados, y si para el sátiro es imperceptible o fácilmente manejable esto, para la princesa es un fenómeno extraordinario, presente que ya hubo el punto de inflexión en la constante victoria de CorniSancho. No es una percepción sino que ha palpado que su actuación es sustancialmente mejor a la del

inmediato pasado, y un salto cuántico con respecto a la primera vez, no por azar sino porque su entrenamiento psicobiológico funcionó. La discreción fue y es un pilar en su lucha defensiva, jamás encara sus encuentros como perdedora y al mismo tiempo entiende que va a ser derrotada hasta que la postrera batalla defina quien gana la guerra. No sabe decir a ciencia cierta qué tanto el sátiro se habrá percatado del íntimo e integral desarrollo de la combatiente princesa, no está en discusión el progreso físico y mental que le ha traído estos choques sino cuánto es capaz de percibir el otro de su avance. A ella le conviene que él se mantenga en un nivel alto de seguridad y confianza en sí mismo, que siga suponiendo que hace lo suficiente para que no le quiten la máscara y la vida.

CorniSancho, se considera el primer beneficiado del endurecimiento de Fátima, con ello se ha venido alargando el placer en relación a los primeros encuentros. El rendimiento de la princesa ha ido en aumento y, a partir de la batalla noventa, se disparó el tiempo de satisfacción del ejército sensual del sátiro. Desde el principio ha tomado las precauciones mínimas, repitiendo tarde tras tarde la calistenia del calentamiento que le da resultado en el cuadrilátero; no obstante, prácticamente se estancó, deportivamente hablando, frente a la infatigable resistencia de la princesa. Se ha convencido que hace lo suficiente para que su naturaleza robusta y dura, hecha para doblegar espinas, le brinde plena satisfacción al macho superalfa, no necesita más para arribar ileso al fin de este ciclo feliz de consortes estrechando sus relaciones. “No soy de mantequilla ni un pan de azúcar, puedes golpearme hasta hartarte que yo te responderé con caricias y abrazos de oso ardiente”. No quita que sea precavido por instinto básico de permanencia de la máquina sensual que es, sabe que el ensayo

y error de Fátima alargándose indefinidamente podría suscitar un jaque mate, pero hay límite de tiempo en la apuesta, que es el lapso impuesto por el máximo de 120 luchas. Resta por cumplir el último cuarto, las probabilidades de ser derrotado se han achicado aún más, son remotas así la princesa esté en el clímax de su rendimiento, lo que en sí suena peligroso para ella, “no te me vayas a desinflar antes del fin, te quiero dinamita hasta la última consecuencia, tu eterna esclavitud...”. A estas alturas del juego sensual tiene ganada la partida si no afloja en su íntimo goce, tendría que darse algo exógeno para que ella gane el único combate que necesita ganar, por ejemplo, que el Gran Comunicar Intersectas lo desintegre, y tal suposición es una ficción porque el Creador jamás se opondría al libre albedrío de sus criaturas adoradas. Fátima es persona de honor que aceptó el reto de que sean 120 encuentros y sólo puede sumar derrotas ya que no le es posible sumar victorias. En el contrato de lucha reza que si CorniSancho es el vencedor de 120 batallas, tendrá como esclava a Fátima -bajo las formas de esclavitud más benignas del Antropoceno-, durante el lapso temporal que a bien tenga. Por otro lado estipula que basta una victoria de Fátima para que concluya la existencia de CorniSancho, y se haga el fulminante e indoloro seppuku de su especie. Únicamente Fátima podrá retirarse por cualesquier motivo del ciclo de luchas pactado, y automáticamente pasará a sufrir la esclavitud que imponga el vencedor.

“Para CorniSancho no hay alternativa, vencer o desintegrarse. En caso de no ser así hubiese desistido de abrazarte, y abrasarme contigo princesa. Podría decir que tu destino de esclava está asentado en el Contrato de la Pelea; no es por desanimarte, por el contrario, sé que el proclamarme vencedor por adelantado te impulsa a resistir cual diosa

guerrera del Olimpo Hippo, lo que no sé es qué bulle en tu mente, soy el extrovertido que habla alto por los dos, tu silencio es afrodisiaco en mí, callas pero no desmayas, no te afecta tu rol de eterna sufridora, deberías haberte derrumbado hace rato, entonces, quizás, la magia liberadora de estos choques hubiese sido paupérrima, estéril, y el premio de tenerte como esclava no sería tal, sería un tormento, te habría liberado para no regresarte a ver nunca más, y tu silencio ya no me encantaría, sólo me serviría para borrarte de mi existencia. ¿Será que tu fin ya no es neutralizarme y te mueve complacer al sátiro complaciéndote a ti misma en la refriega de nuestras máquinas animales? Si fuese así elimínate princesa, mereces quitarle la máscara al Demonio Tántrico. Esta resistencia no sería novedad si fueses una Lupercalia, diseñada para aguantar la brutalidad del macho rabioso. Una máquina Lupercalia simula fragilidad, pero rinde hasta el último, brinda placer así el usuario la haga pedazos. No fantástico sino fascinante es que tú seas la que acude a la jaula blanca. ¿Cómo podrías ser una Lupercalia hecha para recibir castigo inmisericorde? La Lupercalia no se sostiene y fortifica con la idea de una victoria fulminante que en la práctica aparece imposible, tú sí”.

Fátima, emerge en el cuadrilátero con una epidermis desechable tipo pantera que la cubre de pies a cabeza, la que el Demonio Tántrico hará flecos en el vórtice de la pelea. La pareja asumió cierta pose de lucha romana, se retaron brevemente clavándose los ojos de alfas dominantes, de ojos no va más de la secta Hippo. Ella entró en combate aplicándose con las técnicas defensivas que ha venido creando y perfeccionando conforme ganó experiencia en la jaula blanca. Se enseñó a torear al oso de los abrazos ardientes, aprendió a cansarlo lo justo para que su fuerza bruta mengue

intempestivamente y, antes que se cumpla el plazo de las 120 batallas de su guerra, tumbarlo. “Que el epílogo sea el que yo quiero y busco, que el tercio de la estocada sea un pestañeo”, se arengó para su capote tras esquivar el candado inmovilizador del sátiro, no es que adivinó sino que su máquina animal ya tiene memoria de los movimientos del otro, la finta evasiva es automática, cosa que al principio de la serie de combates le estaba negado. En las primeras luchas ni bien saltaba al cuadrilátero era sometida a la voluntad ajena, se convertía en marioneta de las células sicalípticas del sátiro. Salió bien librada del frente peludo de CorniSancho, y logrando conectar golpes secos, certeros, que ella, conforme al “Contrato de la Pelea”, sí tiene autorización de hacerlo por su manifiesta inferioridad física, mientras que para su consorte está prohibido golpear apenas debe abrazar. El mismo CorniSancho se impuso la regla de no golpear aduciendo que su cometido jamás será herirla, “yo aspiro a rendirte con multitud de caricias”. La constante avidez del ejército sensual del sátiro por penetrar los poros placenteros de la princesa es en sí su único estilo de lucha.

“Aristóteles lo dijo, mis poros viven para el juntamiento con los poros de hembra placentera”, canta a voz en cuello el sátiro cuando sale victorioso de la jaula blanca, inspirándose en versos del Libro de buen amor, provenientes del Antropoceno, era primordial que cobijó a fenómenos como el Arcipreste de Hita, que ha venido a ser uno de sus poetas arcaicos favoritos. *Aristóteles lo dijo*, es el himno del CorniSancho vencedor, que no es tal cual rezan los versos originales del Arcipreste de Hita, ahí lo que lo mueve primero al extinto Homo sapiens es la sustentación y lo segundo el “por haber juntamiento con hembra placentera”. Si el Arcipreste de Hita le

preguntase a Fátima: ¿de qué vive don CorniSancho? Ella respondería que vive de estrujar y sobar a Fátima. Si le preguntase: ¿de qué come CorniSancho? Ella respondería que come el pan de cada día del emprendedor de Superhelados Vitamina. La princesa se ha convencido que su lucha es por hacer realidad concreta su ideal libertario, no se entrega gratuitamente ni en aras del goce sadomasoquista que convida la desafortada máquina animal de CorniSancho. Su lucha es dura por la naturaleza desenfrenada de la misma, porque así lo permite el “Contrato de la Pelea”; a ella no la mueve el placer atómico del sátiro, sino la necesidad imperiosa de que CorniSancho se desintegre. Una pelea a muerte, a la imagen de la era del antropófago, es lo que la anima a no rendirse, ya es una fijación por trascender, y poder llamarse llena de íntimo orgullo y amor por la guerrera, sobreviviente.

Las formas sociales de la secta Hippo, la condujeron a contraer matrimonio con un buen partido, según ella debía ser alguien que sea lo suficientemente ingenuo para que la crea libre de utopías, que sea uno que la crea incapaz de proyectarse en obra y pensamiento mortal. Los papeles que los consortes decidieron representar tras el sagrado matrimonio que cometieron ocultándose sus íntimas obsesiones, fueron de lo más ventajoso al comienzo. En palabras de los dos hicieron lo justo para mostrarse cual pareja ejemplar ante sus iguales, encarnando lo romántico e ideal vía hologramas. Su unión no afectaba a las ambiciones propias que tenían por separado, en sus respectivas intimidades mantenían realidades que no se sujetan a las leyes del matrimonio de la secta Hippo. Ella guardó bien la obsesión por ser madre biológica a la manera del mamífero que dio nombre al Antropoceno, sumándose a ello cierta frigidez para el ritual de apareamiento que es

bendecido por la secta Hippo. Desde que tuvo conciencia de sí tendió a la contemplación de su utopía, quería ser madre del vástago que no venga maduro como ella, quería alumbrar a semejanza del primordial Homo sapiens. Quería parir a la manera de las hembras de la ejemplar tribu Trigui, los no contactados de la pluviselva que fueron creados, a imagen de las últimas tribus amazónicas del Antropoceno, por el Gran Comunicador Intersectas. Los Trigui se constituyeron en el mito y magia más fascinante de su cotidianidad. El devenir de la tribu Trigui se transmite en vivo al usuario hogareño, con moraleja incluida del Gran Comunicador Intersectas: “Qué mayor aliciente para ser lo que eres que la contundente realidad del cazador-recolector Homo sapiens en las profundidades de la pluviselva”. Fátima adora la realidad Trigui, se maravillaba con los hologramas del cazador-recolector de la amazonía. Alumbrar “a mi salvajito” como lo hacen las madres Trigui en el inconmensurable bosque tropical húmedo y lluvioso es un imposible para ella, pero nada le quita imaginar que sí es factible aquello. Esta ficción de crear y criar “a mi salvajito” hizo que la ayude en el propósito secreto de apartarse de los preceptos de su secta en tiempos que procrear no es objetivo existencial pero sí es motivo de culto para los Hippo, a diferencia de las otras sectas adoradoras de cualquier cosa menos de la natalidad primordial. Los Hippo rinden culto al alumbramiento antediluviano mediante el ritual que imita el acto copulativo de los Trigui.

El Gran Comunicador Intersectas, instauró para eterna memoria la paz y equilibrio mundial de su especie “para que seamos felices de nacimiento y busquemos instantes de infelicidad metafísica por la ancestral necesidad de contrastar, sino cómo sabemos que estamos completos, que no nos hace

falta nada para ser moderadamente dichosos". De lo que ella entiende todos sus congéneres intersectas vinieron a la luz de civilización desarmada, las únicas armas manuales las fabrican en exclusividad los Trigui a fin de sobrevivir cual cazadores-recolectores de la intangible pluviselva amazónica.

Fátima no sueña con la inmortalidad material, ya que de lo que se trataría es de existir un eón en salud juvenil y eso sería parecido a estar postrada en el espacio-tiempo, le place tener conciencia de que su existencia tiene finitud sin perder la sensación de estar inmersa en larga vida, no cabe duda que los combates con CorniSancho la han despejado como nunca, pues, contempla en el instante con una frescura que renueva la actualidad. Antes le parecía espeluznante tan solo imaginar que pudiera haber nacido bajo la secta Retorno Eterno, hoy ya no incomoda esa suposición. Aquella creencia madre de los súbditos del Retorno Eterno, eso de estar haciendo una y otra vez la misma existencia pero sin repetirse en ella, ya no se le presenta como una paradoja atroz, sino que vendría a ser algo similar a que la apuesta con CorniSancho volvería a suscitarse como si nunca se hubiese dado. Esta suposición del eterno retorno en vez de aterrorizarla la anima a convencerse de que ella será la vencedora contra pronóstico, y que todas sus derrotas serán recompensadas con la sola victoria que busca, la gran victoria final sobre el Demonio Tántrico.

El fantoche, es diseñado para durar poco con la mínima inteligencia que le provee la especialización, es esclavo desechable que se mantiene aplicado a su particular oficio, siendo infatigable e insustituible en lo que le corresponde. Como todas las personas de su era, Fátima, se solaza con la figura del esclavo biodegradable a corto plazo, no importa que

sea un útil que jamás usa, es una muleta existencial tener conciencia de que no se es fantoche, que es persona de grandes expectativas a futuro inmediato. Un fantoche no se cuenta a sí mismo historias porque solo existe para el presente volandero, ella goza de su pasado inmediato que a manera de ficciones corregidas y aumentadas es proyectado al futuro inmediato, se ha convertido en la mayor apuesta de su vida la palabra mañana, que dejó de ser abstracción baladí, la posibilidad que encierra es divina y concreta a la vez, “hablamos de que la desaparición de mi amor será mañana, desenmascarando a CorniSancho superaré a la princesa Fátima para coronarme como la reina Fátima”.

La figura del fantoche la ayuda a entender mejor su tiempo, y lo mejor es que el no haberse topado con uno aúpa la imaginación de cómo vendrá el ejemplar fabricado para la sensualidad galante, más allá de que no le cabe duda de que será todo lo contrario a la bestia libidinosa de CorniSancho. Fue diseñada para ser ama de casa modelo de la secta Hippo, autosuficiente, no ha salido ni a la esquina tal cual se dice metafóricamente del exterior que carece de esquinas callejeras tipo Antropoceno. Se supone que no saldrá afuera cuando se proclame victoriosa porque no hay nada allá afuera que llame su atención, Superhelados Vitamina es el invento y juguete de CorniSancho, y así debería quedarse, como una fábrica ajena a ella, su existencia únicamente se nutre casa adentro. En todo caso, si le entra la gana de apropiarse del legado de CorniSancho, nadie se lo impedirá.

El Gran Comunicador Intersectas ha dicho no a la automatización, y el no a la perennidad de sus amadas criaturas principales viene de ellas mismas. La princesa está

muy de acuerdo, y conforme, con que vivir no se trata de alargar vanamente la existencia de las personas. El mentado instante supremo del ser no es un problema existencial de su tiempo; cada individuo, goza de albedrío para decidir sobre las circunstancias del fin. El desintegrador molecular está a la mano del existente, cualquier momento es oportuno para desaparecer. “Salir del mundo es el acto de conciencia más puro de la persona, no es entrar al mundo por cuenta ajena, está en tu voluntad hacerlo y no en la mía”, predica jocosamente el Gran Comunicador Intersectas. No hay un tiempo programado de permanencia en el mundo que se imponga desde afuera, no obstante, la persona, puede acogerse al derecho innato a que su lapso material concluya el rato menos pensado, esto, en buen romance, significa entregar el particular al Gran Comunicador Intersectas, quien desintegrará sin previo aviso a la criatura que desea su fin por mano ajena o voluntad divina.

Fátima no duda que todo existente intersectas rebozará en salud como ella misma, como CorniSancho mismo, hasta que llegue el instante de la conclusión suprema. La pregunta es si en las demás sectas habrán excepciones, personas que practiquen cosas increíbles para su normalidad, presente que sí, aunque no tenga ni idea de lo que esos otros seres extraordinarios harían por su afán libérrimo. Ella anhelaba alumbrar un ser inocente, salvaje, precisamente porque es una ficción hacerlo. Sólo en esa ficción era capaz de abrir una línea genealógica revolucionaria de cepa, siendo Fátima la matriz de la especie que conjugue sus aspiraciones primordiales con los sueños de la secta Creacionista, que el ritual procreador no quede en celebración estéril de la fecundidad arcaica y se materialice. Nada de procrear fanteoches a la manera del Homo sapiens positivista, esos trabajadores que apenas vivieron; el

fantoches del Antropoceno apenas existió en función de entregarse a su especialidad entre rejas, sin embargo de esa era vienen los hologramas de las tribus Trigui. Lo cautivante de los Trigui es que son creaciones inspiradas en los últimos bípedos depredadores humanos auténticos de la Amazonia Antropoceno. Acorde a la leyenda, los Trigui, permanecieron desconectados hasta el fin de las civilizaciones positivistas del exterminio Antropoceno. Ella quería un vástago de un procreador Trigui, que subvierta su orden y profilaxis establecidos. Esta idea fija de Fátima hubiese sido muy difícil de explicar al emprendedor de Superhelados Vitamina, y el sujeto que escogió para nunca formar una familia bíblica no se percataba de eso porque a su vez estaba ocupado en ocultar su propia fijación existencial. Por ello, gracias a las prerrogativas que heredó de sus mayores, y porque era parte de su plan fantástico alumbrar a un bípedo saludable, primordial, era fanática de los hologramas, *Dejémoslos tal como están*. La vida de los Trigui corre en tiempo real, se hace a borrador, su crecimiento mental individual y colectivo se da bajo la modalidad del ensayo y error, sin opción a correcciones futuras por parte del Gran Comunicador Intersectas.

CorniSancho desfogaba su exagerada sensualidad en la Lupercalia de turno, que al cabo sirvió para que el adquiriera destreza en el arte de amarrar a su objeto del placer con cierta dosis de amor progresivo. El tiempo de jaula blanca con Fátima ha pasado a ser precioso por antonomasia, a ser la aurora del romántico mutante, a ser la revelación del salvaje-artista. Se hizo usuario de la Lupercalia apenas entrado en el matrimonio, lo que ha llamado su época religiosa, cuando fungía de ingenuo y toleraba manso la frigidez de Fátima. Ella lo arrullaba con su misteriosa castidad, en sus cuartos se respiraba aires

monacales, y ambos apostaban a ser consortes bien avenidos. Fátima no exigía satisfacciones plenas a CorniSancho en el lecho nupcial, más bien lo inducía a lo contrario, a mantenerse lo más alejado posible de los deberes conyugales prosaicos. El no requería de la telepatía de su bella esposa para mantenerse lo más lejos de la tentación de mancillar ese icono de la paz hogareña, ella era ente que se conservaba saludable merced a las caminatas que hacía en los hologramas de los senderos de pluviselva Trigui.

CorniSancho se aferraba a los preceptos de su secta para no ver otra cosa que belleza metafísica en su consorte, y, con el pretexto de que era un ente roncador, se excusaba de perturbar el sueño celestial de la princesa, mandándose a mudar a los cuartos inferiores de la mansión. Ni siquiera subía a la torre de cristal en aras de cumplir con la básica sensualidad del sagrado matrimonio, revivir de vez en cuando la escena que simbolizaba la procreación del primer vástago del diseño Hippo. Así de bendito por el Gran Comunicador Intersectas era el nido que crió al sátiro insaciable y a la princesa valiente.

De repente, como suceden los cataclismos interiores, salió a relucir la verdad de ambos. A la paz de una unión que no llegó a tener las mínimas relaciones de alcoba que constituía el ritual de la fertilidad de la secta Hippo, sin que de por medio medre la lujuria del arcaico Homo sapiens, le sucedió una temporada erótica brutal y de supervivencia irremisible. Todo empezó con el instante de catarsis compulsiva inexplicable de Fátima confesando a CorniSancho que evitaba yacer con él embutida en una falsa santidad, pues, así se trate de ritual que simula el apareamiento Homo sapiens, ella aborrecía la sola idea de alumbrar a alguien tan repugnante y cándido como el

emprendedor de Superhelados Vitamina. De esta manera, la princesa, descubrió para sí a la bestia Hippo que la arrastró por el vestíbulo al grito de “ahora, mojigata, mi amorrr..., vas a saber lo que es andar en todas tus extremidades”. Lo *lógico* hubiese sido que la pareja opte por la separación total en sus módulos al fin casi no se veían las caras, su matrimonio era una fachada. Paradójicamente aquí surgió el momento de llevar a la práctica el consejo que se habían olvidado del Gran Comunicador Intersectas, el que les dio cuando ofició el ritual de la boda de la pareja que él creó para que sean moderadamente felices hasta que la desintegración los separe. Entonces no le hallaron sentido a las palabras que pasaron a ser aliciente para su contrato de lucha: “Algún rato van a tocar fondo en su relación, he ahí la oportunidad de hacer cosas increíbles”.

Fátima no levantó el sigilo de su mundo secreto porque pensaba que le podían suceder cosas extraordinarias confesando su falsa santidad, sino por lo que ella dijo a gritos mientras el sátiro penetraba brutalmente con su ejército de diminutas ventosas sensuales, por primera vez en pleno, los poros abiertos de la princesa: “¡no soportaba más esta existencia muelle al lado de un idiota!”. Fue una sorpresa mayúscula para ambos el que no se levante pared infranqueable de incomunicación entre ellos, y que por el contrario se unan por el derecho inalienable a realizarse en este mundo a costa del otro. Ambos se iluminaron por separado respecto al futuro de sí mismos frente al amado enemigo, ese que provee las ganas de vivir sin restricciones. Los ojos del sátiro se abrieron como nunca al descubrir al ser ahíto de encantos por deglutir que en sí es la princesa, se dijo como si hubiese hallado la fuente del placer y la juventud tras un eón

de engañarse con la Lupercalia. “¡Sujeto-bestia!, en tu propia casa tenías el maná de lo femenino, los poros generosos de la diosa que nunca ibas a probar en los antros del disoluto... Sujeto-bestia, por fin diste con la clave para abrir el sésamo que te brindará los manjares que no se venden en las tiendas de las sectas de Sodoma y Gomorra”.

Fátima resolvió entregarse entera a su propia ambición desde el instante en que fue sometida a los rigores del CorniSancho desconocido, espantoso, pero en sí tan vital y sincero como lo fuera el macho cabrío del Antropoceno mostrándose ante su aquelarre. Ese monstruo mugidor, de tentáculos y ventosas babeantes, era el otro CorniSancho, el que hizo trizas su burbuja hogareña, el que surgió de las profundidades del ser ya sin los cosméticos que únicamente mostraban al cándido emprendedor de Superhelados Vitamina. Sin embargo, el sujeto anterior al demonio del cuadrilátero hogareño, el que se había resignado a no disfrutar de su consorte por haberla elevado a los altares de la secta Hippo, que poco encantador y apetecible resultaba, era manso hasta la estupidez.

Quitarse de encima a CorniSancho ha venido a ser el más grande reto de su existencia y, más allá aún, es una tarea esencial por ser libertaria. Si no fuese ella la que lucha a muerte contra el gigante peludo que ha convertido cada célula en tentáculo sensual, si fuese testigo de que otra cualquiera es objeto de tamaña violación a sus intimidades, se pasmaría del asco. Pero es ella la que de víctima pasó a ser rival del verdugo. Se dio cuenta que antes de ser abusada era emocionalmente frígida más que insensible ante el acto asqueroso de CorniSancho, con él sujetándola aprendió a cultivar emociones

como la persona que recién después de un accidente atroz comienza a tener experiencias vivificantes y asume su condición de renacida para poder hacer, aquí y ahora, realidades que antes no se materializaban por invisibles. Se había encerrado en su torre de cristal para evitar sufrir el repugnante ritual de apareamiento simbólico del génesis Hippo. Quizás antes no hizo mención de raspar la epidermis de CorniSancho, *el manso*, porque presentía muy adentro de sí, en sueños tal vez, que era despertar de los abismos a sus furias sicalípticas. Para qué iba ella a arriesgar la estabilidad de dos entes que basaban el equilibrio conyugal en el sano desconocimiento de sus intimidades, en la profilaxis hogareña no había cabida para dudar de la mansedumbre del otro. Su casa era el templo de la ecuanimidad que compartía con una persona que parecía ser tan afín a la parte sumisa de ella como si fuesen hermanos siameses. Ahora lo sabe: era una unión desabrida en medio de los manjares que se puede escoger en la cotidianidad del hogar diseñado para la anarquía de las personas que lo habitan.

“¡Somos una pareja feliz!, empezamos a hacer cosas increíbles cuando todo parecía desahuciado entre los dos, tal como nos avisó el Gran Comunicador Intersectas cuando nos impuso el matrimonio, y nos dio este lenguaje arcaico del Antropoceno para jugar a comprendernos con sonidos y gestos fuera de insípidas telepatías... ¿Qué me dices del nombre que nos puso, el que nos representa como personas? No podría llamarme mejor, a mucha honra y orgullo soy CorniSancho. Y a ti, Fátima, te nombraron así para que concretes al máximo objeto de mi deseo. ¡Cuán ignorantes de sí mismos éramos entonces! Prestamos atención solamente a las palabras del ritual de casamiento que nos sonaban serias, lo de mudarnos a

una aventura extraordinaria juntos fue un chiste que rápido lo tiramos al tacho de la nada. Nunca dimos pistas concretas de lo que sucedía en nuestro fuero interno y esa fidelidad de no ser comidilla del chisme mutuo se mantendrá hasta el epílogo de nuestra brega callada, mejor dicho de tu lucha callada. Nadie sabrá que Fátima no me recibía en su burbuja de a uno, que no cumplimos ni de broma con las fechas convenidas por los dos para el simulacro de amor original Hippo. Ponías pretextos sutiles para evitar yacer conmigo, y yo respondía con delicadeza a tus evasivas, no acudía a la cita en la que se rinde homenaje a la madre primigenia, mis pretextos eran igual de pueriles a los tuyos. Fíjate que coincidido contigo en que también sueño con procrear, he soñado con esparcir exitosamente la semilla de CorniSancho en la matriz de una Fátima reproductora. Qué romántico nos viene la manera bestial como dolorosa de reproducirse de los Trigui, obviamente sabiendo que tú no ovulas ni yo remito millones de espermatozoides tal cual manda la naturaleza de la especie que te entretiene a reventar en los hologramas de pluviselva. Tú soñando con el salvajito que tendrías sin los dolores de parto, yo soñando con el CorniSancho júnior que heredaría el emprendimiento de *Superhelados Vitamina* y mi potencial en el cuadrilátero del amor. No conociste lo que es el placer marital ni por medio de los ralos y religiosos contactos prensiles con el otro que prescribe, desde el púlpito Hippo, nuestro creador. Yo no me percataba de la Afrodita que tenía en casa por respeto a la pureza de Fátima, estaba conforme con el pretexto que tenía para ser macho cabrío con la Lupercalia a mano, y así no delatar al grosero que una vez suelto es incontrolable, esa cara libidinosa la reservaba para los conspiradores del deseo que los dos somos este instante”.

Lo inesperado vino a ser un don. CorniSancho la sorprendió contándole su sueño de procrear al ser hecho a su imagen y semejanza, esa ilusión ajena fue parte de los ingredientes que cocinaron a la depredadora, la que habitaba en lo más recóndito del monasterio de la marmota. Y CorniSancho también se avivó con el sueño de ella de alumbrar al salvajito puro corazón, para que sea el génesis de una especie de ángeles primordiales. Ella, que asumía su fragilidad como si fuese lastre inherente a la realidad Hippo, se erigió en el ente guerrero que había desconocido a conciencia tanto como al CorniSancho agresor. La mística se convirtió en lo que su inconsciente quería explotar a la luz del día, eso de ser madre de un salvaje arrancado a la pluviselva quedó atrás por imposible pero no sin antes parir a la luchadora a muerte.

El fenómeno lascivo de las pesadillas de la princesa en la torre de cristal, cuyo rostro no tenía memoria cuando abría los ojos, en instantes se concretó con la máscara del demonio no-sé-cuántos que escondía la faz del otrora sumiso CorniSancho. Su atronador aullido la remeció más que la máscara obscena soltando sus intenciones: “ahora, mojigata, mi *amorrrr...*, vas a saber lo que es ser penetrada por todos tus poros”. El mismo sujeto manso y piadoso del diario (no es que se trataba de súbita esquizofrenia, ni de él ni de ella) profanó su materia con los apéndices prensiles de la bestia lúbrica. El acto de CorniSancho en sí fue inocente, por ello no la condujo a la locura, al resentimiento abyecto, o peor, a conformarse con ser su adorada esclava. Él se enamoró de ella a partir del rayo regenerador que fue descubrirse mutuamente sus secretos, ambos se liberaron con la acción de la materia. El ciclón CorniSancho no la rompió en dos ni la dejó en un precipicio haciendo equilibrio en la cuerda floja sin opción al error, más bien logró algo que no contemplaba a vuelo de pájaro, fusionó

a la mística de la torre de cristal con la guerrera que en el cuadrilátero de los deseos consumados muestra su prosapia.

La Fátima de la sesión de autoayuda del jueves, de vez en cuando, había tenido visiones de poder inusitado, por ejemplo, visionó a una anaconda dispuesta a estrujarla con sus anillos constrictores y ella, reaccionando con la agilidad de pantera, hace la finta justa que le permite prender la cabeza del monstruo y aplicarle candado inmovilizante con su brazo izquierdo poseedor de fuerza avasallante, mientras su brazo libre sostiene la lanza presta a herir de muerte al enemigo. Ahora sabe que esas visiones no eran solamente transferencia de la vida salvaje de los Trigui a través de los fascinantes hologramas de pluviselva, sino que le advertían del arribo del CorniSancho gozador, el que vendría a estrujarla lucha tras lucha. Entonces, la cosa quedaba escondida en el subconsciente ni bien abría los ojos a su higiénica esfera diurna, al canto de chirocas retrepadas en sauces llorones o al diorama verde de ocasión para disfrutar de la mansión de los consortes Hippo. Ahora entiende que los monstruos interiores son la otra cara de lo bello místico.

El sátiro sufre las fintas de la princesa, se ha ido en banda a diestra y siniestra, pero no se mide en su derroche de fuerza. La princesa tiene la maña adquirida tras noventa y nueve batallas y, cada quite que le hace al sátiro, hace que ella se vuelva más apetecible a sus tentáculos. Es como si le hubiesen inyectado vigorizantes al CorniSancho agresor, que enviste sin cesar allende que los poros de la presa no vienen prensiles, elásticos y resistentes, sino saponáceos. Ya pasó el asalto de reconocimiento, y ella sigue escapándose de sus ventosas peludas. No ha atinado con sus células sensuales en el objeto del deseo que a diferencia suya no va a por él para que la llene de placer mundano sino que busca la última consecuencia

de todo esto: la desintegración del otro. A la princesa le conviene creer que ha inventado “el portento psicológico” que a corto plazo quería ver funcionar en el sátiro. CorniSancho no necesita de ningún estimulante para tener sus instrumentos musicales afinados como los de las sinfonías de los maestros virtuosos del Antropoceno -tal cual lo propone el Demonio Tántrico, con su fijación por el apareamiento infinito entre las cuerdas del multiverso-, y ella se aprovechó de esa cualidad masculina para provocar la sobredosis de pasión que defina el asunto en un ataque fulminante a la máscara del Demonio Tántrico. No lo ha intentado antes para que el otro se acostumbre a verla en perenne estado defensivo y que venga el instante tope de la depredadora cual rayo; su ambición es desenmascarar a CorniSancho en un pestañeo, la ejecución debe ser quirúrgica, artística.

Fátima es una artista de la pelea, siente que es émula de las guerreras de pluviselva del Antropoceno. Qué distancia infranqueable a puesto en realidad con Las culinchas, las que tienen a flor de su lenguaje lo de “actuaremos hasta las últimas consecuencias”. Ella baila cual mariposa y pica como chulapo, encaja las arremetidas de CorniSancho con la prodigiosa habilidad que le ha dado su entrenamiento para que le hagan el menor daño integral. Después de la última derrota, la noventa y nueve, anotó esto en su bitácora de la pelea:

“Apenas requiero de un rayo sobre ti, de una ráfaga luz que neutralice tu innato sistema defensivo que te permite atacar y atacar, y te veré desaparecer en la esquina desintegradora de la jaula blanca. Mis capacidades ofensivas no están para ponerte horizontal sobre la lona, no serás vencido físicamente sino desenmascarado por la perdedora que tenías amarrada entre las cuerdas. Así que dame con lo que tengas, arrancha nomás por donde te plazca mi amado demonio no sé

cuántos, sacúdeme cual muñeca de caucho, conéctate a mis poros a tu capricho, aplica el conocimiento infuso del macho cabrío de nuestra época. Inmovilízame con tus tentáculos, cuélgame en el aire, que no me derrito como el azúcar, mientras más te acalores mejor te guardará en su recuerdo la desenmascaradora, -¡tu desenmascaradora!-, cuando contemple en la figura mítica de CorniSancho. Quizás concluida nuestra próxima pelea me toque decir plañideramente como hace un eón, verbigracia en la era de la Jelinek: Pobrecito, hacía una vida agitada para traer el pan nuestro de cada día al hogar, comía muchas grasas, ya se sabe que la comida típica es muy sabrosa pero viene hinchada de colesterol. ¡Qué buen veneno es la alta gastronomía!, esas malditas salsas de la cocina universal son cáncer delicioso, esos aperitivos y bajativos lo van minando al más duro de los machos alfa. Tan cumplido, mi CorniSancho, tan alegre, conversón, juguetón, casero, querendón, responsable y fiel a una hasta el suspiro final. De un tiempo acá, el pobre, corría de la fábrica para venir puntual a tomar el té conmigo. Consecuencia, infarto masivo... sucumbió en mis brazos, literalmente en mis brazos”.

CorniSancho practicó la lucha romana aplicada al buen uso de la Lupercalia, ha sumado estupendas llaves erógenas a su haber. Las técnicas que fueron de provecho para “sacarle el zumo” a la Lupercalia, también sirvieron para extraer el maná de los poros sensuales auténticos de Fátima. El dobligar a la Lupercalia apenas tenía gracia, era contentarse con el máximo del placer vulgar, pues, no había descubierto todavía el elixir de la sensualidad, en ello consistió el hallazgo que trajo el ultraje de la princesa. Que la Lupercalia es un bodrio, una muñeca para la fantasía barata de sus células sicalípticas, lo asimiló con meridiana claridad después de hallar el tesoro, la mina erógena, en la que se transformó Fátima justo cuando él

creyó que la había perdido del todo tras violar con sus tentáculos hasta el último de los poros virginales de la ama de casa ejemplar, creyó que ni para recuerdo del ícono de la contención marital iba a servir en su torre mancillada, pero no, la ganó hasta la desintegración. Con la nueva Fátima es que se proclamó maestro en el arte de amar a una princesa de excepción, fuera de oferta en las pasarelas de las sectas de Sodoma y Gomorra. La Lupercalia, modelo Geisha, no es ni la sombra de la Afrodita guerrera, que de refriega en refriega se fue superando exigiendo todo de sí en la arena casera

“Cada vez que luchamos me enamoro más de mi precavida esposa...”, canta a su público de fantoches de Superhelados Vitamina, demudando la voz, poniéndose involuntariamente sentimental en el último brindis intempestivo, “¡por la vida!”, con los suyos. De repente, promediando el combate ochenta y cinco, le vino la idea de compartir con sus fantoches la felicidad hogareña. Sólo tiene que aullar “¡por la vida!” y se arma el reventón de mantel largo, a la manera del aristócrata del Antropoceno, con música de fondo de los maestros de las grandes sinfonías Homo sapiens. De la nada, el espacio de Superhelados Vitamina, se vuelve regia nave anfitriona del brindis de CorniSancho, los enfiestados fantoches se reparten unos a los otros finos bocaditos roseados por el champán de Baco. Los fantoches sociales le inyectan sano orgullo porque no faltan loas a la pareja radiante, sólida, propositiva, hecha el uno para el otro, entonces les canta cual juglar del Antropoceno su encantamiento con Fátima, de cómo se prendió de ella tras el seísmo hogareño. Les canta que por fervor a la princesa combativa abandonó los simulacros de amor con la geisha de encargo, ahora ve a la Lupercalia parecida a aquellas muñecas que al introducir monedas por la ranura de sus huchas

funcionaban para el placer del arcaico Homo sapiens. Todo ese ajetreo donde Lupercalia fue teatro impúdico que se acabó cuando sintió que los poros de la princesa le abrieron el mundo venusiano de verdad, el de la Fátima que había preservado en casa cual reliquia intocable. Y él puso a rodar a esa joya viviente, ella sí máquina olímpica de la sensualidad, a la que arribó por ese inconsciente manejo del ensayo y error para entrar en lo que buscaba a ciegas, de una manera desesperada, amar a lo bestia. Sí, amándola con toda la fuerza bruta de su ejército cuántico, conoció lo que es no depender del placer fatuo de la Lupercalia, fue seducido por la voz que le susurra apenas entra al cuadrilátero “aquí traigo tu medicina mi amorrr...”.

Fátima, se presentó a su última pelea con la figura exultante de una pantera sacada de lo profundo de la pluviselva donde habitan los Trigui, y para que no solo se quede en disfraz de pantera le salió tremendo salto con viada pues desestabilizó íntegramente a CorniSancho. Por fin tuvo todo el instante de este mundo para neutralizar al sujeto-bestia, y desenmascaró cual rayo al Demonio Tántrico. La Tumbadora, dio dos ágiles zancadas hacia atrás aferrándose a su trofeo. “Quieto, ¡no te esfuerces más...!, así vienes hermoso, ere relámpago de amor eónico que me ilumina”, aulló contemplando al CorniSancho que resoplaba no anonadado, ni humillado ni furibundo por la derrota, sino más bien dichoso y en paz. Apenas su semblante adoptó una mueca resignada, y se recompuso con agilidad pero no para abalanzarse sobre ella, el sátiro fue vencido pero jamás será sometido a ningún capricho de la princesa triunfante, ¡glorioso epílogo el de su guerra!, se retirará del mundo Hippo con su máquina animal intacta. Remitiendo venia respetuosa a la princesa Fátima, le regala la postrera faz del vencido satisfecho, su alegre lascivia se fue con

la careta del Demonio Tántrico y los instrumentos de sus ambiciones eróticas. CorniSancho se desintegró a sí mismo.

La escena del colapso de CorniSancho, se concretizó como no había soñado la princesa de la torre de cristal. Ella suponía que en un descuido del fragor de los abrazos sicalípticos de CorniSancho, lo iba a derrotar cual relámpago de lucidez mortal. Imaginó escenas más tragicómicas que realistas, pues, nada que ver con lo que de verdad se dio. No figuró que la realidad superaría con creces su fantasía de triunfo, no fue ni siquiera una variante de los finales felices que creaba para motivarse a seguir adelante, y exigirse como espartana sometida a constante acción bélica por parte del gigante persa. Ganó la guerra tras perder dignamente el noventa y nueve por ciento de todas las batallas con el gran CorniSancho, quien se desintegró con el honor que acaba de consagrarlo. Cómo sentir pena alguna de CorniSancho si se desintegró a voluntad, después de obtener placer hasta no poder más.

“Soy persona dura en los momentos de choque, pero sufrí como condenada al verlo caer estando en la plenitud de sus facultades, se fue íntegro. No obstante, cuando se recompuso, contemplé la serena sonrisa del rostro reflejando al individuo que partió haciendo lo suyo sin atenuantes. Acabé envidiando su suerte, así deberíamos marcharnos todos de este mundo, con la satisfacción de una vida a todo pulmón marcada en la máscara del último instante. Esto es tragedia y poesía viva. Te rindo el homenaje que amerita el formidable contrario que me sacó de la impavidez para devenir en conquistadora. ¡Gloria a tu espíritu, CorniSancho! Mis respetos, mis respetos...”. Frases de ese talante se le vendrán a la cabeza a La Tumbadora (así con mayúsculas se moteja a sí misma -no exenta de orgullo- desde la desintegración de CorniSancho), cuando pronuncie las palabras principales del homenaje al ser querido desintegrado ante los fantoches de Superhelados Vitamina. Si fue capaz de

vencer al coloso será capaz de honrarlo en sus pompas del adiós. No le va a fallar en eso, él era ente sociable, si no le juega la memoria antes de la pelea noventa y ocho, en su acostumbrado monólogo de calentamiento que ella seguía obligada por sus circunstancias, dijo que le agradecería montar un velorio simbólico de sí mismo en las instalaciones de Superhelados Vitamina, y que sea el pretexto para el reventónailable tipo fiesta de cumpleaños del sujeto Homo sapiens desperdiciador por antonomasia, al que se lo denominaba *magnate*.

“Ahora que sabemos parte sustancial de lo que somos, yo sé algo fundamental de ti y tú de mí, ahora que nos hemos acercado de verdad, te cuento que no sé por qué me ha dado ganas locas de hacerme fiesta de despedida anticipada con mis queridos fantoches de Superhelados Vitamina, busco algo que sea mucho más que uno de los brindis que he venido celebrando ultimadamente sin ningún motivo aparente, y por ello repetible cuando se me pega la gana, esto que quiero sí tendría una potente razón de ser, sería la celebración simbólica de mi desintegración futura con reventón desaforado a lo magnate del Antropoceno, ¿me entiendes?... No puedo asimilar el desperdicio del magnate Homo sapiens puesto que nosotros desconocemos el real significado de esa acción arcaica. Me contentará con que se convide generosamente a la concurrencia, di vos darles finos bocaditos y bebidas espirituosas de película Antropoceno y, de fondo musical, cómo no, el mano a mano entre el violín de Paganini y la gaita de Erín, por ejemplo. La instalación de mis honras fúnebres que sea cual catedral de vitrales, y que en el momento cumbre de la celebración se dé rienda suelta a las schubertiadas. Hasta me encantaría que tú estés presente en ese inocente capricho de

CorniSancho... ¿serías capaz de abandonar por única vez tu mundo-hogar y homenajearme en público?”.

La Tumbadora, a diferencia de las escenas que construyó adelantándose a la caída de CorniSancho, constató que el hecho en sí se efectuó ralentizado, que ella tuvo todo el tiempo del mundo para quitarle la máscara y con frialdad retirase lo suficiente de él para contemplar en lo inmediato: “belleza poética pura fue la derrota de CorniSancho”. No soltó pena alguna, ya agotó la pena en las ficciones que hizo de esta suerte que tiene ante ella, y en esos diferentes episodios, cada vez que desenmascaraba al otro era sentir lástima por el romántico fin. Cuando soñaba despierta con este cuadro de CorniSancho vencido sufría una breve compulsión sentimental, muy pasajera pero al cabo abrigaba compasión y, un CorniSancho que se precia de serlo, no es sujeto de lástima.

La humana doña Fátima

Doña Fátima venía preparada para manejar este momento cimero de su existencia, había hecho sendos cursos de primeros auxilios y está fungiendo de Voluntaria clase A en la brigada de emergencias del 911, que es el máximo grado de paramédico en el cuerpo de ayudantes que aportan con bienes y persona a su tarea altruista. Este fue el segundo secreto mejor guardado ante su consorte. Mucho antes de la arremetida furiosa de CorniSancho contra sus sagradas intimidades, fue tocada por la vocación de servir al prójimo sumido en el dolor, intuía que así también se ayudaría a sí misma forzándose a enfrentar el miedo enfermizo a la muerte que la tenía guardada en su torre de cristal.

Antes del vuelco radical, literalmente de la mañana a la noche, que dio su cotidianidad de marmota, soñaba con ser caminante a lo Henry David Thoreau, que apenas abría la trasera del hogar ya se adentraba en paisajes tan idílicos como solitarios de los bosques de Walden. Ella se negó rotundamente a adquirir en mercado hologramas que la incorporen a senderos vacíos de gente en la serranía ecuatorial, quiso sufrir sin amortiguadores virtuales los aposentos de la sedentaria. De la postración la salvó el recogimiento y ejercicio de su “yoga criollo”, y esto unido a lecturas exigentes hicieron que no se le atrofie la imaginación, por el contrario, ha desarrollado su mente sustentándose en unidad de carbono saludable a pesar de su encierro voluntario. Su desinterés social se había extendido hacia las calzadas, templos del consumismo, parques y jardines del submundo de la ciudadela Yasuní hecha a

imagen del mundo ideal del desarrollismo Antropoceno. Yasuní, (que desde su nombre es una paradoja porque así llama la zona excepcional, megadiversa, de la amazonía que sobrevivió a la depredación humana), es barrió futurista diseñado para la paz y el pleno desarrollo del modelo burgués campante sin embargo a ella, tanta felicidad prefabricada, solo le provocaba retirarse a su burbuja del segundo piso.

De repente, como aparentemente se vienen los cambios extremos, se metió a socorrista para obligarse a franquear los límites perfeccionistas de ciudadela Yasuní. La doctora Digma, su única amiga concreta, la animó a que salga al exterior pero no a ver en otros submundos sucedáneos a ciudadela Yasuní, sino a husmear y palpar los mundillos de las apiñadas barriadas populares que escenifican el purgatorio terrenal. Y ella, enfrentando al dolor y sufrimiento de la moderna esclavitud de las masas, enfrentó a su miedo a la muerte, “viviendo de cara a la muerte comencé a vivir intensamente de cara a la vida”. A la verdad no fue el esfuerzo de voluntad colosal que esperaba la marmota, más bien fue el pasaporte al mundo fascinante que tiene acceso ahora. El contraste mayúsculo, la diferencia con la burbuja de ciudadela Yasuní, no desmoronó la realidad fantástica del burgués campante para reemplazarla por la realidad cruda y feroz de las barriadas populares, resultó más bien ambas equilibraban su naciente noción de la vida/muerte.

Fue providencial su ingreso al socorrismo bajo la égida de la doctora Digma, pues la preparó para tomar por los cuernos la metamorfosis del CorniSancho manso en macho alfa rabioso, transformación que lo llevó a rozar la perfección animal, nunca le fue atractivo su marido hasta que reventó la

bestia humana. Tomó conciencia de su propia realidad más que de la ajena al servir de voluntaria en barrios desangelados que llevan nombres ambientalistas de festivales verdes, ejemplo, Jardines del Dorado. El voluntariado social fue el ejercicio que la preparó sin proponérselo para su propia lucha a muerte que al cabo la redimió más allá de la victoria total contra CorniSancho. En barrios como Puertas del Edén o Flores del Valle Eterno, se familiarizó con las escenas violentas, incorporándose a los hechos de sangre cual ángel salvador.

Doña Fátima tiene a mano su propio equipo portátil de reanimación. Manipula el cuerpo de CorniSancho con el rigor de paramédico aplicada, ha de cerciorarse de que no hay halito de vida en él. No escatima esfuerzos para revivirlo, da vigorosos masajes al pecho, y por último recurre al electrochoque. Nada, el vencedor de noventa y nueve batallas ha sido derrotado para eterna memoria en la lucha que enterró todas sus victorias pasadas. Con los hechos a la vista, procederá a culminar lo que empezó con mente calculadora y corazón pundonoroso. Nunca sabrá cuánto influyó en el derrumbe fulmíneo de don CorniSancho la química, o sea la dosis de adrenalina extra que le inyectaba al macho de virilidad endemoniada, al ejecutivo que era hiperactivo en la jornada laboral del dueño de Superhelados Vitamina. Los superhelados de CorniSancho se han posesionado con ventaja en el mercado transnacional de helados del Pacto Andino, y se disponía a futuro próximo a conquistar el paladar de los golosos del Cono Sur, quería llegar hasta los últimos rincones poblados de la Patagonia y Tierra del Fuego.

CorniSancho tenía que fallecer así, no sucumbió, en él había el designio de jamás capitular, y ella no hizo otra cosa

que darle pequeño empujón para que se caiga el momento preciso antes de que afloje su ímpetu devorador. Habían transcurrido diez batallas cuando empezó a inyectar la pócima en los glúteos de CorniSancho, este rato sería cándido afirmar que esa química, por sí sola, lo desbarató. El fin se ejecutó por cúmulo de circunstancias, se morirá sospechando que el pinchazo que le propinaba a CorniSancho no fue más que tentempié psicológico para ella, y no algo que efectivamente coadyuvó a la derrota abrupta del otro. Si no era química nociva para él sí resultó ser placebo efectivo en ella, le inyectó resistencia.

Doña Fátima se comunicó con Paradiso, la empresa de pompas de adioses de rigor en ciudadela Yasuní, por obra y gracia de sus inmejorables servicios y tecnología de punta para su cometido o “misión sagrada” como les encanta llamar al trabajo de enterradores del género humano. El lema de Paradiso prendó a los empresarios transnacionales tipo CorniSancho, “despídete de este mundo tal como viviste en él”. Una vez que emitió la clave para que se haga efectivo el paquete exequial que adquirió el hombre de negocios previsor, la operadora la conectó con la ejecutiva de Paradiso que le tocó en suerte para que resuelva todo lo concerniente a las exequias de CorniSancho. Margarita Ríos Montes, la atendió con esmero y seguridad y, por extensión, su nombre y apellidos ecológicos, le transmitieron confianza inmediata. Margarita se encargará del asunto a cabalidad, el evento va a rodar tal como CorniSancho lo quiso y disfrutaría si estuviese de invitado al mismo, las bienaventuradas instalaciones de Paradiso estaban a su disposición para hacer de lo luctuoso un festejo por lo alto.

“Para cuando usted, doña Fátima, nos haga el honor de arribar a los predios de Paradiso -por su cuenta tal cual es su expresa voluntad desistiendo de hacer uso de nuestro transporte especial-, nuestras operadoras habrán cursado las invitaciones de viva voz, de persona a persona, a la pequeña multitud que hacen lo dependientes de Superhelados Vitamina, pues ellos son los elegidos en exclusividad para asistir a esta *celebración*. Usted ordenó que nadie de la gente de la fábrica de don CorniSancho debe quedarse fuera de este digno evento y, para tal propósito, sabrán acudir vistiendo ropas informales y de tonos tropicales, tal cual se les pedirá comedidamente lo hagan entregándoles las prendas pertinentes, juegos de ropa flamante perfumada y de calidad transnacional, a manera de halago póstumo hacia ellos de don CorniSancho. Y es deber mío recalcar en lo de *celebración* en vez de acudir a términos lúgubres como consternación, sepelio o velorio. Nosotros acatamos sin chistar su deseo de esparcir la alegría que don CorniSancho ordenó se le dé al magno e irreplicable evento de su adiós terrenal. Del resto no le adelanto nada puesto que la primera persona que debe quedar gratamente sorprendida con nuestros servicios exclusivos debe ser usted, ya que es la que está al mando del evento en ciernes”.

La segunda conexión fue con la cardióloga Digmarty, funcionaria del 911, jefa de operaciones de las ambulancias Pegaso, su amiga de banca y hologramas en la secundaria de químicos y biólogos del Liceo Santa María, y mejor amiga desde que se reconocieron en las complejidades del socorrista. Digmarty la guió y le dio valor para que siga con ventura en las prácticas de primeros auxilios, ahí es alumna aventajada y ha sido escogida para llegue a paramédico voluntario del 911. La doctora Digmarty es mujer que aborrece

la institución del matrimonio sin ser sacrílega, por efecto de su acendrada vocación al servicio público del 911 tiende a lo espiritual libre de todo ritual impuesto desde la Madre Iglesia, de su pecho pende la medalla de la virgen del Cisne para que la proteja de la esclavitud de los desposados por obligación de un condicionamiento social; “bienvenidos a mí los vampiros que no buscan hogar seguro en mis viñas”, suele repetir. Frase que doña Fátima se apropió para remitírselas a *Las culinchas* del grupo de lectura Osho, y de paso poner lo suyo como cuando les recita “el no-compromiso con otro cualesquiera quiere decir que una está comprometida con la vida-muerte de una”.

Digmary -esbelta trigüeña ojizarca, de tórrida sonrisa y rostro rozagante que de improviso se torna pálido, como esculpido en mármol de carrara-, admira el temple de la novata que apareció frágil pero no se arrugó con los cuadros sanguinolentos que pintan los demonios de las barriadas desafortunadas de la metrópoli al pie de Los Pichinchas. Digmary repudia la zalamería del sujeto que representa al marido feliz dentro del templo conyugal con tufo a santo-infierno.

“Esto va más allá de la fotografía de los enamorados de la profilaxis matrimonial, aquí campea el sátiro al par que la santa diabla creciente”, les dijo doña Fátima a *Las culinchas* en son de chanza cuando empezaron a leer en conjunto *La Pianista*, de la Jelinek, que fue el abreboza para llegar a la obra despertadora por antonomasia, *Deseo*. Fue empezar a leer *Deseo*, y fue sospechar del industrioso heladero que hacía gala de cortesía e higiene hiperbólica, tanta pulcritud a la vista era ofensiva para alguien que se debatía en la zona oscura del fragor ciudadano, la que palpaba a los seres humanos con las

tripas afuera, unos feneciendo en sus manos y otros renaciendo con las alas del auxilio que les brindó.

“Las amigas que se ufanan de serlo no tienen obligación en revelar sus secretos íntimos, callarlos es dejar que la otra los imagine espontáneamente”, había dicho la doctora Digmery para que doña Fátima no se sienta presionada a compartir lo que es indigno de explicar, lo que sólo la acción puede y debe resolver en la soledad del porvenir. Doña Fátima le participó la verdad a Digmery, la verdad que la doctora podía constatar in situ por la especie humana entera. Con voz conmovida pero firme narró sucintamente lo que sucedió: “Por excepción, estábamos entretenidos en el vestíbulo con inocente juego amoroso a cuenta de nuestro aniversario de bodas, y sobrevino la tragedia que vas a verificar... Cuánta gratitud por tu comprensión, sabes que nunca dejaré de apreciar tu ayuda para manejar esta desgracia con la discreción del caso. Sí, amiga de alma, no sé cómo te voy a pagar por entender lo engorroso de esto, te imaginas estar contando por ahí los detalles de lo que presidió al infarto masivo de CorniSancho. Yo te espero, te espero”.

La luchadora botó a la basura la licra biodegradable que no fue partida en dos ni devino en hilachas, por primera vez no le fue despojada en la arena, acabó intacta. Él falleció sin hacerla cendales con los dientes, y masticar esa tela sudada para robar con fruición “tus aromas” como era el gusto del troglodita, y luego escupir los trapos sin sustancia al piso. Acude al cuarto de la ducha masaje y los sahumeros, se llena de los perfumes del sándalo, tiene para sí el momento de gracia, podrá quitarse la tensión del combate, el tufo postrero del gladiador derrotado que azoga en su piel. Es tiempo para

relajar los nervios defensivos y de contraataque, es el ritual de limpieza que se concede después de cada refriega con CorniSancho, la salvedad es que enseguida no le aguarda el reposo absoluto de la guerrera en la torre de cristal sino larga jornada de agasajos, pues, tras las palabras que cruzó con la ejecutiva Ríos Montes, quedó claro había que desterrar cualquier actitud triste entrando a Paradiso. La apuesta de esta noche es diferente, vendrá a ser como irse de parranda tras el agotador esfuerzo de haber batallado con el enemigo hasta ayer invencible en lo más espeso de la selva amazónica. Ella ha retornado íntegra de la guerra, con la cabeza del enemigo en brazos, la aguardan los parques éliseos para el desfile de la victoria. Merced al estado físico envidiable que ha logrado por la constante refriega animal, su alma es resistente y maleable. La lucha a muerte contra su consorte fue rendidora, su personalidad ganó lo que no le brindaron años de escuela inferior y superior, es una mujer de provecho, es la neutralizadora de CorniSancho.

Este lapso de la guerrera anónima, unido al de socorrista voluntaria, también le trajo la fiebre por leer repensando lo que había leído, haciendo tanto ejercicio espiritual como lo hacía con su unidad de carbono. Ahora podrá decir que su matrimonio fue saludable, la apartó de la irrealidad televisiva, dejó de tragarse culebrones y noticieros más falsos que los mismos culebrones, todo hecho para propaganda del consumismo hasta hacerlo sublime y parte del comportamiento enajenado del diario, nada de esa publicidad estéril podía compararse a los momentos vívidos que trajo el ser integrado entre la letra y la sangre. “Leer en serio es verse a fondo con los símbolos que ha creado otro no cualesquiera para que despertemos”, les había dicho a las impávidas del grupo

Osho, *Las culinchas*, que se recomiendan entre ellas ciertas lecturas como pasatiempo intrascendente. Así había sido cuando su existencia fue aparente juego perfecto, sadomasoquismo de vitrina. Entonces llegó el auténtico CorniSancho, él erómano dispuesto a tragarse cada poro de su piel de hembra prieta. ¿Y si la cosa hubiese sido al revés, que ella parecía extenuada por el exceso físico ya que en fuerza espiritual no había duda de que la marmota llevaba la batuta desde que apareció en la arena? ¿Qué habría sido del pobre CorniSancho si ella sucumbía?... Él haciendo la fiesta de despedida a doña Fátima, que más que un parrandón sería un entierro triste ya que él, condenado a la culpa de haber ultrajado a su consorte hasta la tumba, no podría disfrutar de las mieles de Paradiso. No imagina esa situación al revés, no puede verlo a CorniSancho actuando con el meticuloso cálculo de la marmota, no tenía arrestos para ser otra cosa que el hombre-bestia, y por eso se aferró a su personalidad de troglodita moderno, y qué feliz fue muriendo así. “No podía ser más trágico este final, ¡hermoso, hermoso!”. Ella pudo vencer merced a que dentro de sí incubaba a la monja *shaolin*, la que reventó para aguantar y esquivar el castigo con maestría milenaria, y de rato en rato replicar con precisos ganchos y directos al hígado y a los riñones del cuerpo ajeno. El hombretón no se cuidaba, reía a panza rugiente cuando era conectado por ella lanzando sus mejores golpes.

Previo al primer ataque lúbrico de CorniSancho, que contradictoriamente vino a ser el despertador por antonomasia de la autoestima de doña Fátima, se distraía además de ver el culebrón de las veinte horas treinta, con lecturas del tipo autoayuda para conciliar el sueño, librillos que le sonaban así de plácidos: *Te voy a contar el cuento del guanchaco César, el*

amiguito de dormitorio de las gallinas que nunca se comió por amor a ellas... Aquí tiene algo que remitirles a futuro a las señoras culinchas, cuando llegue el momento oportuno.

“Escuchen mi discernimiento cofrades del grupo Osho, anteayer amanecí preguntándome, ¿pero por qué ese infeliz raposo carnívoro con nombre de emperador romano, se inhibe de tragar pollos cuando miles de millones de humanos lo hacen sin que les importe un higo la cortedad de la existencia de esos animalitos y, lo peor, el calvario al que han sido sometidos apenas abrieron los picos no a los corralones románticos, aquellos donde habitaban las aves de granja servidas en banquetes pantagruélicos, sino al hacinamiento de criaderos infectos e insufribles? ¿Acaso el guanchaco César es una nueva deidad que se sacrifica para cargar la culpa del bípedo devorador por excelencia? El sabio CorniSancho, en los momentos en que algún erudito de la justa alimentación lo tentaba con hacer dietas vegetarianas parciales, y no obligarse a la carne por temporadas prudentes, solía replicar: *Mire jefazo, no dudo de su autoridad sobre el espinoso tema, cierto es que me repugnan las pavos revoloteando en pradera o constreñidos en jaulas, les tengo aversión desde muy chiquito cuando me picó un pavón en la nariz haciéndola sangrar; sin embargo, me los trago con resignado placer. Lo mismo hace la pequeña hija, de mi hermano nutricionista, que tiembla del miedo con solo mirar en libertad a esa gama de animalitos que le fascinan en estado de peluches, o apacentando allá en el planeta de los dibujos animados donde nadie se come a nadie y todos se perdonan a todos amándose los unos a los otros. Sí, esa niña de lujoso condominio horizontal monta en pánico ante una gallina de campo concreta sin dejar de amar a las gallinas de sus cuentos infantiles, contradicción que se resuelve engulléndolas con mucho gusto, ya sea fritas o apanadas, a las que trae su mamá del*

supermercado. Yo, grandote como soy, hasta les corro a los pavos reales que adornan la finca Salcedo, pero no puedo dejar de zampar hasta los huesos si me ponen al frente una pavita al horno, bañada con salsa de ciruelos y almendras”.

Después de la eclosión de la futura neutralizadora, se volcó a la literatura exenta de edulcorantes, a los libros que no desfloraba de la preciosa biblioteca que era el orgullo de CorniSancho, quien se autocalificó de reo de las lecturas duras en una entrevista para la prestigiosa revista *Emprendedores Ecuatoriales*, donde fue portada. “Me atiborro de palabras cual iniciado voraz de la negatividad literaria haciendo suficiente contrapeso a la utilidad del empresario de *Superhelados Vitamina*”, tal había sido la frase que siguió al título del artículo, CorniSancho: ejecutivo y leído. Vladimiro le saco jugo a la entrevista al empresario sui generis –tal como lo calificó-. CorniSancho no tuvo empacho en confesar que es fanático de la lectura dura, sin dejar de estar encadenado en los cuartos del oropel de los templos del consumismo, dijo en lo medular que no es de esos humanos que recuperan una sola realidad: la que pasa estridente, con bombos y platillos, ante sus ojos de corrido miopes porque no hay graduación que los corrija para que sean profundos.

Al día siguiente de la inicial e iniciática batalla perdida con el hombre-bestia, comenzó a leer a la Jelinek, se estrenó con *La Pianista* para no llegar de golpe a la novela que realmente quería hacer suya, *Deseo*. Fue un acto compulsivo tomar por los cuernos a la Jelinek, quizás incentivado por la prohibición que cayó sobre su obra por parte del barbado escarabajo de librería en extinción, un innombrable amigo de lecturas de

CorniSancho, quien como si aconsejara a cándida colegiala le advirtió que nunca hojee siquiera los libros de la autora austriaca porque hasta él siendo templado en la lectura de las más febriles y descarnadas obras existencialistas de todos los tiempos, había sufrido pánico con estos. “Voy a ser cruel con usted, no es una lectura para espíritus sensibles, yo que me considero hueso duro de roer, me sonrojé y palidecí de íntimo pudor mil veces leyendo *Deseo*. Fui afectado por el sadomasoquismo ficcional de la Jelinek, y siendo como soy el curtido académico que me honro de encarnar, no se diga el impacto que sufrirá alguien refinado como usted. Se lo preciso con todo mi ser, no se meta con el *Deseo*, de la Jelinek, le podría hacer mucho daño, mejor aparte esa obra atroz donde luce bien sin tocarla, en la linda biblioteca hogareña”. Y a ella jamás se le hubiese ocurrido sacarlo de su sueño, en el estante de cedro libanes, al temible *Deseo*, de no ser porque su instinto de sobreviviente se lo mandó así, intuyó que por ahí tenía que partir la estrategia que la haga ganar la guerra al hombre-bestia, aunque sufra muchas derrotas consecutivas antes de la batalla decisiva. Se metió de cráneo en *Deseo* y, para el momento que aconteció la treintava lidia de CorniSancho, tenía lista su estrategia de envolvimiento y muerte súbita del invasor, “un día de estos te vas a atragantar con tu carne viva mi amor”. Las tácticas de combate se fueron desarrollando conforme aprendió a luchar dentro del cuadrilátero, fajándose cual cobra pequeña frente al gigante turón que terminaría sucumbiendo ante la ponzoña fulminante que una sola vez le inyectará la serpiente mientras él sólo quería jugar rudo, y nunca eliminarla a ella porque en esa diversión potente anclaban sus días, de eso vivía el poseso, no iba a matar al ser que potenciaba su carnalidad a límites insospechados.

“Yo te neutralicé con premeditación y alevosía, pero tú te encargaste de criar en este mundo a tu fatal amor, a la criatura que te sobrevivió porque de alguna manera teníamos que poner coto a tu apogeo viril, al que me arrastraste siendo tú el principal cómplice y encubridor”. Está fresquito, CorniSancho huele a menta silvestre y a setas comestibles nacidas de hojarasca de arrayanes. Recién, por la mañana, leyó de las crónicas del caminante de Walden (que es su contemporáneo mental pero sin dejar de ser un cazador recolector de los albores del *Homo sapiens* metafísico), que decía cobraba un ciervo estrictamente para su sustento de semanas de proteína animal, y, ese unglado sacrificado, al ser destajado, expelía aromas a bosque de coníferas, donaba perfumes de especies brotadas de la rugiente madre Tierra. ¿Coincidencia?

“Aquí me refocilo cual cazadora recolectora respirando de la fragancias olímpicas que brotan del cuerpo inerte del hombre-bestia. Ha transcurrido el lapso justo de tiempo desde que caíste para que despidas los perfumes melíferos que manaban del ente sacrificado, tal como nos contó el agrimensor de Walden. Sin desguazarte, soy la receptora de los efluvios boscosos que desprende tu cuerpo yerto, cual *tillandsia fiesta* descendiste del techo de la jungla para desparramar el aroma germinativo de tus tentáculos multicolor”.

Estas aglomeraciones feéricas no están medidas por el reloj, le han sobrado minutos para el sosiego, la ducha masaje de agua caliente y el sahumero de sándalo la relajaron tonificándola. Ahora bebe del zumo de zanahoria, remolacha, guineo y naranja; la mezcla deportiva preferida de ella y CorniSancho para recuperar los electrolitos idos en combate.

Suspira porque apenas le resta recibir a la doctora Digmarty trayendo a *Pegaso*, habiendo ya puesto en marcha el regio paquete exequial de Paradiso, será otra refrescante pausa para que chispazos del pasado reciente acudan a ella. No asistirá a las pompas fúnebres de CorniSancho, y es laudatorio que esto lo haya aclarado hasta la saciedad la eficiente ejecutiva Ríos Montes, sino al reventón de su deceso. Allá iré vistiendo el traje azul de motivos campestres, son prendas tropicales pero de corte sobrio, que el visionario CorniSancho me regaló para que mee estrene con tremendo parrandón.

“Allá iré vistiendo el traje azul de motivos campestres, son prendas tropicales pero de corte sobrio. Hay en ti la placidez del sueño no-retornable; la paz ha anudado en tu faz, te has elevado como el cóndor tomando cálida corriente de montaña. No mostraré tu máscara mortuoria como trofeo, pues no habrá velorio sino regocijo de mantel largo con tus cenizas. Al fin, ¡qué alivio!, no pronunciaré discursos fatuos de despedida, como los que inventaba soñando despierta toda lacrimosa por la partida de mi amor. Había recreado tu derrumbe una y otra vez, pero esto superó largo mis expectativas. Fue un mismo instante divino desenmascararte y tú morir con la dignidad de héroe hogareño”.

Doña Fátima sacó a relucir a la futura neutralizadora que asumió que en lo sucesivo trataría con una variedad de hombre-bestia que Gerti hubiese adorado en comparación al suyo, el que mordisco a mordisco, a golpe de metáforas predatorias, hizo de lo abominable poética tragedia. Gerti no le dio tregua a su opresor eliminando su semilla, la Jelinek no le da tregua al lector hasta que suelta su frase terminal: *¡Ahora descansad un rato!*

“¿Es lo de la Jelinek mera ficción, invento, irrealidad? Es más que eso: es cruda realidad del animal humano; es carnalidad pura, inocente; es fuego eterno en el bello hogar; es la excitación primaria tras la moderación platónica de los desposados. Ustedes dirán que esto no sucede así nomás, pero les pasa a ortodoxos seguidores de los preceptos de la Santa Madre Iglesia como si nos aconteciera a nosotras mismas. Amor mortal, eso es el *Deseo*, de la Jelinek, señoras mías... *culinchas*”, les había espetado a las chupaletas del grupo Osho -exceptuando lo de culinchas claro está-. Las señoras culinchas, aquellas que se atrevieron en algo con la literatura de la Jelinek a instancias de doña Fátima, decían que no compaginaban con “esas cochinadas de la austriaca”, aunque, mejor dicho, lo que atraparon correctamente fueron las cuatro palabras con las que concluye la novela: *¡Ahora descansad un rato!* Las del círculo Osho, para bien hacer de doña Fátima, no podían vislumbrar que ella había vivido intensamente leyendo *Deseo*, y que de ahí surgió la decisión ya no de pelear como iguales con CorniSancho, sino de borrar de su diccionario de luchadora la palabra esclavitud. Lo fundamental, a diferencia de la protagonista de *Deseo*, que se desquitó del macho cabrío sacrificando a su retoño -al hijo que nunca debió arrojar al mundo-, ella fue a por la cabeza del sátiro, a ejecutarlo a él y a nadie más que a él. Doña Fátima sí tuvo como destino el eliminar al CorniSancho que acabó amándola tras la más larga y extenuante temporada de lidia que haya tenido jamás. Para ella también fue una temporada repleta de emociones sin paragón en toda su existencia de cultivadora del arte del engaño. ¿Cuánto le debe a *Deseo* su inspirada victoria?: *Deseo* fue el resorte que disparó la dinamita. Los

flujos y reflujos de la pasión criminal del *Deseo* jelinekiano, precipitó su propia metamorfosis.

De nuevo se pregunta qué habría sido de ella si escogía el camino lógico, o sea, la senda amplia del divorcio, y el olvido del ultraje refundiéndolo en el casillero de la inconmensurable estupidez humana. La respuesta es la misma con diferente forma: ella se hubiese petrificado entre las paredes narcóticas del palacio de cristal, pretendiendo ser más platónica que antes pero sin salir de la cueva de las sombras, la que ya abandonó cuando dejó de ser una sombra. Y él se hubiera condenado a devolverse a la opereta de los cuartos de Soraya Kandela. De haber tomado la autopista del divorcio, ambos consortes se habrían volcado a destino apócrifo, muriendo de espaldas a la gloria de enfrentarse cuerpo a cuerpo en las planicies de Eros. CorniSancho no hizo ningún movimiento para explicarse mutuamente o buscar el perdón de ella, una vez consumado el ultraje no había remedio, y sólo aguardaba la decisión comprensible de la ultrajada para acatarla sin chistar. El lapso dado a la incertidumbre, en la que uno y otro conocían que el bendito matrimonio se fue al traste, CorniSancho no se atrevía ni a ver a su esposa, su mayor miedo era encontrarse con el rostro de su propia demencia a través de ella. Habiéndose desvanecido el falso respeto que se había acumulado formando murallas de hipocresía, se desencadenó la carnalidad con plena aquiescencia y voluntad de las partes para rendir lo máximo, a través de sus pieles, a los dioses de la concupiscencia, a los dioses de lo mórbido y la tumefacción. Ser razonables habría sido alejarse del conflicto que más allá del intercambio de fluidos protoplásmicos fue purificador. “Yo callo pero no haré concesiones al que será mi víctima sí o sí”, se arengaba doña Fátima. “El silencio de mi amor me otorga permiso para en lo

que sigue amarla como poseso”, se dijo CorniSancho la tarde que se decidió a usar de nuevo, a lo macho endemoniado, y de corrido, a doña Fátima.

Se introdujo en el grupo de chupaletas Osho, invitada a sondear lo que leían y transmitían de ese ejercicio mujeres rondando en la madurez insípida que dan los años enjaulados. Madurez que ella sólo pretende alcanzar por arte de la experiencia que da la sabiduría de puertas y ventanas abiertas a lo verde salvaje. Por excepción, en el grupo Osho, pasó a ser la Nueve, que así la dieron en motejarla con gracejo. Las culinchas, en inicio, la ayudaron con sus experimentos, en especial las que tenían amplio bagaje marital ya sea en una o varias uniones, pero ninguna se había acercado a una lucha – cuerpo a cuerpo- ni de lejos comparable a la suya. De hecho, las del grupo Osho, eran mansas aunque aparentaban ser de pelea, sufrían calladamente su resignación a una vida muelle, exenta de toda aventura salvaje que las remeciese desde los cimientos, y la lectura suave era pantalla para simular su íntimo tedio, repitiendo maquinalmente criterios ajenos de tal o cual libro, opiniones importadas de tal o cual escritor. Periodiqueros, revisteros, librereros y, por inercia, conspicuas yerbas académicas, transferían sus preferencias a las chupaletas que en principio se llamaban grupo Ocho pero cambiaron a grupo Osho por considerar que es un nombre con peso esotérico a nivel mundial. Más que leer había que retener en la memoria técnica las reseñas de libros y autores que entran a golpe de tirabuzón, a través de los medios avasallantes, aquellos que fascinan y dictan su *parecer* a los representados. La Nueve, vino al grupo Osho cual católica díscola, ella las contradecía partiendo de su silueta altiva, cargaba consigo halo de vigor

natural, fibroso, ágil, que no se adquiere tras largas sesiones en el gimnasio sino con yoga propio.

Desde hace días sueña con ir de paseo al aire libre, a la finca Salcedo que jamás ha pisado, por fin tiene el propósito de conocer y disfrutar a todo pulmón del sendero Paisaje Silvestre que se libró de ser útil, el mismo CorniSancho preservó ese espacio-tiempo para la poesía visual, librándolo de ser parte de los sembrados de frutas que sirven a la producción de Superhelados Vitamina. Ella se negó a visitar el sendero Paisaje Silvestre porque todo lo que venía de él le era inapetente. Nunca se interesó por la explotación de finca Salcedo, eso quedaba para el emprendedor CorniSancho, ahora le tocará asumir la administración de esas tierras cebadas por las cenizas volcánicas de siglos. Ella no se hará problemas, seguirá aplicando la teoría del justo medio que desde ya agradece a CorniSancho por haberla implementado. Sí, CorniSancho, fue sabio aunque ella recién empiece a cosechar de su sabiduría. Está decidido: mitad de finca Salcedo proseguirá como feudo de los jardines de la Pachamama, y la otra mitad continuará sirviendo al paladar goloso de los fieles a Superhelados Vitamina.

La indescriptible diferencia de la Nueve frente a las ocho culinchas, su presencia retadora, vino a ser acuífero que da oxígeno a poza de aguas estancadas. Las ocho le permiten hacer sin cortapisas en sus predios, y todas ellas aupando el contraste que les provee aires de libertad. Con la Nueve, las numeradas Osho, abrigan la ilusión de que se están constituyendo en mujeres con albedrío añadiendo a sus reuniones pizca de impudicia. Las culinchas, en lo que se refiere a la lectura en sí, son casi nulas para meterse en obras

que enciendan su frigidez imaginativa, no se atreven a dar testimonio personal de novelas duras de roer que con estupor y resentimiento las tildan de ¡malditas!, y a sus autores de monstruos. Las culinchas huyen de las obras malditas y maldicen a sus creadores, se lamentan con argumentos de esta laya: “Por qué nos atormentan con sus laberintos indescifrables; no nos alcanzaría la vida para entenderlos; ¿cómo entrar en esos seres perversos, conflictivos y plagados de complejidades?”. A la Jelinek no la pudieron leer a morir, o a vivir, se devanaron los sesos tratando de entender lo que no había que entender sino sentir, sólo sentir. Ellas necesitan de traductor, de alguien que las represente, de alguien que descienda a su enclaustrado lenguaje, que las seduzca y endulce con sueños de papel periódico, y les diga: “Esto es lo que quiere decir doña Elfriede Jelinek en su *Deseo*”. A semejanza del juego de edición de noticias urgentes, tiene que arribarles como sea lo comestible del libro que no las sacudió, que no las transformó debido a que sólo están motivadas para uncirse a lo que ayuda a no aceptar la oscuridad que reside dentro de ellas. Qué habrían de asimilar las buenas señoras culinchas de la ingenuidad de la pareja que apenas se tocaba en aras de cumplir con los preceptos sacros del matrimonio. Qué saben de la mansedumbre que se trastoca en lucha sorda y furia demoniaca.

Sin la presión de cuidar cuerpo y alma en función de capear las arremetidas de CorniSancho, usará su fuerza para algo que de niña le producía pánico: subir árboles. Sí. Sabrá trepar a lo alto de los árboles ramosos, manejables, y dar con brotes de flores del aire. Los baños de campo que tomará en finca Salcedo, le devolverán lozanía, pero el poder que fue cogiendo en el corazón, músculo de la mente, y en el estómago,

centro de operaciones de la fortaleza concreta, se lo debe al difunto tendido a sus pies, al que no había que tapanlo con una sábana para evitar verlo, si lo que más quiere es contemplarlo así tal como está de escultural. La muerte de CorniSancho no fue un hecho de sangre, no lo arrolló un camión ni ha sido desfigurado su rostro por pelacara alguno.

“Estás hermoso CorniSancho, ¡divino!, como nunca lo fuiste en tu acción de oso abrasante, tu sacrificio nos unió. Estás listo para entrar en batalla póstuma a la manera de un Cid Campeador parrandero, guapeando aun desaparecido. Tu amor dio la orden para que la fiesta que tú encargarías a Paradiso se ejecute fiel a tus afanes dionisiacos. Me llamabas *mi esposa precavida* cuando no cabías de la dicha en las últimas reuniones sociales donde las gentes constataban tu buena estrella, tus días postreros fueron brillantes cual pléyade. Ahora yo aullaré con orgullo que tú fuiste el precavido, contrataste el paquete de máxima categoría para honrar tu figura avasallante, apenas di el código de tu servicio adquirido y la cosa reventó como si hubiese abierto los ojos a selvita de orquídeas. Vas a arribar a Paradiso cual príncipe apolíneo, en alas de *Pegaso*, una vez que el parte del fin lo levante el 911”.

DOÑA FÁTIMA.- ¡Y aquí arriba nuestro ángel, la doctora Digmarty!”.

DIGMARY.- ¡Virgen del Cisne, cuánto hemos tardado, parece que viajamos una eternidad! Es de suponer que nos demoró el espanto que es abrirse paso en el tráfico crepuscular de esta ciudad de colinas ahumadas, de valles copados por la congestión motorizada.

DOÑA FÁTIMA.- ¡Ahí lo tienes al grácil reflejo de lo que fue mi amado CorniSancho! No me hallas sollozando porque... ¿acaso hay lágrimas para revertir lo que está consumado? Falleció con gallardía, se desplomó guardando el tipo. Hice todo lo que me enseñaste para resucitar al infartado, pasando por el ejercicio de electrochoque. Quedo muy agradecida contigo, es invaluable el apoyo que me das en este trance irremediable. De lo que me conoces has de concluir que no soy mujer de lágrimas programadas sino de las intempestivas que vendrán pasado mañana.

DIGMARY.- Esas lagrimas que surgen de repente, son las lágrimas de quilates. Por eso lloro cuando no es preciso hacerlo. Eres testigo de cómo calé en el 911, en la medicina social, y sé que lo que sufre el corazón no necesariamente se muestra cual plañidera del dolor humano. La procesión al otro lado es una tragedia introspectiva. ¡Qué tragedia te ha legado CorniSancho!

DOÑA FÁTIMA.- Sí, es mi tragedia porque la de CorniSancho concluyó. Actúa en consecuencia, verifica su fin y levanta el acta de defunción, tengo por delante el agasajo que por él brindaremos a los suyos, que esto sea la póstuma firma de su generosidad. Habrá la abigarrada multitud de invitados que él escogió para el banquete exequial, la gente de Superhelados Vitamina. En mi calidad de anfitriona, cumpliré que su deseo póstumo se haga realidad en Paradiso, la única empresa exequial capaz de montar pompas que excluyan lo fúnebre. Allí lo despediremos con música de los inmortales, brindarán variados bocaditos bajo el sello exquisito de la tierra de valle interandino, todo rociado por añosas bebidas

espirituosas, no faltará chocolate espeso y el elixir de finas yerbas. CorniSancho era sibarita y como tal será despedido de este mundo su espíritu dionisiaco.

DIGMARY.- Mientras driblaba coches con nuestro Pegaso, me he conmovido por adelantado con tu tragedia, en lo poco o mucho que tratamos hemos sido compatibles, y es un honor que me hayas tomado en cuenta para ayudarte con el parte necrológico y conducir al difunto donde tendrá la despedida que marcará hito en lo festivo exequial de la modernidad humana. Aquí me tienes, como a propósito, embutida para la ocasión en este vestido recto de lana multicolor, acatando tu deseo subliminal de no portar trapos tristes. Veamos, comprobemos lo hechos. Luego me vas a ayudar a cubrir dignamente esta unidad de carbono en franca desbandada de los millones de diminutos que formaban la república CorniSancho. La camilla hidráulica hará el resto por nosotras.

DOÑA FÁTIMA.- Cuerpo que tal cual arribó al otro lado me ha llenado de luz, esperanza, y negritud inmedible del multiverso. Duerme, duerme, es un sueño eónico el que está dispersando tu materia.

DIGMARY.- Lo querías, lo querías mucho, supongo...

DOÑA FÁTIMA.- Lo amo, lo amo este instante, así como aparecerá para regocijo de mi espíritu. Aquí tengo su mortaja, cobijémosle con el kimono de samurái que alguna vez me dijo le encantaría estrenar camino a su cremación. Él dejó de ser ave emigrando de la luz a la sombra y viceversa. Soy yo la que aún

anda erecta rumbo al cadalso, martillando y cincelando, aún puliendo los detalles del mármol de mi tragedia.

DIGMARY.- ¡Se percibe que aquí reinó el amor ritual! No hay química ni física que lo encajone en fórmulas abstractas. De hecho flota todavía su aura en el ambiente, estamos ante esas tragedias que tienen desenlace perdurable, como diría el vate de La Gran Nación Pequeña.

DOÑA FÁTIMA.- Algún día te contaré el episodio completo, mientras tanto eres la invitada exclusiva de tu aprendiz de socorrista a este adiós en las instalaciones lezamianas de Paradiso.

DIGMARY.- No será necesario, es un reto dejarlo así, que una pueda inventar esta historia de amor crudo ya no por tu influencia sino por mí capacidad de hacerlo. Mejor expresado, yo aspiro a mi propia tragedia y no a escuchar y recontar la tragedia de otro.

Adiós CorniSancho

Llegando a Paradiso vino diáfano el entendimiento de su nombre y leyenda. La ejecutiva principal del establecimiento, Margarita Ríos Montes, las recibió en el portal exclamando, no exenta de íntimo orgullo: “Bienvenidas a Paradiso, pompas del adiós lezamiano”. Entretanto la directora las entretenía con palabras que se llevó el viento, el difunto, cambió de lugar, de la camilla del 911 rodó con suavidad a la banda transportadora que se alzaba a un metro del suelo.

Apenas la ambulancia Pegaso abandonó el lugar y el trinar de los jilgueros de la tardecita intempestivamente puso música alada en el sol de venados, se abrió un flamante presente y futuro para las tres mujeres formando una especie de bandera tricolor con sus ropas. Tenían por delante una tardecita festiva que resaltaba sus figuras esparciendo prosa y garbo, envueltas en túnicas de terciopelo azul, amarillo y rojo. Ellas tres no regresaron a ver a la húmeda tarde otoñal interandina que quedó atrás, la niebla se había tomado a la ciudad Medusa Multicolor, encerrándola a lo largo y ancho de sus arterias intoxicadas por el humo desarrollista, en el frío influjo del superpáramo de El Macizo del Pichincha, que a esa hora de cellisca en sus cimas y simas se hallaba ensimismado y expulsando de sí su cara bonita, la que decora las jornadas soleadas y cielo celeste lavado que sirve a himnos cargados de fervor regionalista de altitud, así como otras ciudades costeras cantan con amor a sus ríos podridos desembocando en un océano en proceso de putrefacción.

“Deje sus preocupaciones afuera, y entre a Paradiso libre de culpa... usted, señora mía, háganos el honor de marcar el ritmo junto a la banda D. CorniSancho”, escuchó Fátima decir

con gracia a la directora, gracia que suscitó una sonrisa evocadora de la hospitalidad del Conde Drácula, sí, cuando invitó a pasar y ser huésped de sus siniestro castillo al bueno de Jonathan; no obstante, que formidable y terrible vista a pique había al caudaloso y cristalino río que al cabo fue ruta de escape tanto para el célebre Conde como de su atormentado cautivo. Fátima, contrastando lo leído con su realidad, no pudo evitar sentir un gran alivio y súbita felicidad al constatar que acá el futuro era, taxativamente hablando, un jardín de las delicias que al diluvio solo lo tenía para adornar el horizonte. La banda transportadora se movía al paso moderado que impuso Fátima, consorte del difunto envuelto en regio kimono de seda del tiempo de los samuráis del poeta Basho –acorde al deseo de D. CorniSancho, ella después de las abluciones de rigor, lo vistió con el kimono del que habiendo sido invicto de noventa y nueve batallas perdió la vida en la única lucha que fue derrotado–. Fátima caminaba distendida teniendo a su costado derecho a la doctora Digmarty y a la directora Ríos Montes que cumplía a cabalidad su tarea de dirigir el magno evento.

Fátima, todavía no ha hecho memoria de si hubo transición entre lo que hay adentro y lo que quedó afuera. Sí da razón de qué fue ingresar a Paradiso y es que se imbuyó del ambiente relajado y temperatura estacionada en la hora del sol de venados de valle primaveral interandino. Sabe que se libró de la noche aullante templada y húmeda de la metrópoli Medusa Multicolor, pues, no tuvo cabida en Paradiso; se desvaneció la enorme urbe del caos vehicular encaramado en lo alto de la Hoya de Quito, al pie de El Macizo del Pichincha que la vio nacer y la verá esfumarse con sus submundos, como una pasajera procesión de hormigas, en el tiempo geológico de Gaia. El calorcito y el fulgor del sol de venados de valle

subtropical seco se alojaron en Doña Fátima sin que oponga resistencia alguna, por el contrario, se integró conscientemente como si hubiese viajado a propósito a una finca de alcornica en Vilcabamba, y gozar en exclusividad de sus aires y paisajes saludables. A este estado de serenidad se sumó de hecho su amiga del 911, la doctora Digmery, que la socorrió en su hogar y, por añadidura, la acompañó como invitada número uno al evento del adiós lezamiano de CorniSancho.

Las tres mujeres, rebosando salud, se dirigieron calmosas a paso lento, uniforme y continuado al Crematorio Franz Kafka, donde la unidad de carbono CorniSancho será desintegrada para convertirse en cenizas más que decorativas, “en arte puro y delicado”, como anunció la Ríos Montes. Doña Fátima no podía ocultar jovial asombro; es más, mostraba sin tapujos la agradable sorpresa de que al cabo la materia inerte de CorniSancho será el ligero peso del objeto de fina porcelana que saldrá del Crematorio FK. Cuán precavido fue CorniSancho, en persona se preocupó de los detalles del diseño del arte de sus cenizas, junto con el genio creador del programa y del dispositivo que concretará el objeto... “Fantástico, lo que fue ese cuerpo enorme al servicio de un ente sicalíptico que se disparaba casa adentro, devendrá en figura donosa, liviana y portátil de mi contemplación”, se decía para sus adentros Fátima.

–Fátima... Digmery... tengo el agrado de presentarles a Franz Kinto, el artista que por destino firma sus diseños creativos con las iniciales FK –dijo la Ríos Montes parándose junto a lo que parecía la boca o portal del dispositivo crematorio, con forma de un horno de barro artesanal de color arcoíris–. El cortejo se detuvo y mientras se hacían las presentaciones de rigor intercambiando saludos corteses, el difunto, en un pestañeo desapareció de la escena. Al cabo,

Fátima, hecho de ver que CorniSancho envuelto en su kimono mortuorio se había adelantado sin más trámite por entre la forma del horno artesanal de adobe, y agradeció que no se hubiese realizado un lapso incómodo de solemnidad obtusa despidiendo los restos de un ser que, para ella, se hizo querido de verdad apenas murió, no antes porque fue su enemigo a muerte en el cuadrilátero hogareño, era él anulándola con su lascivia desquiciada o ella vencedora en la única batalla que tenía que ganar para que el agresor se autodestruya. “¡Velo, solito se metió al horno!”, bromeo sin malicia para sí, pensando que CorniSancho hubiese festejado el chiste puesto que contaba con un aristocrático sentido del humor, y la prueba latente son las pompas que contrato en Paradiso poniendo su sello personal. Sí, tuvo ganas de bromear con la directora, pero lo que brotó es una discreta semisonrisa de entendimiento con ella de que el evento corría a pedir de boca.

–La figura que saldrá del prototipo de crematorio Franz Kafka, no será un adorno de lujo aunque vendrá a la vista cual porcelana Capo Di Monti, sino una pequeña obra de arte para su contemplación exclusiva, Fátima. Le entregaremos un oso de anteojos alimentándose de pie de los frutos del árbol de chereco; figúrese, magnífico *Tremactus ornatus* sirviéndose del árbol predilecto de D. CorniSancho, el *Sapindus saponaria* – concluyó Franz Kinto con aire soñador y, tras extender una venia cordial a las tres señoras, se disculpó para retornar a sus delicadas tareas de artista creador. Una puerta que repentinamente se abrió y cerró en un santiamén, hizo que Franz se esfume por el mismo horno de adobe que raptó el cuerpo de D. CorniSancho. Margarita Ríos Montes, aprovechó la ausencia de Franz para terminar de presentarlo formalmente como el dueño y genio creador de los dispositivos y efectos especiales de Paradiso.

Acto seguido, la directora, procedió a invitar a Doña Fátima y a su amiga a ir a por la pérgola central del jardín japonés bajo techo traslúcido, o mejor, conteniendo un cielo y horizontes propios. Sobre la marcha, la directora, como si Paradiso no estuviese a escasos kilómetros del centro neurálgico de la Medusa Multicolor y bajo lo que se denomina Distrito Metropolitano, donde ha venido reinando una semana de extensión atenuada de clima de estepa andina, describía el porqué del benigno aire y de la florida primavera del jardín japonés. Paradiso está dentro de un domo que, además de proteger sus instalaciones de los elementos externos, crea su propio medio ambiente. Este domo constituye el techo y contornos que son hologramas de cielo y lejanías combinando juegos de luces y formas para los escenarios exclusivos de los adioses lezamianos que contratan en vida los distintos difuntos que han sido privilegiados, pues, siendo aristócratas de espíritu han tenido albedrío para acogerse a la promesa de que las instalaciones de un evento nunca se repiten en Paradiso, promesa que tiene un vídeo de respaldo para que los deudos, en caso de duda, vean y oigan las palabras puntuales de su ser querido con respecto a su voluntad exequial. A la fecha, según la Río Montes, nadie ha requerido tal prueba de fe y Fátima se apuró a decir que si que los otros beneficiarios de Paradiso se sintieron como ella se siente desde hace ya un tiempo inmedible de paz y serenidad, le venía impensable acudir a un vídeo cuando el espíritu de CorniSancho se deleita también comprobando que lo que el precavido empresario de Superhelados Vitamina solicitó ha sido superado con creces aquí y ahora. Iba a decir que esto es de largo mejor que cualquier terapia en mercado para recuperar el ánimo y psiquis de una persona que ha sufrido una catástrofe emocional por la partida de un ser querido, pero eso de usar “ser querido” en

pasado se le ocurrió como una grandísima hipocresía, calló para no empantanarse en explicaciones de que CorniSancho ahora, este instante, sí es un ser ideal, ¿cómo no, si está viviendo el mejor momento de su vida? Cruzó miradas con Digmarty, y fue de preclara comunicación entrambas, a la doctora del 911 no había que ocultarle los sucesos secretos de su pasado combativo.

El fenómeno de luces que de repente se cierne alucinante en la serranía, denominado el sol de los venados, surge pasadas las cinco de la tarde y fenece antes de la seis dejando suficiente tiempo-espacio a la formación del ocaso solar; quien haya tenido la suerte de vivirlo en un ambiente bucólico, se queda con él como haber bebido un elixir para agasajar a la memoria mágica. En Paradiso se instaló un sol de los venados, de valle subtropical interandino, para que dure a lo largo y ancho del tiempo-espacio de las exequias de CorniSancho. Fue un pedido expreso del difunto que fascinaba cuando era sorprendido con vista a un bosque de cherecos, por el fenómeno de luces que no permite que el espectador se acostumbre a él, puesto que se ofrece de tarde en tarde y con intensidades, colores y formas que no se repiten entre sí porque la vegetación que lo proyecta como un portento romántico muda de facetas conforme a los avatares climatológicos. CorniSancho encargó un tiempo-espacio de sol de los venados de valle andino subtropical tipo Vilcabamba, para que se extienda generoso hasta el punto final del festejo de su partida. Se procuró el tiempo para ser meticuloso porque disfrutaba, cual niño antes de ser arruinado por la escuela, de los detalles del “tremendo parrandón”, cosa que Franz Kinto no se cansa de agradecer de que tuvo a un artista innato, *ad honorem*, colaborando con los adioses lezamianos de Paradiso. Y el honor es para Franz Kinto, el hacer realidad algo nunca visto en Paradiso, que es decir

mucho, ya que si bien ha habido escenarios espectaculares en el pasado, montados acorde con la imaginación del cliente de turno, es decir de la persona que en vida contrató sus exequias personalmente, es un principio fundamental que sea así de lo contrario no hay trato, nadie puede hacer lo que le atañe únicamente al vividor. “Así como otro no puede vivir por uno tampoco uno puede morir por otro”, reza un letrero en el cuarto de mando de Franz Kinto. Y, por supuesto, que no han faltado sorpresas mayúsculas, ejemplo, refinamientos voluptuosos en personas que pasaron en vida por conservadoras y desabridas. En todo caso, si alguien necesita un empujón o muleta para vislumbrar mejor lo de “los adioses lezamianos”, se le regala una copia de la novela *Paradiso*, con el propósito de que solo con hojearla caiga en cuenta de si le conviene o no trabar relaciones con FK. “No a las groserías sicalípticas, acá hacemos olímpico quite a instalaciones sin seso que destierran a la imaginación”, avisa enfáticamente FK. Fátima no sabe –aunque es probable que en el desarrollo del evento lo intuya– que tan entusiasmada como ella está Franz Kinto por descubrir, al tranco de ella, el resultado en vivo de los escenarios orgánicos, y las instalaciones y hologramas que desvela sobre la marcha. CorniSancho, participó con ideas tan puntuales como brillantes e inspiradoras para su cometido, él aprobó de palabra y rubrica el formato virtual del todo a ser estrenado a fuerza de realidad en su ausencia; este instante, FK, es el sujeto del descubrimiento que por el difunto vibra desde su cuarto de mando, abre los senderos que por primera ocasión serán usados por criaturas humanas concretas.

El espíritu de CorniSancho palpita en el aire tibio y primaveral de su soñada despedida, así lo perciben por separado Fátima y Franz Kinto. El cielo metálico en lontananza, como si se hubiese tendido una cortina de hierro gris mate a

donde se pose la vista en el horizonte. Las sombras borrascosas ancladas en las lejanías exteriores son parte del juego de hologramas y luces, y sirven de ficción para el contraste con el cielo parcialmente despejado de Paradiso, combinando el azul nítido, frío y seco, con nubes blancas estriadas formando surcos rumbo a la negritud de fondo. Aterrizando el pentagrama atmosférico, reventaba en fulgores de sol de los venados encendiendo los escenarios vegetales, y con ello creando pinturitas como los estanques dignos de la poesía medieval de Basho, alojando lirios gigantes, peces carpa saludables y ranas brotando de verdes matas silvestres. Las lejanías plumizas hacían el holograma tempestuoso justo para que en las instalaciones de Paradiso resalten los prados de césped a ras de suelo, las plantaciones de tabaco, las plantaciones de caña y maíz dulce, parcelas de amapolas y orquídeas... y demás halagos para la vista, olfato y oídos que emergen desde los senderitos señalizados: mariposas traslucidas, pájaros brujos, mirlos, quindes negros y verdes, tordos azulados, chirocas, etcétera.

La temperatura ambiente de Paradiso está regulada para estacionarse en el calorcito de valle subtropical “tipo Vilcabamba” que no varía, manteniendo aireados y primaverales los diferentes recreos bucólicos que en sí constituyen la naturaleza diseñada e implementada por Franz Kinto. Las tres mujeres caminaron en fila india embebidas por el senderito que bordeaba un estanque oblongo conteniendo peces rojos con manchas negras, peces de un jeme a tres palmos bien cebados en aguas cristalinas alimentadas por una miniatura de cascada selvática rodeada de verdores ferruginosos, animada por helechos, huaycundos y flores epífitas colgando de árboles musgosos. Superando el puente colgante al final del estanque, desembocaron en una pampita

de césped a flor de suelo, uniforme y humectada cual cancha de golf que a distancias parecía una alfombra de plástico perlada. La calzada plana de lajas de piedra gris-azul empataadas milimétricamente y sin visos de criar líquenes o hierbas, era amplia y dispuesta para que la Ríos Montes, ubicada entre las dos amigas marque el paso al tiempo que daba detalles sobre la cremación y entrega-recepción de la porcelana que saldrá de CorniSancho, puso énfasis en asegurar que ese prodigio demorará el instante que ellas dos tarden ambientándose con la infusión Cannabis Elixir, acompañada de pastelillos de manzana aromatizada a la canela, que hallarán servida en la pérgola elevada que es el mirador panorámico principal del Campo José Lezama Lima, que en sí es, fuera del Crematorio Franz Kafka que se torna invisible para no dañar el paisaje, el espacio que se abarca a 360 grados con la vista en una atmosfera nítida –es decir, una inmensidad conmensurable a ojos de bípedo humano gracias a la barrera oscura de fondo –.

– ¿Qué le parece, Fátima, lo que la rodea desde el horizonte hasta los ambientes vegetales inmediatos suman al gran escenario del banquete lezamiano del adiós al D. CorniSancho? ¡Buen provecho! –añadió con serena empatía la Ríos Montes, disponiéndose a tomar el atajo que señala el letrero en forma de flecha que apunta y reza “al Crematorio Franz Kafka”.

– Me ha ganado usted y con ello CorniSancho desde el más allá o más acá; en suma, serenidad y provecho es lo que respiro este instante en Paradiso... ¿no te parece, Digmarty?

– ¡Qué fácil es integrarse a las alucinantes formas de Paradiso, y a los deseos póstumos del precavido D. CorniSancho! –exclamó la doctora Digmarty plegando a la coyuntura, dejando a un lado cualquier atisbo de tristeza

sentimentaloide y dando paso a la expectativa de primera invitada a los adioses nada fúnebres.

Si a ellas dos les preguntaran el tiempo que transcurrió tomando Cannabis Elixir con pastelillos de manzana, entre jardines y parques divinos que se perdían en la barrera de nubes tenebrosas presagiando diluvios lejos de Paradiso, dirían que fue un tiempo inmedible, pues, tan pronto ingirieron la infusión y eran fieles seguidoras de la esencia del banquete lezamiano, no podían pensar ni hacer otra cosa que vivir para el evento en desarrollo. Dirían que se olvidaron de la entrada del cuerpo de CorniSancho al crematorio con redondeadas formas de artesanal horno de barro, esto hasta la mágica aparición de la miniatura del oso de anteojos con el árbol de chereco, como si hubiese salido del taller renacentista de un Leonardo o un Miguel Ángel. De súbito, más que entender sintieron las palabras que la directora de nombre y apellidos ambientalistas, de entrada les remitió como si nada, cuando iban caminando junto a la banda transportadora del cuerpo de CorniSancho envuelto en su magnífico kimono, y no le prestaron atención porque no estaban para asimilarlas aún y se olvidaron de ellas: “acá se deglute el tiempo a la manera del multiverso”. Fue ingerir la infusión Cannabis Elixir e incorporarse al holograma de José Lezama Lima, ahí convocando a sus amigos de carne y hueso a capturar el espíritu de Paradiso, “cual chivos Asmodeo en brisa caribeña”.

Margarita Ríos Montes, apareció con el sigilo de una pantera en la pérgola principal del jardín japonés, invitando a Fátima y Digmery a que la acompañen a la Sala Franz Kafka, donde el crematorio encantador proveerá el peso amable e inocente de la materia no únicamente reducida de CorniSancho, él vendrá transformado en arte hecho de fina porcelana. Las dos amigas y su guía se hundieron en un túnel

de árboles de membrillo en flor, saboreando todavía el tiempo de Cannabis Elixir y pastelillos de manzana, fue un paseo refrescante el devolverse a la Sala Franz Kafka por un paraje inédito. Al momento, la directora de Paradiso, por arte de las circunstancias de los adioses lezamianos pasó a ser íntima de Fátima y la doctora Digmarty, como si fuese una más de las receptoras de CorniSancho hecho una figura de cerámica artística. Llegado el minuto de recibir al oso de anteojos abrazando erecto al árbol de chereco, Fátima, no pudo contener copiosas lágrimas de felicidad al sostener en sus brazos los restos del ser que en vida fue un enorme monstruo lascivo, el fiero oso de los cariños constrictores convertido en una pequeña obra de arte, en una belleza delicada que tendrá un sitio privilegiado en su hogar minimalista. Apenas tomar con sus manos al oso de anteojos cosechando cherecos del frondoso árbol de *Sapindus saponaria*, y se enamoró de su proyección contemplativa.

La entrega de los restos artísticos de CorniSancho por parte de Franz Kinto vino sencilla e informal, se dirigió a Fátima y le extendió la liviana cerámica sin promediar palabra alguna, apenas portando sincero lenguaje corporal de espero te brinde energía contemplativa el trabajito. Las lágrimas de Fátima vinieron a ser el bálsamo que ahuyentó de sí sentimentalismos fatuos; sí, auténticas lágrimas de alegría por el gesto artístico de CorniSancho, entregándose a ella con el lado gentil del oso de anteojos ramoneando en una obra de arte que no viola sus intimidades a fuerza bruta de energúmeno, por el contrario, la mueve a la contemplación del otro CorniSancho. No hubo condolencias ni abrazos ni palmaditas de te acompañamos en tu dolor, no había que fingir pena cuando campeaba sereno regocijo en sus cuerpos y mentes, el que el espíritu generoso de CorniSancho dispensaba. El grupo

se encaminó silencioso a la urna de cristal antirreflejo que, mientras se consumaba el acto de entrega-recepción, fue colocada en la pérgola principal del Campo José Lezama Lima.

La cerámica de CorniSancho, haciendo honor a la gente de Superhelados Vitamina invitada, será exhibida en su urna lo que dure el magno evento. Acá, en la pérgola principal del Campo José Lezama Lima, ya estuvieron Fátima y Digmarty beneficiándose de la ingesta de Cannabis Elixir, la sorpresa la puso el flamante caminito de campo, pues, al túnel de membrillos en flor, le sucedió un sendero abierto a los aromas y vista de verde plantación de tabaco con un letrero nada modesto “aquí se cultivan los Partagas Eminentes, de Casa Paradiso”, y a este paisaje que daba la impresión de perderse se le unía el agua dulce de acequia que corría cantarina al costado derecho del caminito. Y no fue un aviso humorístico lo del letrero, al tenor de las disposiciones del difunto de que en sus pompas del adiós prime su delicado paladar y gusto por las cosas finas de este mundo, reposaba en el mueble de cedro rojo con forma de una plancha al revés una caja de madera decorada y propia para contener los “Partagas Eminentes, de Casa Paradiso”. Fátima, con desenfado y acolitada por el lenguaje corporal de la doctora Digmarty, solicitó a la Ríos Montes y Franz Kinto que se unan a la ingesta de Cannabis Elixir o si es del caso que aprovechen de los tabacos que lucían como joyas aromáticas en su caja, y que ella echó mano sin afectación y entró en el ritual de aspirar y acariciar semejante delicia fumable y de ahí a cortar con la guillotina la punta y proceder a encenderlo y a disfrutar de él y a echar humo con fruición, celebrando el manjar que estaba siendo para su paladar, en fin, actuaba como si fuese una veterana consumidora de puros regios, y lo era ya que desde que comenzó a luchar a muerte con CorniSancho, después de cada

derrota de las noventa y nueve que cosechó a su haber y de las abluciones para quitarse encima los vahos del agresor mezclados con los suyos, se echaba a fumar un habano de los fantásticos que traía a casa el enemigo, y, ambos, por separado en sus cuartos privados, como si se hubiesen puesto de acuerdo, echaban humo a la manera de un sahumero que limpiaba el hogar de la energía liberada por la batalla de cuerpos antagónicos. Este instante es la primera ocasión que fuma un puro Partagas Eminentes, al aire libre y en calidad de vencedora absoluta.

Digmary pasó del tabaco y prefirió ingerir la conocida infusión Cannabis Elixir, mientras Fátima entre bocanadas del Partagas Eminentes remojaba el paladar con dicha infusión, liquido que la refrescaba como un gourmet lo haría echando al gaznate sorbete de apio para olvidarse del gusto del platillo anterior y con renovada boca hincar diente al siguiente manjar gastronómico. Esto por ganar tiempo y hacer gala de su completo aclimatamiento a las instalaciones de Paradiso, antes de que arribe el grueso de invitados de CorniSancho, es decir el total de invitados porque nadie más vendrá acá, y, a la verdad, ellos son el condumio del festejo y los que hacen falta para prender “el tremendo parrandón” encargado para honrar al desaparecido empresario de Superhelados Vitamina. Hace rato, minutos, que se excusaron los dos pilares griegos de Paradiso, aduciendo que están en función de coordinar y conducir a feliz término “el tremendo parrandón”, así que no podían ni querían evadir la grata tarea de hacer realidad los designios de CorniSancho, dicho esto literalmente desaparecieron por el túnel de membrillos que estuvo disponible con la flecha y el cartel que de nuevo brillo ante los ojos de Fátima. Ella no insistió en su invitación, asimiló rápido que fue un error pedir lo que no era dable porque Kinto y Ríos

Montes estaban girando en una órbita diferente a la suya, y lo palpable es que se aprovechan, a su aire, del magno evento. No percibe de ellos dos acartonamiento, ni modales aprendidos de una escuela de hostelería y menos aún de una escuela de servicios fúnebres. “Son seres naturales a Paradiso y de Paradiso, están adelantados -exagerando un eón quizá- al tiempo espacio que se revuelve en el fragor ciudadano de la Medusa Multicolor”, dice Fátima más para ella misma que dirigiéndose a Digmarty que igual descansa la vista en el horizonte metálico, no se puede dejar de otear la lejanía si se quiere volver con brío a posar los ojos en las parcelas que alumbra y encanta el sol de los venados. Si hubiese un espectador invisible en la pérgola, diría que ambas amigas no se regresan a ver, retrepadas en las mecedoras de mimbre precisas para la ocasión, y que están soliloquiando en voz alta.

Los distinguidos invitados vendrán juntos, aunque no como un solo Homo sapiens, traídos por el transporte para la ocasión de Paradiso, se trata de las personas que el lado altruista de CorniSancho los mantuvo unidos en pos de la utopía anarquista, ya no únicamente del dueño de Superhelados Vitamina, sino del equipo que conformaron sin perder ápice de su individualidad. Ellos, el equipo anarquista de Superhelados Vitamina, le darán el adiós lezamiano a su querido ex jefe y amigo al infinito, “y más allá aún”, como a CorniSancho le gustaba agregar a la palabra “infinito”, cuando la metía en alguna conversación sesuda. El auto control de la tropa de Superhelados Vitamina es un espectáculo de otro mundo sin que haya una cadena de mando de por medio, ellos son autosuficientes y fieles a la gran meta de su extinto comandante en jefe CorniSancho: conquistar el globo terráqueo con los helados campeones mundiales del sabor natural extraído de fruta fresca. Su ex jefe se fue pero dejó la figura

emblemática de su empresa en el oso de anteojos de porcelana, al cual le rendirán festivo homenaje apenas Fátima los disperse en el Campo José Lezama Lima, y con ello se encienda el “tremendo parrandón” que vendrá tras romper filas.

“Sí, nada de rigor, no soy mujer de discursos, diré lo que se me ocurra de primeras y últimas palabras”, respondió de buen talante Fátima a la Ríos Montes, cuando con discreción le propuso dirigirse a los invitados de CorniSancho antes iniciar el festejo. “Digamos que serían bienvenidas unas palabritas a manera de lanzamiento de la fiesta que no tiene reunidas acá... usted me entiende, nada de discursos fúnebres”, había dicho la directora de Paradiso.

El arribo de la tropa de Superhelados Vitamina fue un ejemplo de vistoso y multicolor orden anarquista, los invitados accedieron a la vitrina del oso de anteojos de uno en uno, sin precipitación ni atropello, obviando sentimientos vanos de pésame y evitando grosero contacto físico con Fátima. La entrada y salida de la pérgola central corrió diáfana, en los labios transeúntes había una moderada sonrisa de aprobación del arte concebido con las cenizas de CorniSancho, y fue como si se hubiesen puesto de acuerdo con su nueva amiga al infinito, “y más allá aún”, en remitirse ligera venia de reconocimiento de parte y parte.

Doña Fátima, concluida la ceremonia de adioses, hizo honor a su voluntad de dirigirse brevemente a la gentil concurrencia que hacía gala de abigarramiento tropical en la explanada de las orquídeas. Ellos venían enfundados en ligeros trapos destacándose las guayaberas de corte caribeño, ellas venían envueltas en túnicas tan confortables como elegantes, coincidiendo (ellas y ellos) en que cada diseño individual representaba a una de las frutas que en conjunto hacen la variedad de Superhelados Vitamina. Valiéndose de un

megáfono, tipo de los que usaba CorniSancho para llamarla al cuadrilátero hogareño, emitió sentidas palabras:

“Vivir es trascender con el ser anarquista. Y CorniSancho trascendió sin duda, aquí tenemos la prueba viviente de los beneficiarios directos de su contagioso anarquismo. Salud mis amigos al infinito... y más allá aún, me responderían si estuviese repitiendo lo mismo a cada uno de ustedes, como no podría ser de otra manera, nada de balar al unísono las respuestas que son individuales. Congregados en Paradiso para que se prenda “tremendo parrandón”, encargado por nuestro difunto anfitrión, y es cómico que estemos usando esas dos palabras como metáfora de que vamos a hacer lo contrario, porque aquí no caeremos en la vulgaridad de lo que el vulgo conoce como parrandón que incluye lo tremendo. Me explico, el distraerse cual bestia humana contorsionándose con musiquilla espantosa, comida repugnante, bebidas ponzoñosas, y todo el resto de putrefacciones con etiquetas de divertimentos que encierran las salas claustrofóbicas y espacios abiertos cercados de lo que es en realidad la forma apócrifa, insulsa, del auténtico Eros, o mejor dicho es una manera de absorber menudencias que carecen de Eros. En esto consiste el humor arcoíris de CorniSancho, traernos acá, a Paradiso, donde las melodías de fondo están a cargo de los sonidos que brotan de la tierra vegetal, de las plantaciones de tabaco, de los jardines japoneses y parques boscosos. Y todo este eufónico ambiente es para cometer “tremendo parrandón”, sí, entrecomillas, porque nada más alejado de la estridencia y el furor ciudadano que el frondoso chereco escogido por el difunto para afilar sus garras y cosechar las drupas voluptuosas que le ofrece destilando saponáceo perfume primaveral; siendo no el amanecer de sus cenizas, sino el sol de los venados de su adiós lezamiano.

Paradiso nos exime de cualquier adiós plañidero. No habrá deudo, amigo, subordinado, o conocido, que lance peroratas a cuenta de la pena por un hombre que se fue íntegro, cual varón... Aquí tienes a tus adorados dueños de Superhelados Vitamina, aquí me tienes al tenor de la canción de la alegría que regodea mi mente, para decir: nosotros, tus invitados, aceptamos tu convite y alabamos tu generosidad póstuma. Ahora dispersémonos en la explanada de las orquídeas, que fluya el Eros, que nos sumerjamos en él cual cabras y chivos en brisa de palo-santo zapotillano”.

Margarita Ríos Montes y la doctora Digmery, sintonizaron con las primeras y últimas palabras de Fátima, que vinieron a ser un mensaje balsámico, tan distendido como espontáneo. Fátima, puro en mano que quemaba con uniformidad y deleite de una iniciada, se reunió a ellas dos en la explanada de las orquídeas, donde una tercera mecedora le fue alcanzada como si el objeto por sí mismo hubiese acudido a prestar su utilidad, para cuando ella se percató de que la cosa que se puso a su disposición era un robot, la directora confirmó con un guiño y añadiendo que era parte del mobiliario removible de Paradiso y que en instantes vendría el condumio. La gente del grupo de Superhelados Vitamina, igual formaron sendos corros afines que en adelante serían de miembros intercambiables entre sí; muchas de las personas iban con sus Partagas Eminentes encendidos y con viento en popa, y sucedió lo mismo con las mecedoras que se pusieron a disposición de los invitados, la gente celebró al reconocer que no eran más que básicos robots fungiendo por lo alto de ergonómicos asientos. A ese encanto de acomodarse donde más les plazca le siguió sin más preámbulos la procesión de delicias de comer y beber ejecutada por la tropa de servicio, robots de distintos colores mate, de cuatro y más terminales

con formas geométricas tan pulidas como planas; en fin, eran mesas elevadas parlantes portando el menú denominado largo y estrecho. Los meseros electrónicos desfilaron anunciando y entregando a los degustadores *bocados de artista*, *bocados de sibarita* y *bocados dulces de ángel*, esto servido en modo tapas españolas, y con las explicaciones pertinentes de los ingredientes de los pequeños platillos que entre tandas eran refrescados por copetines con sorbete de Cannabis Elixir, en función de limpiar el paladar y que cunda con fruición el sujeto gastronómico. Los vinos tinto y blanco que rociaban las variedades del menú largo y estrecho, provenían de las dos cosechas preferidas de CorniSancho, “dos caldos divinos que hacen de la resaca una utopía”, instruían con voz grave, rebosando simpatía, las mesas servidoras. Tratándose de la gente de Superhelados Vitamina, jamás se hubiesen sentido consumados gourmets si los distribuidores, llámense camareros de alcurnia, fuesen humanos. Elemental deducción de Fátima, si no cómo habría espacio para el lema anarquista que ella acogió desde el fondo de su ser: “no esclavizo para no ser esclavo”.

Ecós de Berdog

Con Berdog, oriundo de las tierras altas de Escocia, bastó que me describiera los bosques de coníferas de su cuna y los verdes acantilados de su adolescencia, que me cuente de los lagos cobijando fábulas de fieras antediluvianas, para trabar amistad a muerte. No hubo alguien conocido por ambos que nos introdujera, fue en el cóctel de presentación de maquetas de viviendas fotovoltaicas, Residir en la Tierra.

“La casa de uno debe ser templo del ocio sustentado por la energía solar, donde hacerle el quite a la rutina desarrollista sea placentero, en el que el tiempo sirva para disfrutar del espacio minimalista de los dormitorios, salones... Señores, amplias zonas de circulación en vez del *horror vacui* que oprime. Ya libres del fragor de la bestia humana tirando para delante su podrido desarrollo, tengamos mínimo cuatro árboles que den imaginación al descanso, que sean ramosos para ser dignos de llamarse palos de sombra. No exageramos en las maquetas poniendo allí cedros del Líbano, bellezas mediterráneas orientales que no son endémicas de nuestra parcela de planeta, sí hemos plantado la saponácea gallardía del chereco, pues, un bosque de coposos cherecos ocupaba este lar.”, decía en lo principal el tríptico del proyecto Residir en la Tierra.

— Mucho gusto, soy Anarquista Utopista y, por magia de esta exhibición, tengo un magíster en mercachiflería... ¿Usted es Ingeniero Ambientalista?

— Encantado, soy existente... profesión: Existente Vividor.

Berdog, rápido se hizo eco de mi burla hacia los individuos que no son capaces de quitarse del título de su

profesión en la actuación de cada día, aquellos que se sienten desnudos si no oyen pregonar su bendito grado en el termitero. A la industria de la nada le encantan los títulos doctor, ingeniero, economista, etcétera, están de moda de la mañana a la noche, aunque la especialidad que enriquece hasta desquiciar al bípedo depredador de la ingeniería fiduciaria sea robar a trochemoche a cuenta del progreso. Para ser un caporentista, un gran ladrón de hojas tristes, solo hace falta la voluntad y oportunidad de serlo. Un gran ladrón requiere de convicciones inquebrantables, ama a su oficio, es un profesional a conciencia mientras que la abrumadora mayoría de profesionales no aman a su oficio, no son profesionales sino peseteros, cualesquiera fuere el título que les han endilgado por los años de encierro en las jaulas de los Centros de Alienación Superior.

Pronto lo conocí a Berdog en esa yarda íntima que tenemos rentada en la Tierra, donde viene imposible ocultarse de sí mismo, llamada hogar. Casa adentro se cae el disfraz del ejecutivo buscando ansioso la máquina de hacer plata, no puede sustraerse más de los acreedores del ser olvidado, esos monstruos y ángeles que luchan por la supremacía en la materia que da forma al Homo sapiens. Cuando mi envoltura de carbono sufra la última corrupción y se esfume de la faz de la Tierra, permaneceré en la Mente del Universo Conocido, así denomino al más allá del estado corpóreo como creyente que soy en que la mente no prescribe ante el tiempo. A cambio, Berdog, especulaba con lo denso inmensurable en el firmamento contrastando con su minimalismo terrenal: “Mi paraíso es convertirme en el núcleo de un Hoyo Negro Masivo, capaz de contener millones de soles. Reventar en un bebé Universo, el que nacería a su aventura macrocósmica con el

tamaño de una pelota de béisbol... Sí, mi amigo, soy ambicioso, retornaré cual flamante Universo en el Multiverso”.

Berdog, me pasó una pila de obras para leer sobre el infierno y el cielo humano, no faltaban notas de él escritas a máquina en pedazos de papel añadidos con un clip al libro leído. Hablando consigo mismo acabó hablando conmigo, aquí una acotación suya a la obra de Pablo Palacio. “El averno es tan fantástico como el paraíso, ambos lugares son subyugantes, pero lo más atractivo siempre es lo terrorífico, fijate que te hala más la visión de Nico Tiberio dando mordiscos de antropófago a su crío y a su mujer que el diorama celestial de estar echado entre leones y venados igualados en mansedumbre. Del purgatorio no te digo nada porque basta que caminando observes a tu alrededor en cualquier ciudad de esta nación de contrastes marcados, y a poco dejes la zona turística tienes que andar con la vista al piso para no embarrarse de detritos, hay que maniobrar con los cinco sentidos como un saltacharcos; el purgatorio es la cotidiana cabalgata del trabajador que sueña con sacarse la lotería que lo exima de la esclavitud siglo XXI. De los creadores luciferinos, ni uno sólo regresó del más allá para darnos añadidos, últimas novedades, noticias relámpago, como plenipotenciarios del director del averno. Viajaron a las pailas de don Sata tan encarnados como el yo que se refleja este rato en el espejo, el que recepta su imagen aquí y ahora, respirando en su unidad de carbono uncida a la máscara que tiene identidad, un número que le otorga ciudadanía”.

¡Vaya fijación de los posgraduados de esta parcela de planeta con sus títulos, es de rigor entre recién conocidos sacar a relucir las etiquetas que consagran el currículo! No se podía esperar otro comportamiento en una exposición de mansiones ecológicas plagada de diplomados en la amplia gama de artes y ciencias, aunque los empíricos no sufren el estigma de no tener

título si portan una bien nutrida billetera. No hubo casualidad en ese encuentro con Berdog sino destino. Tampoco lo hay en que el escocés venía de una época celta, portando el talante exquisito de un mundo perdido. Bajo su influencia leí, en inglés, el relato señero de R. L. Stevenson, *The strange case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*. Con mi inglés comercial, chapucero, jamás me hubiese atrevido a tocarlo, aunque me había hablado encomiablemente de ese relato inmortal mi abuelo materno, cual, cursando yo el propedéutico me regaló *Treasure Island* en una preciosa edición empastada de Edimburgo, pronosticando ante mi sorpresa de balbuceante aprendiz de emprendedor que algún día iba a conocer a Stevenson en su lengua materna y que por eso me lo obsequiaba adelantándose a ese suceso. Su argumento fue que iba a fascinar con el inglés de la prosa de Stevenson, porque lo del escocés es electrizante viniendo libre de la inevitable intervención del traductor en los manuscritos originales, así se trate de una intromisión macanuda, muy ambiciosa por la erudición y sabiduría del literato que practicó la misma. Berdog remató mi iniciación stevensioniana con el obsequio de una copia de tapa dura del portentoso caso del doctor Jekyll y míster Hyde, allí encontré una nota dirigida expresamente a mí: “Lo más fácil es que acudas a la obra traducida por otro escritor que incluso se podría decir que es una traducción genial, ejemplo, una traducción de un Borges, donde el mismo escritor te confesará que sí inventó en ella por más riguroso que quiso ser a la hora de interpretar lo ajeno. Eso de ser imparcial en la traducción de una obra maestra, de traducir textualmente un clásico de la literatura universal, no es equiparable a una fórmula estática para echar abajo un edificio limpiamente sin daños colaterales. Aquí o en Kampala, las ecuaciones matemáticas, son interpretadas en un mismo lenguaje general. Las traducciones exactas son un trabajo de

profesionales, de técnicos y albañiles, no son para los creadores e imaginativos”.

Berdog desapareció adulto joven, era un cuerpo cultivado por los pequeños placeres naturales y un alma enhiesta en la contemplación, todo se resolvió por la vía rápida del accidente de montaña que lo pilló en la cuarentena. Se fue medrando en lo suyo, acabó siendo ave nocturna por gusto y vocación, esto porque en un inicio tuvo que ser noctámbulo por prescripción médica cumpliendo el tratamiento que le dictó el psiquiatra Fronesis, el único doctor que atinó a dar una solución al síndrome que lo poseía durante el sueño nocturno, cuando su cabeza cual batán golpeaba sin cesar la almohada, un hecho incontrolable que le sirvió de pretexto para ahuyentar a las mujeres casaderas que querían dormir con él toda la vida, consagrando el sueño acompañado mediante el sacramento del matrimonio. Berdog tomó conciencia de ese fenómeno temprano, pues lo venía sufriendo desde su tierna infancia, su madre se horrorizó al ver que esos espasmos se repetían noche tras noche sin que la ciencia médica pueda hacer nada al respecto. Así creció con ese “tic onírico” que no lo dañaba en tanto almohadas ortopédicas amortigüen los golpes. Y hasta que lo cargó consigo no le trajo consecuencias físicas ni sociales, no era un ser patológico ni un monstruito de película.

Berdog cuenta a su haber con una novela entre sus ensayos antropológicos, –o un “novelensayo”, como decía él jocosamente-, denominado *Mujer sin pecado original*, que es una ficción sobre lo que podría ser la cotidianidad de una indígena no contactada de la amazonía. Dicho novelensayo fue inspirado por Tapa, su mujer huaorani, aunque a ella, según las propias palabras de Berdog, ya le inyectaron el pecado original en la urbe petrolera San José Eugenio del Cuco. *Mujer sin pecado original*, llamó la atención del afamado loquero Fronesis, siendo

la circunstancia que hizo que trabé amistad con Berdog. De ahí que se enteró del “tic onírico” que sufría Berdog, y lo convencí para que haga una regresión y así fue que dio con el origen de su inocente mal, resultando ser consecuencia de la técnica de cuarto oscuro que usaba su desaparecida nana cuando arrullaba al bebé de pecho para que caiga en brazos de Afrodita celeste. Ella lo colocaba boca arriba en sus rodillas y mientras le cantaba celestial canción de cuna gaélica movía rítmicamente las rodillas y, de igual manera, la cabecita del infante que entraba en un profundo sueño daba golpecitos como un batán. La deducción del doctor Fronesis no se hizo esperar: “... te quedaste con esa compulsión que abrigaba la dulce melodía celta de tu nodriza, no querías quitarte de la orilla del edén en tinieblas al que ella te condujo. Propongo que probemos cambiando radicalmente tu horario de dormir, es decir que por un tiempo prudencial te vuelvas noctámbulo abandonando al ser diámbulo, ¿me hago entender?”. La alegre receta de Fronesis le hizo gracia, por inverosímil la adoptó al pie de la letra, allende que podía ser una tortura para el ave diurna empedernida que era Berdog, y lo insólito es que se convirtió en un amante de la noche por el tratamiento que su amigo aconsejó. El “tic onírico” se desvaneció de súbito, la cámara oculta que colocó Fronesis -con el consentimiento de Berdog- para vigilar su sueño solar tras la segunda semana de tratamiento, fue contundente al mostrar a un dormilón manso y contento cual caminante en brisa de bosque de palo santo al filo del océano galapagueño.

Lo escuché disertar al escocés, en ciertos foros libertarios de los Centros de Alienación Superior, sobre la eutanasia. Según él, la salida ideal al conflicto humano de poner coto a una existencia insufrible, era la eutanasia psicodélica, decía que la unidad de carbono que haya superado los requisitos para ser

asistida en su deceso lo haga bajo la lucidez indolora del ácido propicio para que el fin arribe bacán. La eutanasia en la madurez, debía ser el resultado de una secuela de padecimientos, pre infartos o males de ese porte lamentable, que a la persona doliente la harían firme aspirante a ser asistida antes de que se convierta en un vegetal. En el caso de Berdog no había historial clínico de enfermedades perentorias, fue un accidente de esos que sólo se le puede achacar a un exceso de vida sana. No hubo plañideras, fue una despedida por lo alto -a lo Akira Kurosawa-, la banda de pueblo no dio tregua tocando composiciones salerosas hasta que sus cenizas fueron dispersadas en el antiguo molino de agua de finca Florencia.

Hemos convenido que Berdog se hizo noctívago no por afán de entregarse a los vicios masculinos pasada la medianoche, sino porque se mudó a la oscuridad como una lechuza despertando de larga hibernación solar. No sufría de insomnio, así como tres cuartos de su vida durmió en un dormitorio oscuro aporreando con su cabeza la almohada, el último tramo de sus días roncaba arropado por los rayos solares con la inocencia de un cachorro de lobo marino peletero, y eso no impidió que tenga la unión libre más ecuánime que he conocido de cerca. Fue un caballero, a su dama de origen huaorani, la raptó prometiéndole formal amancebamiento lejos del espantoso legado de las petroleras, la sacó de la urbe oriental entregada a la bestia que despidе exhalaciones de azufre, liberándola de las fauces del demonio de hidrocarburo, cuando estaba a punto de esclavización en San José Eugenio del Cuco. La trajo a Valle de membrillos informada del tic que sufría el mancebo, y ella se arriesgó a continuar con el compromiso porque él supo mostrarle sin tapujos su noctambulismo, lo hizo para que desista si así lo

decidía de la unión de dos que iban a seguir siendo dos después de los abrazos sin pasaje a roncar al unísono.

Conocí la dividida mansión de Berdog y Tapa, levantada en el valle subtropical artesiforme de Membrillos. Ambos gozando de las inobjetables conveniencias de la separación de alcobas y ambientes que trajo remodelar La Cuadra, la vieja edificación cuadrada, de una planta, que sobró junto a los árboles que la rodeaban cuando La Cuadra era un altillo que vigilaba finca Florencia, hoy parte del pintoresco pueblito interandino homónimo. Florencia, no sufre los males que aquejan al crecimiento urbano, no sabe lo que es confrontar círculos de riqueza deslumbrante con amplios cinturones de humillada pobreza. La austeridad es bella, digna y altiva cuando se es campesino de subsistencia en un valle primaveral dador de comida orgánica y agua dulce regia; pero en las grandes ciudades es lacerante, se transforma en esclavitud que enajena. De la casona blasonada se preservaron las paredes anchas de ladrillo y manejaron con exquisita habilidad la estructura indeleble de guayacán negro, consiguiendo dos viviendas distintas de una misma raíz de dulzuras, acordes a la personalidad de cada quien. Esta idea de concretar un hogar que se mimetice con los sueños del usuario ha marcado mi gusto por ser el Ingeniero Ambientalista de mi propia existencia. Otra cosa es ganarse el sustento fungiendo de Creativo Minimalista para los acomodados a los que hago el favor de montarles un nicho paradisiaco, a los que les cobro tarifas como si estuviesen adquiriendo los servicios de un Leonardo da Vinci o un Buonarroti. Sí, soy pudiente, para tener un nivel de vida zaratustriano de lo contrario sería un mendigo al que nunca le llega la sobreabundancia. A mí me sobra el tiempo para invertirlo en lo que me place hacer, me sobra el dinero porque lo gasto en mi tiempo. Ser pudiente es residir en

el ocio pensante, explotando tu espacio-tiempo cual duende frotando oro.

La Cuadra, que construyeron al gusto y albedrío de ellos dos, Berdog y Tepa, es obra maestra del sentido aristocrático que gozaban con naturalidad, naciendo aquello del innato entendimiento que tenían con el mundo silvestre. Recibí la mayor lección de arquitectura del espíritu de Tepa y la concreción de Berdog, la clase más efectiva de mi carrera al servicio de los amantes de las viviendas ambientalistas. Tepa y Berdog, tenían su punto de encuentro y agasajo mutuo compartiendo la magnífica cocina comunal entre las dos viviendas. La cocina contaba con las respectivas conexiones independientes a sus hogares, una maravilla técnica y estéticamente provista para regodearse en ella por su iluminación, extensión, paisaje. Teniendo la cocina todos los ingredientes para lucirse en ella, ambos se hicieron exquisitos del buen yantar, se turnaban sin previo acuerdo para compartir el resultado de sus habilidades coquinarias, de las siete de la noche en adelante, durante el día no ya que uno de los dos no entraba a la cocina pasadas las siete de la mañana, y tampoco se habían puesto de acuerdo en ello. De vez en cuando invitaban a cenar a familiares, amistades varias o a recién conocidos. La pareja que habitaba La Cuadra de Berdog, se acostumbró a moderada sociabilidad caída la noche, adquiriendo fama los manjares veganos que ellos brindaban a sus huéspedes que no se han quejado por la falta de cadáveres zoológicos en la mesa. Una vez le pregunté a Berdog porqué había dejado de comer cadáveres zoológicos, la respuesta fue jodida y chistosa, con un toque de Lem y de Palacio: “Me creerías si te digo me entró una gana atroz de tragarme al prójimo, tal cual le sucedió a ese fino bichomonstruo

cadaverófilo furioso, Nico Tiberio... precavido, he sido precavido”.

Penaba por los tardíos desayunos de Berdog, no he encontrado parangón con éstos en ningún otro lado, y he viajado dentro de mi patria y afuera por los países de punta en lo de integrar un hogar a la naturaleza original-artificial circundante. Conocí el alucinante refugio del sueco Ingmar en la isla Fårö, los museos alpinos de Reinhold Messner, o la mansión musical del endemoniado Gaahl inmersa en los bosques noruegos -donde el vecino más próximo está a dos millas de distancia-, todo bien mas, me quedo con La Cuadra de Berdog por la cercanía filosófica y la amistad que me prodigó su inventor. Me especialicé en un saludable alejamiento con el prójimo, y de esto que me han llamado pomposamente pionero del arte de levantar mansiones caprichosamente ambientalistas, a medida y gusto del acaudalado que la encarga en tanto no contradiga mi entendimiento de lo que es el hogar, dulce hogar. Soy estricto en el cumplimiento de mis proyectos arquitectónicos, nada de concesiones si no hay el mínimo espacio requerido para la belleza arbórea que proporcionen las ventanas que incorporan cuadros salvajes a la mansión que solamente puede ser de planta baja, cero pisos superiores y sólo lejanías que choquen con muros vegetales, “... un mundo ecológico a las puertas del mundo enfermo de los termiteros, eso es lo que yo le vendo a usted o no hay trato, así de sencillo”. Cada proyecto mío sale a precio de obra de arte invaluable. Y sí, he generado las suficientes habichuelas para no tirarme a matar trabajando, hace mucho que dejé de ser partidario de las horas extras ni de fungir de emprendedor infatigable. Esto me permite hacer una vida sabática –jamás aposté por hacer un año sabático, eso es para los soñadores con dinerillo para tomarse unas vacaciones

largas y luego a seguir sumando días a lo Homo sapiens engullido por el libre mercado-, cometo la sagrada siesta por reloj biológico, por fin tengo profesión: Existente Vividor.

Café Vía Tarot

—El maestro no hablaba de su familia... “Todos me dieron puerta, 9-11”, me comentó lapidariamente alguna vez viniendo a ser la única referencia que tengo de sus parientes. Nos hicimos panas del alma desde que me cupo la suerte de auxiliarlo con la ambulancia Pegaso, como llamo a mi instrumento de trabajo del 9-11. El hombre, tras una marcha alcohólica que lo puso a bailar con la parca, terminó en los lomos de Pegaso y por las atenciones oportunas del paramédico volvió al mundo de los vivísimos... por eso incluso en la dedicatoria de un par de cuadros me llama así, 9-11. A la verdad, las anécdotas que tengo del maestro son divertidas y algunas alucinantes como esa que ya le conté del secuestro que fue objeto por parte de un incógnito padrino colombiano para que le pinte en exclusividad cuadros taurinos en una mansión ultra lujosa refundida en paradisíaca cala privada del Caribe. “No vea los servicios por lo alto que me brindaron, puedo afirmar que fueron las mejores vacaciones cinco estrellas pagadas de mi vida. Hazme el favor, 9-11, con un encierro de ese calibre no se necesita para nada del Síndrome de Estocolmo”, resumió el maestro de los seis meses que duró el secuestro. ¿Qué no le pasaba al maestro en su agitado devenir de artista? Me consta que era un epulón, o como él mismo decía presintiendo que el corazón no aguantaría mucho su trajín, “me trato a cuerpo de rey gotoso, hasta el infarto masivo”. No le faltaban clientes de Mercedes-Benz, y con el billete que recibía se daba al banquete de los filósofos, en esas instancias tenía raptos de generosidad con ciertos amiguetes que lo frecuentaban para aprovecharse de su arte, conseguir una minucia gratis de él era relativamente fácil, y los giles que

salieron con sus pinturas apenas falleció las pusieron en venta, son gente despreciable que tienen cerradas las puertas de la percepción, penetrar en el otro lado les está negado. En todo caso, merced a los dioses anarquistas de la creación -palabras suyas-, la gran obra de Niaupari está en manos de la secta de los contempladores. Tuve la fortuna de que el maestro conectó con mi sueño de montar Café Vía Tarot, le participé de mi intención de crear un lugar para activar los ojos atléticos de la poesía de Hölderlin y fascinó con la idea... —Decía Xavier con cierta nostalgia que cedió a la risa, no había espacio para la tristeza frente al cuadro de Los danzantes, de Pedro Niaupari, que fue develado sin aspavientos, pero sí con la alegría que trajo inesperado giro meteorológico, creando un ambiente despejado y calentito. Se agradece providencial primavera vespertina después de una mañana cerrada, otoñal.

“¡Ya es hora... ya es hora, zoquete!”, chilló potente y nítido la lorita pirata del patio de los naranjos en flor, parecía que de alguna manera las dos personas ahí reunidas aguardaban esa señal para arrancar la tarde con oficio. Xavier dio un bufido de satisfacción y corrió al pequeño “bar del peluquero” hecho del cedro colorado que refulgía alegre junto con las dos sillas de peluquería que le dan el nombre. El perentorio aviso de Chachi disparó un resorte en su cuerpo. Al cabo estuvo de nuevo en la mesa rustica de ciprés, ubicada en un claro de baldosas color ladrillo en mitad del patio. Nuestro mostrador de observación era angosto y con forma de medialuna. Se acomodó relajado en el extremo opuesto al mío dejando amplio espacio para la botella de whisky y las rebanadas de pan de orégano y patacones para picar.

—Usted conoce a Chachi, si no le pongo su música nórdica no parará de joder con el “¡ya es hora... ya es hora, zoquete!”. Además combina muy bien con lo que estamos por

deglutir, ¿qué me dice? ¿Se acuerda con la sinfonía que iniciamos la degustación última de un Niaupari?

—Me tocó la deconstrucción de Chamánico y empezamos con la quinta sinfonía de Beethoven. Uno condiciona a los animales domésticos y después ellos nos condicionan a nosotros, no son pendejos. Sería genial que Chachi aprenda a repetir “ya viene el turco, ya viene el turco...”, sacado del final de la película de largo aliento Satantango, el rodaje señero de Béla Tarr, si no la ha visionado aún le recomiendo que lo haga por salud, así vamos a tener el pretexto para explayarnos con los detalles del “baile” de Satantango, apenas con esa escena le vendrán horas de vuelos filosóficos —Repliqué llenando los vasos de whisky. Brindamos por el sol vespertino que alejó la amenaza de lluvia torrencial y sumó gracia impensada al descubrimiento de Los danzantes. Brindamos dos veces por Pedro Niaupari. Brindamos por el refinado oído de la Chachi, que se recogió a disfrutar de su propia iluminación con la música del sol de medianoche del conjunto vikingo, Wardruna.

—Salud. Sea, voy a ver cómo me va con Satantango, que me suena mucho sin a priori tener ni idea de qué es ni de lo que hará en mi mar adentro. Lo que sí sé es que frente a nosotros está el “baile” del maestro Niaupari, aunque usted no lo crea lo he tenido años a la sombra a este cuadro, podría decir que lo reconozco de pies a cabeza porque casi todos los días lo pillaba en las abotagadas paredes del piso hogareño, llenitas de pendejadas, como buenas receptoras de la carente estética pequeñoburgués, tal cual usted lo ha dicho no es que la gente tenga mal gusto sino que no tiene gusto porque ha refundido la imaginación en una mazmorra oscura, y su gusto se ha atrofiado por falta de uso. Las paredes repletas de cosas sin alma, permanecen desangeladas así cuelgue en el medio una

pintura bucólica de Monet o El jardín de las delicias, de El Bosco. Digamos que no conozco bien a Los danzantes, sino de una forma somera, diría que superficial porque allá arriba nunca surgió el tiempo para contemplar como aquí sí lo hago igual que usted, por primera vez. Una cosa es ver de pasada una obra de arte y otra cosa es sentarse a desmembrar su contenido. Créame, la puse de cara a la pared en el rincón de la chimenea, y me invité a mí mismo a la inauguración número indefinido de Café Vía Tarot, que vino a ser el pretexto para la develación de Los danzantes. ¿Por qué será que en mi domicilio -hogar, dulce hogar del séptimo piso de La Floresta- da lo mismo colgar un gran sombrero de vaqueros que una obra pictórica de fuste?...

—Horror vacui...

—Allá arriba todo se transforma en adorno vulgar con tal de huir del horror vacui, y cuando le mostraba a algún zoquete, Los danzantes, quizás el más depurado trabajo del finadito maestro, -esperando en vano un par de ladridos de admiración ¡guau, guau!-, éste solo paraba mientes en la obra si iba acompañada del precio arbitrario que yo le ponía. “Por lo bajo vale ciento cincuenta mil y pico de dólares, no lo digo yo, lo dicen maestros de la talla de un Linares”, decía con solemne seriedad, sobrio como la lápida del mausoleo de Iván el Terrible, en tanto que el visitante abría las fauces con estupor y emitía respetuoso y gutural ¡guauuu! No ha faltado el amigo que me aconseja vender el cuadro que antes de saber el precio no tenía en sus ojos más valor que una artesanía indígena para turistas; con esa platita yo me compraría un todoterreno que mantenga a raya a los choferes estresados, o me iría a viajar por Europa... ¡Cuánta candidez de mis consejeros! Cómo si yo necesitara un auto todoterreno para venir al Café Vía Tarot. Como si no supiese lo que es Europa, fui emigrante y hay que

estar de emigrante si se quiere discriminar de por vida las dos caras de Europa. Usted sabe que sin pasta se sufre la pobreza más o menos igual en las históricamente famosas ciudades de la Europa culta y rica, casi no se entera del mentado estado de bienestar. No hay que ser pensador profundo para darse cuenta que con dinero en el bolsillo uno se adaptaría a cualquier gueto, podría hacer una existencia linda hasta en Haití, nomás habite una mansión de Pétionville. El emigrante pata al suelo sufre la cara sucia de Roma, París o Londres; la carita limpia es para los académicos y burócratas en comisión de servicios, para la gente de negocios o los turistas de medio pelo para arriba. Sin embargo, la cara sucia de Roma, fue aleccionadora, es la que me dijo en tu país estabas en lo tuyo, incluso si te fuera bien trepando a lo bestia humana en el viejo continente convéncete que jamás vas a montarte el Café Vía Tarot de tu ambición existencial. Desde que lo traje acá al cuadro apenas han pasado once días, se ha embarnecido tapado en el caballete de la chimenea de Café Vía Tarot; allá arriba se enmohece, este rato tengo la sensación de que Los danzantes, por fin están danzando. Lo invito a entrar en el baile.

Esta era la exposición que había estado aguardando en el subconsciente desde que el pintor cubano Yoan Linares me dijo que Xavier tenía una joya escondida en su piso del edificio La Floresta. Me había olvidado de la existencia de esa pintura, mejor dicho no tenía noción de su esencialidad, no hallé una imagen que en algo me familiarice con Los danzantes, ni buscando en el ciberespacio. De hecho no pesan los cuadros de los mercachifles o mendigos que han colgado en el ciberespacio fotos horripilantes de la obra de Niaupari, con el fin de vender lo que consiguieron de su taller. Esos lienzos de Niaupari que son rematados en el mercado de pulgas virtual carecen de alma porque las personas que los ofertan son desalmados, y a la

postre vienen a ser inocuos, ahí no se paladea las formas ni los colores animados, se asemejan a postales insípidas, lavadas, cual lejana referencia del arte mayor del que soy afortunado por observar en su integridad. Las palabras de un especialista y artista, las alabanzas que de Los danzantes había proferido Yoan, no fueron suficientes como para hacerme una figura mínima de la pintura en el caletre. Recuerdo que amable meiga celta, oriunda de la Costa de la Muerte, me contó con largueza la película La Naranja Mecánica (1971) y, cuando la visioné en la pantalla grande, supe que su relato fue más que estupendo, tenía condumio propio sin dañar la sorpresa del visionado, al contrario, añadió valioso contenido al largometraje de Kubrick y, por añadidura, a la novela homónima precursora de Burgess. Digo esto porque hay películas fuera de lote que son imposibles de contar improvisando, no imagino a alguien luciéndose en el relato de las 30 tomas y casi libre de diálogos de El caballo de Turín (2011), la obra con la que se despidió del cine Béla Tarr, de un minimalismo monocromático y austeridad extrema; partiendo de la anécdota del colapso de Nietzsche, en Turín, se dirige a la creación de la nada en oposición al génesis.

Las pinturas tipo Los danzantes, son inexplicables. El discurso técnico y laudatorio acerca de Los danzantes, de Yoan, solo me aseguraba que era algo digno de contemplar por venir la opinión de un pintor que apreció su trabajo, pues, tengo una ventana a su imaginación con el cuadro Aya-uma que llena el espacio de un muro predilecto en mi residencia de Villa Juárez. La imagen del Aya-uma de Linares, ante tanta insistencia del escritor de la novela inédita de ciencia ficción filosófica Homo aerijs, fue donada para la cubierta del libro que orbita en el ciberespacio. De repente recibí la invitación a pasar toda una tarde de jueves -a partir de la una- inaugurando el Café Vía

Tarot, que es en sí prendarse de un cuadro que aguardaba su descubrimiento en el caballete de exposición. La ocasión anterior me di un atracón de magia taurina contemplando Chamánico, un toro tan soberbio en su sanguinolenta estampa batalladora como de ojos melancólicos y ebrios al instante de enfrentar el fin en la suerte del estoque. (No he sido aficionado a la tauromaquia pero me es incomprensible que mucha de la gente que abomina el maltrato animal -en general- no siente pizca de remordimiento por ser encubridora y cómplice del sacrificio de trillones de reses, de cerdos, y demás especies planetarias que se engordan para el banquete posmoderno del Homo sapiens que asume es más progresista que nunca. “¿Significa progreso que el antropófago coma con cuchillo y tenedor?”, decía S. Lem. La fauna que hace la fiesta de las papilas gustativas del supremo devorador terrenal, sufre a tope su destino de presa en el trayecto al matadero, presienten instintivamente lo que les va a ocurrir, y no es que la salida dulce que recibirán -si es el caso- sea un consuelo para los condenados). Lo paradójal es que acabé sintiendo -y lo hago a la fecha- que los ojos, de Chamánico, no son los del toro bravo sacrificado en la plaza sino los ojos melancólicos y ebrios de vida-muerte, de Niaupari, con tres cuartos de espada adentro.

Apenas llegando a Café Vía Tarot, con mi anfitrión dimos la vuelta de rigor por los rincones que tienen nombres como Nostalgia taurina, Instrumentos de viento, Buque fantasma, etcétera, y de sopetón me topé con el escenario de la develación de Los danzantes. Sabía que iba a darse la exposición de un cuadro al aire libre si el instante meteorológico lo permitía; la sorpresa radica de que uno no es advertido de cuál pintura estará en el caballete. Con Chamánico, pensé que ya habíamos dado la vuelta a la obra de

Niaupari y que esta tarde íbamos a comenzar con la obra de Yoan. Siglos que no voy a una galería de arte o a un museo para ver tantas pinturas como sea posible en una sola visita porque es quedarse a las mismas, es similar a ver las montañas rodando sobre un coche a cien kilómetros por hora de un punto a otro de una autopista, es no quedarse con lo inmediato sino pasar revista de lo que se desecha, tal cual lo hace el curioso dando la vuelta a un centro comercial de moda, apenas tiene a la vista la vitrina siguiente se olvida de la anterior. La curiosidad desatenta no reflexiona en el instante, se salta lo inmediato para que la vida original no surja en la superficie fantástica del consumismo. Ya no tiene gracia -peor aún significado- la cantidad de cuadros que se puede ver durante una jornada porque eso dejó de ser lo mío hace mucho; aprendí del doctor Sabato que fue al Museo del Prado para quedarse con un cuadro por día, supongamos que su estancia en Madrid para cumplir con ese cometido fue de diecinueve días, entonces hay que deducir que entró en diecinueve pinturas.

Lo bueno de los vasos de a trago es que te tomas el escocés seco y volteado, no hay lugar a las mezclas ni al desperdicio del elixir de los celtas, y cunde, sí que te da un empujón para girar en la órbita de Los danzantes. El paseo por las esquinas de Café Vía Tarot, sirvió de calentamiento a los músculos de los ojos del alma, por si llegaba el sol primaveral que encienda el patio de los naranjos no quería que me agarre impávido. La luz otoñal del mediodía mostraba cuadros hieráticos en su conjunto, no tenían señas de que pudiese haber puertas laterales para ingresar en ellos; aún así me detuve unos segundos en Lunático, un toro enamorado de las estrellas, de hermosos y profundos ojos inquisidores, con pinceladas estivales argentas y brochazos pardos azules que son lo opuesto a los rojos agónicos de Chamánico, por un momento

deseé que fuese el escogido y aullé con intencionalidad “ganas no me faltan de llevarlo al patio de los naranjos a Lunático”. Xavier se limitó a replicar “no es la tarde de luces de Lunático”.

Este día jueves trabajó para el asombro desde que amaneció. Vino cogitabundo, nebuloso, con sombría proyección para la tarde; a las doce horas hubo visos de tormenta eléctrica en las cercanías, parecía que se iba a armar la grande desde las montañas surorientales. Ya rodando hacia acá, tuve amago de aguacero que no llegó sino a fugaz garua; la capa de polvo protectora de las latas de Rocinante se mantuvo incólume, la hojarasca de los canales de evacuación de aguas y la telaraña del guardachoque posterior no se despeinaron. Me equivoqué situando ventarrones y chubascos fuertes a partir de las tres de la tarde, antes de las dos esa visión invernal se fue a pique, complementando la gentil mañana plomiza con una tarde primaveral que anuncia colofón de campanillas: sol de los venados. Este cambio de tercio meteorológico en un día que amanece propenso a la humedad otoñal y termina entregándose a la tibieza primaveral, me agrada tanto como el día que nace radiante y concluye calado. Las mañanas plomizas son acuarelas cálidas desde mis ventanas de Villa Juárez, solo pensar en la gelidez del superpáramo que rodea a los altos volcanes y me congratulo por gozar del clima benéfico, de valle interandino ecuatorial, al pie del cerro Ilaló.

—Si el viento y las aguas no hubiesen consentido que la exposición se haga al aire libre, nos hubiésemos mudado al rincón de la chimenea del solitario George y, con el refuerzo de un reflector, se habría transformado en refugio invernal, claro está, iluminado por Los danzantes.

—Naturalmente no es lo mismo deconstruir una pintura en interiores que hacerlo afuera, se lo digo yo que lo he tenido a la sombra años. Los danzantes, se transportaron -y nos

transportan- a otra dimensión en este patio de naranjos floridos. Las puertas de la percepción se abrieron para colarnos por las carreteras de verano del maestro. No soy un crítico de arte, no hablo la espantosa jerga racionalista que hace las delicias de las momias que medran en los círculos culturales, no es mi afán reducir una obra pictórica compleja a las quinientas insulsas palabras que me podría conceder un medio de comunicación cualquiera a cambio de un puñado de dólares y la yapa, o sea, que mi nombre se pudra entre los despojos de la opinión pública.

—Me uno a su aversión por las ponzoñas con diploma. Como diría el vate de los faiques, poniendo higiénica distancia con la vanidad que cunde entre los doctos de los Centros de Alienación Superior: ¡oh, patriotas graduados de parásitos!

—Los danzantes, no son reducibles a una sola imagen. Yo entré por el cinco cabalístico... ¿y usted por dónde ingresó?

—Más bien tendría que decir que me hundí en la corriente de brochazos esquizofrénicos que me arrastró a la zona inferior derecha. Me colé por la bufanda tricolor del dorso del danzante principal. Se me ocurre que he dejado pendiente ingresar por el portal de la viuda o bruja... ¿la ubica?

—Sin ser aprendices de pintores como el joven del cortometraje *Cuervos*, que es parte de la película *Sueños* de Akira Kurosawa, nos adentramos en el mundo de Pedro Niaupari. Somos privilegiados porque tenemos el sueño pintado del maestro como si recién lo hubiese terminado en el caballete para que nos perdamos en él mientras suena la sinfonía pagano-celestial de Wardruna (gentileza de Chachi). Akira, en su sueño, tenía un ambiente animado y dinámico - parecido a este que tenemos aquí- para meterse con los aperos de pintar incluidos en el firmamento de Vincent van Gogh.

—Se nos viene, por añadidura, el sol de los venados. A esta primavera otoñal han plegado los dioses anarquistas de la creación, nos son propicios para la conexión con el baile de Los danzantes.

—Todavía no me atrevo a decir que soy anarquista no obstante, conforme se suceden las sesiones terapéuticas en Café Vía Tarot, me acerco más a su esencia. Cómo enterarse que he llegado a ser Anarquista, con mayúsculas, en tanto que no es una teoría abstracta, no es una conversación fallida en las redes sociales, no es el orbitar la Tierra dentro del satélite llamado “Anarquista”, sino una práctica cotidiana e innata con los pies en suelo vegetal. Así, para zambullirse en esta obra de arte, no se requiere manejar cual zombi la jerga de los doctos; es imprescindible el ambiente propio que dispare la imaginación. Lo cierto es que si no raptó el cuadro del nicho desangelado de La Floresta, no estaría como el aprendiz de pintor que inició la persecución de Vincent en el Puente de Langlois con lavanderas. Allá, a las mujeres que están laborando en primer plano del lecho fluvial, hay preguntarles si pasó por ahí el maestro con sus herramientas de pintar trigales y cuervos. Y, ellas, en medio de la cháchara que suscita la mención del pintor, contestarán que me ande con cuidado porque voy tras un loco. Un loco divino, para mí. Es jocoso verlo a Martin Scorsese haciendo el papel de Vincent van Gogh, quien nos da la clave de su genio: “sueño mis pinturas y luego pinto un sueño”.

Crónicas de Islas Encantadas

Vengo en las últimas semanas atendiendo el segundo llamado de Crónicas de Islas Encantadas, estoy repasando esta mega obra, me hallo absorto en ella, dejando esta vez para el último Prólogo. Crónicas de Islas Encantadas, fue lanzada al unísono bajo la modalidad digital y la impresa, publicándose con DPM y ChasquiSpace respectivamente, bajo el sello CCC Ediciones, una editorial inventada por Claudio Cordero Crispin para en exclusividad publicar sus libros.

Así empieza Prólogo, que es punto aparte de Crónicas de Islas Encantadas, pero formando una obra indivisible.

“No escribo para entretener a nadie, no escribo para divertir al mundo entero. Mi taller nietzscheano me salvó de ser mendigo, nunca corrí a pedir favores a las momias editoras de bazofia literaria pública y privada; no soy efímero pajarraco atrapaletas, no busco que mi obra sea una estrella fugaz en el firmamento perioverborreo, sino que sea águila arpía de largo aliento filosófico, una que pesca en inundada pluviselva. La primera línea de venta, la más vistosa de las vitrinas en librerías, está repleta de estupidez literaria. Los libros ecuatorianos mejor vendidos son asquerosos panfletos, la inmensa mayoría de los políticos de turno en la palestra. Del presidente en funciones para abajo, o de sus opositores, de ex presidentes para abajo, llenan los estantes con sus obras mediáticas. Aquí un botón panfletario de muestra: *De república pelucona a república ardiente* -publicado bajo el sello de mayor producción de letras zombis ecuatoriales, EcuOrbi-, firmado por el mandatario que usaba el seudónimo MashiFu. Este horripilante panfleto se paseó de mantel largo por las Ferias Internacionales del Libro -FIL-, merced al eficiente

trabajo de promoción en conjunto del Ministerio de Cultura Total y la Cámara Patriótica del Libro. Este mamotreto putrefacto, *De república pelucona a república ardiente*, con ínfulas de pensamiento político económico universal, fue presentado a la élite universitaria con el fin de que a cambio de dádivas a rectores y académicos parásitos, devuelvan el favor remitiendo al ex jefecito MashiFu sendos títulos devaluados, insulsos, de Doctor Honoris Causa. Lo dicho es a manera de ejemplo de las letras desechables que niegan la existencia de escritores creativos y pensadores en nuestra parcela planetaria. Insisto, aspiro a mi obra, por eso me vino redondo la incorporación, cual francotirador, a DPM y ChasquiSpace [...]” (Tomado de la edición impresa, tapa dura, del Prólogo de Crónicas de Islas Encantadas).

Prólogo, es un ensayo novelado de ciento setenta páginas de extensión. Son las primeras palabras más extensas que he leído de un autor-editor y, siendo este texto independiente del contenido que da luz al título del libro de marras, se podría decir que es una digresión demasiado larga, que habría que prescindir de ella para no malograr el interés sobre el objetivo principal, leer de cabo a rabo Crónicas de Islas Encantadas. Mas, no es así mis amigos, por el contrario, es como el florecimiento blanco de pequeño y asombrado árbol de arupo al lado de pródigo podocarpus, es una lectura iniciática. En Prólogo, el escritor, no nos presenta a Crónicas de Islas Encantadas, no nos participa ni de su génesis ni del proceso de acabados de la obra. Allí, ni una sola vez se mienta siquiera a Crónicas de Islas Encantadas, tampoco se hacen veladas alusiones de ésta, y no obstante creo que es una lectura imprescindible para evitar extraviarse en el archipiélago de CCC.

Es paradójico, Prólogo, me subyuga desde la primera línea con eso de que CCC no escribe para entretener ni para divertir a nadie en particular, ¿por qué?... porque se da lo contrario, su obra me divierte, me entretiene y, en el plano reflexivo, está hecha para mí propio desarrollo mental. Creo que de no ser así no hubiese dudado en pasar del párrafo monstruo que constituye el texto completo de Prólogo y, por inercia, hubiese desistido de leer los seis capítulos de CIE. No es una primicia para mí lo del párrafo monumental de Prólogo, he leído a magníficos autores que experimentaron con la palabra interior bajo la influencia, o coincidiendo por sí mismos, con las técnicas literarias de James Joyce. Años ha tuve la suerte de deleitarme con el fenomenal capítulo final de Ulises, en el que doña Molly Bloom, insomne a altas horas de la madrugada de un viernes de principios del siglo veinte, nos deleita y pasma con el paroxismo de su soliloquio exento de signos de puntuación y demás normas ortográficas. Con el monólogo de Leopold y Molly, uno se vacuna contra el miedo a cultivar la palabra interior, sacarla a la luz no es cosa de un demente, al contrario, es un derecho adquirido del vividor reflexivo, tal como lo fue Joyce, pues, los Bloom, son una extensión de la personalidad creativa de James Joyce. El individuo que huye del pensamiento reflexivo, que existe inconsciente de su monólogo, es un enfermo terminal uncido a la matrix.

CCC, es un pensador libertario que se precia de su anarquismo, su pensamiento reflexivo no reside en la galaxia de la rebelión de las masas, que es la incesante onomatopeya, que es la galaxia basurero a la que van a parar las galerías de voces yuxtapuestas de las redes sociales. Los fajos de palabras de CCC, pesan lo que le corresponde como núcleo del agujero negro de la galaxia propia que habita en el ciberespacio.

Prólogo, no se queda en catarsis, no va por el lado del desahogo fugaz, trepidante, al revés, nos obliga a detenernos y señalar en qué punto seguido nos retiramos para cuando retornemos a su lectura partamos de una línea conocida a la siguiente parada que haremos en el piélagos del párrafo monstruo. A falta del título que haga honor a la profundidad y envergadura de Prólogo, se me ocurrió darle cierto nombre para mis adentros, hacerlo público sería una falta de respeto para con el escritor, así que dejemos el asunto tal como está.

Las primeras palabras de Claudio Cordero Crispin, no son el aperitivo y/o ligero entrante que abre el apetito de ingerir los variados platillos del menú gastronómico de Crónicas de Islas Encantadas, pues, tenemos a un regio plato fuerte ante sí apenas sentados a la mesa. Gastronómicamente hablando, podría comparar a Prólogo con un plato fuerte libre de fama mundial, siendo una delicia no es una paella valenciana de dieciocho ingredientes, incluidas las costosas hebras de azafrán. A la hora de contrastar Prólogo con un plato fuerte prefiero, al elaborado y minucioso banquete que es la paella valenciana de exportación, a la paella original de los campesinos valencianos que reunían lo que podían para en medio de los sembrados cocinar a leña su humilde arroz del diario que les sabía a gloria. A la verdad, mi desayuno cotidiano, es un ritual que gira alrededor del café y el arroz hortelano que me convido. De haber ingresado directamente a la compleja biodiversidad de Crónicas de Islas Encantadas, dudo que Prólogo hubiera sido la reserva biológica que fue de entrada, y que me vendrá como un banquete de postres con su segunda lectura. Sí, voy a por la segunda lectura de Prólogo, ya lo experimenté como suculento plato fuerte, en la modalidad tradicional del libro con tapa dura, ahora quiero saber qué tal es servido de postre en la versión libro electrónico. Estoy listo

para meterme en el Prólogo virtual, habiendo transcurrido el tiempo justo de reposo después de haber degustado el menú largo y estrecho de Crónicas de Islas Encantadas, que son los seis platillos exquisitos del archipiélago de CCC.

Leer la doble y bifronte obra señera de Claudio Cordero Crispin, se ha constituido en un reto de largo alcance rumiante, la digestión lenta de cada ciclo es indispensable para continuar. No se trata de acabar la obra porque sí, dándose un plazo perentorio para ello, como es el estilo embudo de los centros de alienación superior. Acá, si no hay una plena digestión de lo que has recorrido, tú mismo te niegas a dar el siguiente paso ya que rumiar lo ingerido es la delicia principal de Prólogo y/o del menú largo y estrecho de CIE. En mi caso, rumiar Prólogo, hizo que posponga la exploración de las crónicas en sí hasta que naturalmente me vino la gana y la fuerza para escalar sus seis cumbres.

Clara, buena amiga de la adolescencia y que, por añadidura, fuimos compañeros de banca y hologramas en la facultad de Arquitectura Ecológica, del Centro de Carreras Planetarias... para un presente terrenal cósmico (esto último añadido a manera de leyenda satírica de nuestro querido ex centro de alienación superior), me hizo repentino obsequio por partida doble, de Crónicas de Islas Encantadas, con el aparente motivo de halagarme. Nos habíamos citado donde La Iguana Marina, la cafetería que vende el delicioso pastel de algas rojas. Este bocado caliente de algas oceánicas rojas, es mi preferido de entre las especialidades vegetarianas de La Iguana Marina. Clara, apenas saludamos, sin preámbulos, me infirió un paquete al par de ordenarme que abra el archivo tal, esto antes de que desempaque su intempestivo obsequio, que no era otra cosa que la copia impresa del libro electrónico que ya estaba

reposando en mi correo. Supe entonces el motivo puntual de haberme dicho que no olvide portar la computadora.

“Compré el libro de papel y me salió gratis el libro digital, así que me dije he aquí un buen regalo para mi amigo anarquista; y me pregunté: ¿para qué querría él tener dos versiones de una obra idéntica?, bueno, ahí radica el reto, la doble tarea... vamos a ver qué de provecho haces con lo que te doy”, me dijo Clara para que vaya entendiendo de qué iba su movida. Aunque la tarea no era suya, su entusiasmo era contagioso, logró motivarme con la sorpresa. Ella me decía insistiendo en algo que venía a ser una fijeza suya: “Si la obra impresa es la que pagas, cuál es la razón para que recibas el libro electrónico gratuito, por más gratuito que sea no vas leer lo mismo sólo por eso. De ley que lo que vas a aprovechar es el libro comprado, al otro lo vas a dejar macerar en la eternidad de tu biblioteca virtual, ¿o me equivoco?... Quiero equivocarme, pero eso ya depende de ti. En todo caso, con independencia de lo que hagas o dejes de hacer, sé gentil y hazme saber el desenlace futuro de las dos Crónicas de Islas Encantadas”.

Entre chanzas, además de pedir el clásico pastel de algas rojas, solicité a la camarera, con un “no nos engañemos”, una jarra de a dos litros del vino tinto pampero que es el elixir de la casa a precio moderado. De una linda barrica de cedro colorado, a la vista en la barra del bar que se sitúa como recepción del establecimiento, brota el vino recomendado con la siguiente leyenda: *Este caldo viene consagrado por la medalla de oro a la calidad total otorgada por Anónimos Catadores de la Pampa.* Teníamos por delante la revisión somera de las dos versiones del libro, y una charla sabrosa derivada de la indomable inquietud de Clara, que había escogido con intencionalidad el café La Iguana Marina para nuestro encuentro puesto que toda

la ambientación holográfica se inspira en parajes de la fantástica realidad de las Islas Encantadas. Con la ingesta del vino pampero, resaltó el holograma de las solitarias iguanas marinas que teníamos como fondo exclusivo de nuestra mesa. En realidad eran dos hologramas yuxtapuestos, tan vívidos como diferentes entre sí, que mostraban a dos variedades de reptiles pertenecientes a la única especie endémica de iguana marina de las Galápagos. Si no fuese por la información pertinente que recibí de Clara hubiese creído que las dos iguanas eran de distintas especies, por sus contrastes en colores y tamaños. Me enteré que el individuo gris era hembra y el individuo tricolor era macho. La iguana gris hembra posaba voluptuosa, con su cuerpo esbelto extendido en la negra roca horizontal, posaba en una cama pétreo que tenía el fondo verde de los mangles llegando hasta la orilla marina de bahía idílica encerrando aguas mansas, turquesas y cristalinas. Este holograma paradisíaco disparó mi imaginación. Toda ella derramaba sensualidad, su mórbida trompa estaba congelada en una semi-sonrisa reptiliana pintada por el verde de las algas que recién había tomado de su despensa oceánica. Qué magnífico ejemplar, cual lagarta Afrodita, tal hierática belleza reflejaba a su naturaleza vegetariana tomando lo mínimo para existir y tomando lo máximo para vivir, contrastando con la insaciable depredación de nuestra especie omnívora. La hermosura reptiliana de aquella noche se fijó en mi subconsciente, me enamoré de ese adorable diorama antediluviano. Por contrapartida, el macho tricolor (combinando en su piel rugosas vistosas manchas verdes, rojizas y negras) impresionaba por su poder físico, se me antojaba un apolíneo godzilla emergiendo de mar. El imponente lagarto estaba suspendido como escalando el último cuarto de una rampa de roca ferruginosa, el lecho del barranco

que lo circundaba venía salpicado de cangrejos rojos, de musgos y líquenes cobrizos relucientes por el sol mañanero, perlados por el agua de mar formando charcas con la marea baja. La imponente bestia resaltaba en el diorama dispuesto para su lucimiento, estaba a punto de superar el plano inclinado con sus garras especializadas, terminadas en ganchos afilados, capaces de aferrarse a los diminutos agujeros de la roca de orilla. Con este holograma ilustrativo aprendí que la iguana marina es una escaladora innata del máximo grado vertical.

La Iguana Marina, fue el punto de partida para alternativamente hojear, y ojear, Crónicas de Islas Encantadas. No me sorprendió que las portadas fueran distintas, de muy buen gusto ambas carátulas, sacadas de la propia fotografía salvaje de Claudio Cordero Crispin, quien en los créditos se nombra como diseñador gráfico, además de autor-editor. Por el resto, a vuelo de pájaro distraído, las dos versiones venían idénticas. La modalidad electrónica está diseñada para que en la pantalla se corresponda exactamente a la forma y número de páginas del libro impreso, esto hacía que no perciba cambios desde los créditos. Las mismas frases abrían Prólogo y los capítulos de CIE, citas de eminencias de la ciencia ficción filosófica de todos los tiempos como el doctor Lem, el doctor Sucabalo, el doctor Liammet, el doctor Nutzochin, el doctor Huigras. A mí no me afectó lo del doble formato, para otros lectores puede hacer la gran diferencia, dirán que no es lo mismo sentir el papel pasando hojas con sus dedos que dar pantallas con los dedos, y además todo eso del olor a árbol y otros romanticismos inferidos al libro impreso.

Clara, estaba radiante con mi actitud exploradora, no se trataba de un juego para corresponder a su amabilidad, al cabo tenía un libro misterioso por partida doble que a mí no se me

hubiese ocurrido adquirir; me sedujo la idea de que el repentino obsequio podría esconder algo precioso por desconocido, y ser más que dos ediciones que de cajón no son iguales, por lo de la modalidad virtual y la física. Conozco a lectores aristocráticos que no se adaptan a leer literatura de largo aliento reflexivo a ritmo de pantalla, a cambio yo soy de los que estoy a gusto con mi portátil carne de perro, hace mucho no voy a una librería a por un libro, existe una generosa oferta de obras para bajarte sin gastar centavo. Como aristócrata del espíritu que soy, escojo a mis maestros o ellos me escogen a mí para que sea parte del efecto multiplicador pensante de su obra que a su vez carga consigo el efecto multiplicador pensante de sus propios maestros. El tema de de la gratuidad de las obras para la multiplicación del pensamiento de mente en mente que se tiene a la mano en el ciberespacio, fue lo que Clara puso en el asador de La Iguana Marina, y lo repito como cosa mía, reinventando lo que ella dijo para que sea un párrafo de los dos, ella siendo la autora y yo siendo el escritor:

“Ves cómo se nos da el diorama millonario de la iguana gratuitamente, así también tenemos la gratuidad del ciberespacio, la oferta gratuita es infinita pero tanto para el despertar y despegue del usuario como para la estupidización y fosilización del usuario. Es todo lo contrario de la distopía de Fahrenheit 451, acá no hay quema de libros sino una abundancia de libros preciosos a tu disposición, pero se ha logrado un efecto parecido a la de esa sociedad distópica puesto que los menos se entregan a una lectura que despierte a su alma dormida. El sujeto posmoderno no sufre a un quemador de libros, ¡maldita falta que hace!, si está alienado por el apetito consumista que lo esclaviza, no tiene voluntad de poder, automáticamente se niega el dolor sublime de renacer.

Para mí la cosa no está tampoco en aparentar ser lector sino en aprehender lo que está en ti subyacente como la chispa que hace que del núcleo de un agujero negro hipermasivo surja el germen para la creación de flamante universo. No me animó el ser erudita, ser dueña de una jerga sectaria, ser sabia de tiro, ser tecnócrata. Mis dioses no leyeron libro alguno. Yo, Clara, qué habré leído a la fecha, serán treinta o cuarenta autores, me refiero a los libros que tienen huella en mí... para qué contarlos si con cuatro poetas ya tengo para la vida entera. Soy quien genera su propio combustible de filósofa pensadora. El conocimiento vía embudo arruina la autosuficiencia del pensador nato, éste se degrada irremisiblemente si no tiene la capacidad de volver al frondoso bosque de la imaginación de su cuna. He conocido a mentes brillantes convertidas en un erial tras años de sometimiento al progreso Homo sapiens siglo XXI, su creatividad individual se ha desvanecido en la hoguera de las masas, transformándose en un holograma del estado de esclavitud perfecta. El ser de la esclavitud perfecta no sufre a conciencia su estupidización porque los sensores de la realidad han sido insensibilizados por el estado de entretenimiento al que sirve de la mañana a la noche... Sí, tal como relata la canción de este instante, *Amused to death* (Divertido a muerte). Aquí se palpa que en cierto modo la distopía del Mundo Feliz, de Huxley, prevaleció sobre la distopía de 1984, de Orwell. Digo en cierto modo porque primero habría que desaparecer a cinco mil millones de humanos; habría que mantener rigurosamente la población mundial en menos de dos mil millones repartidos en inmutable pirámide de no-sufrimiento sustentada en la eugenesia y la disgenesia; habría que fabricar el auténtico soma para un Mundo Feliz, sin asomo de resaca en la evasión cotidiana; habría que inventar la alimentación vegana producto de la integración molecular para que la

agricultura no sea una actividad devastadora sino la razón de existir de los clones creados para ser granjeros orgánicos; habría que contar con los alfas más y más para que sean los únicos individuos con capacidad de declararse en rebeldía contra el sistema, sólo estos súper-alfas tendrían una panorámica total de la realidad, sólo ellos vivirían despiertos, conscientes de su suerte todopoderosa. En todo caso, tú y yo, ya somos disidentes de este pálido paraíso tropical, modelo Entretenido a muerte en Ecuador. Volviendo a Fahrenheit 451, con todo el cariño que le tengo a Bradbury, te has puesto a imaginar lo demencial que sería que a ti te toque memorizar textualmente una novela tipo Ulises y que yo haya sido agasajada con la memorización fotográfica del Paradiso lezamiano -obras que ambos queremos y mentamos con gratitud cuando se nos vienen chispazos de ellas-. Estoy convencida que ahí tendríamos una condena perpetua, y estaríamos ante semejante tormento obligados a optar por el alivio eterno: desaparecer”.

La poderosa atracción de Clara en el café La Iguana Marina, persiste. Cualquier encuentro con ella ha sido de efectos retardados placenteros, pero este último ha dejado una huella superior al resto porque ella se ausentó del círculo de montañas andinas que a mí me retiene en las faldas occidentales del cerro Ilaló. Sin adioses de por medio, Clara se fue a vivir en isla Floreana, ya gozaba del privilegio de ser una ciudadana ecuatoriana con derecho a residencia permanente en cualquiera de las cuatro islas habitadas del archipiélago de Galápagos, esto debido a su trabajo -por libre- de asesoramiento en arquitectura ecológica a instituciones públicas, a emprendimientos privados, a fundaciones ambientalistas, así se estacionaba la mitad del año en los centros urbanos de mayor impacto ambiental de las islas como

Puerto Ayora, Puerto Baquerizo Moreno y Puerto Villamil, y la otra mitad del año en su casa-mirador de la serranía de Pimampiro. Esta vez partió para no volver. Como diría Xavier Pacheco, el dueño de Café Vía Tarot, cuando se enteró de su renuncia al continente, “Clara se fue a vivir a muerte en Floreana”. Lo grave -y te vas a reír hasta el llanto Clarita, cuando leas esto-, es que me dejó implantando la semilla de un amor platónico potente, de crecimiento rápido, que jamás había experimentado con tanta fuerza diurna desde que consumí la lectura de La gris sensualidad de la iguana marina, como titula el segmento principal de la quinta crónica de CIE.

Días después de la noche mágica de La Iguana Marina, meditaba peripatético en el Callejón de la Tortuga -escenario del indeleble coloquio entre Pepa y la rata parda-, y de súbito me visitaron el buqué del vino tinto pampero y la fresca sensualidad de Clara, pero esta vez no estábamos sentados frente al holograma de la belleza reptiliana tendida en la cama de roca volcánica adornada con manglares y mansa bahía de aguas turquesas, sino teniendo como fondo dioramas nítidos del futuro: me vi leyendo muy atento y concentrado ya en la edición virtual, ya en la edición impresa, de Crónicas de Islas Encantadas. Fue la señal del vamos para hacer realidad los cuadros clarividentes que me sorprendieron en el Callejón de la Tortuga. Para eso sólo requería de tiempo, y es lo que nos sobra a los lectores aristocráticos, tomé por los cuernos a Prólogo y no lo solté hasta que concluí su lectura en la modalidad impresa y de esto pasé al estado rumiante que duró tres semanas o más. Superada la cumbre ocho mil solitaria que en sí constituyó Prólogo, seguí un método alternativo con las seis cumbres que hacían el anfiteatro de la cordillera de Crónicas de Islas Encantadas: leer una crónica de la edición virtual y la siguiente de la edición de papel.

Cuánto se han sucedido las semanas, que ya estoy por la segunda lectura de *Crónicas de Islas Encantadas*, haciendo al revés de la primera lectura, o sea comencé por el episodio inicial del libro impreso, y el asombro que manifestaba en las visiones del Callejón de la Tortuga, hoy responden a una verdad irrefutable: estamos ante dos versiones de una misma obra, que más allá de sus respectivas modalidades física y virtual, línea a línea no se corresponden aunque manteniendo un sentido idéntico. Esto poniéndose a comparar con minuciosidad cualesquier párrafo que sale en la pantalla de la portátil con su similar párrafo que está impreso en la hoja del libro tradicional. Desde que descubrí esa peculiaridad, de vez en cuando tomo al azar un párrafo del libro electrónico y luego escaneo del libro impreso a su homólogo, los pego a ambos en el archivo “Párrafos de CIE”, les doy el número que les corresponde conforme han llegado para sumar los párrafos contrastados. Desde el primer párrafo que me mostró esta singularidad de *Crónicas de Islas Encantadas*, retumbó la pregunta ¿por qué el autor se entregó a este trabajo ciclópeo? No estamos hablando de un libro de alrededor de mil páginas, resulta ser que su doble suma otras mil páginas. Esta singularidad incluye al párrafo monstruo de Prólogo, donde se avanza y se corta la lectura a conveniencia de un punto seguido a otro. Uno de los pedazos de Prólogo, que ya he comparado, es el que introduce al comienzo de este fragmento anarquista.

Aquí dejo el último segmento que contrasté de las dos modalidades de *Crónicas de Islas Encantadas*. Tomado de la segunda crónica que intitula *La Guía Turística*, siendo su cuarto párrafo.

Versión libro electrónico

“Me di la vuelta, es decir quise hacerlo, pero mis piernas estaban atascadas en el fango de la cocha. Por un instante cundió el pánico figurando que podría haber caído en arenas movedizas, el precio de la ambición por capturar un retrato nítido de flamenco iba a ser la misteriosa desaparición de CCC en El Garrapatero. Hubiese sido deshonroso ser tragado por una charca que te llega a los tobillos; otra cosa sería esfumarse en una de las tantas grietas escondidas de la espesura de las Islas Encantadas, donde sí se puede ser imprudente y temerario. En realidad las que estaban estancadas eran mis sandalias, sacando mis pies de ellas pude agacharme para con un fuerte tirón arrancarlas del lodo. Descalzo, con las sandalias en las manos, y la cámara fotográfica colgando de mi cuello, regresé a la orilla, había escuchado voces y no quería que me pillen al otro lado de la valla que indicaba el límite permitido de aproximación a la charca. Fue en vano mi apuro, me quedé a dos metros del objetivo. *¡Está prohibido saltarse la zona de seguridad!*, chilló la guía turística, con la autoridad que le daba el estar atendiendo a una pareja encopetada de extranjeros. Tragándome mi orgullo, emití un ronco perdón. Sortee la valla maldiciendo mi mala suerte, me topaba otra vez con la guía turística que hace dos días cruzamos miradas de rechazo mutuo en un paraje bello de Bahía Ermitaña, yo enviando un mensaje de ni muerto andaría con una lora que me arruine mi contemplación libérrima del mundo salvaje, y ella replicando cómo puedes ir por este paraíso sin una profesional que te explique al dedillo lo que ves y lo que no ves”.

Versión libro impreso

“En el fango de la cocha me di la vuelta, pero mis piernas estaban atascadas, es decir quise hacerlo. Figurando

que podría haber caído en arenas movedizas por un instante cundió el pánico, la misteriosa desaparición de CCC en El Garrapatero iba a ser el precio de la ambición por capturar un retrato nítido de flamenco. Ser tragado por una charca que te llega a los tobillos hubiese sido deshonoroso; sería otra cosa donde sí se puede ser imprudente y temerario, esfumarse en una de las tantas grietas escondidas de la espesura de las Islas Encantadas. Eran mis sandalias las que en realidad estaban estancadas, pude agacharme sacando mis pies de ellas para del lodo arrancarlas con un fuerte tirón. Regresé a la orilla descalzo, con la cámara fotográfica colgando de mi cuello, y las sandalias en las manos, no quería que me pillen al otro lado de la valla que indicaba el límite permitido de aproximación a la charca, y había escuchado voces. A dos metros del objetivo me quedé, en vano fue mi apuro. Con la autoridad que le daba el estar atendiendo a una pareja encopetada de extranjeros, *¡saltarse la zona de seguridad está prohibido!*, la guía turística chilló. Emití un ronco perdón, tragándome mi orgullo. Maldiciendo mi mala suerte sortee la valla, otra vez me topaba con la guía turística que en un bello paraje de Bahía Ermitaña cruzamos miradas de rechazo mutuo hace dos días, ella enviando un mensaje de cómo puedes ir por este paraíso sin que una profesional te explique al dedillo lo que ves y lo que no ves, y yo replicando ni muerto andaría con una lora que me arruine mi contemplación libérrima del mundo salvaje”.

Sí. De lo que he medido de ambas ediciones a la fecha, tienen exactamente las mismas palabras, signos de puntuación, y aun el número de caracteres es igual. A los lectores que alrededor del orbe han adquirido las dos versiones del efecto multiplicador pensante de Crónicas de Islas Encantadas, publicadas por ChasquiSpace y DPM, los animo a que se fijen a fondo en la versión virtual que no ojearon o apenas visitaron en

un raptó de curiosidad. Entiendo que compraron el libro impreso, el libro digital les vino gratis y, lo más probable, es que este último repose intocado en la biblioteca virtual de cada quien. Si Clara me hubiese enviado CIE a mi domicilio en Villa Juárez, sin que promedie el crucial encuentro que protagonizamos donde La Iguana Marina, no se hubiese dado este hallazgo que hice allende el condominio de la obra en sí. Ustedes podrán comprobar con cualquier segmento que aleatoriamente escojan, y hagan el trabajito por su cuenta fuera del ejemplo que puse arriba. Recalco en esto porque me intriga hasta la obsesión la tarea titánica de CCC, para mí sería como ir de vacaciones al infierno oficinesco y que su jefe operativo me ordene lo siguiente: “Te felicito mi hermano, gracias a las musas de Don Sata conseguiste tu obra señera, ya tienes tu gloria terrenal, ahora te toca pagar por ello, así que ponte a trabajar con su doble para que nada se presente idéntico pero que todo sea lo mismo, ¿me comprendes?... ¡Empieza con tu Prólogo!”.

Cuán fácil me acostumbré a leer en mi portátil antirreflejo tamaño libro, que apenas pesa cien gramos y es una todoterreno –dura, flexible, como la suela de unas zapatillas hechas para trajinar en senderos irregulares–. Comprobado, si la aviento contra el piso rebota sin daño alguno, vaya que lo hago de vez en cuando con placer, y es curioso que se me viene la imagen de J.C. Onetti botando al suelo uno de sus libros después de repasar la parte que lo hizo exclamar: ¡Eres lo máximo, Onetti! He dicho que el pretexto para poner distancia con las librerías tradicionales, mejor dicho para no retornar a sus vitrinas mundanas, vino con la portátil que me libró de su necesidad. Dejar de acudir a los establecimientos comerciales del libro ancestral, no fue por ningún desprecio al libro impreso. Mantengo la pequeña biblioteca que alegra la vista

panorámica de mi estudio, su materia combina con el diorama arbolado del exterior. No fue un capricho o debido a que no quería gastar más en libros preciosos, sino que para mí dejaron de ser románticas las librerías tradicionales, ya no eran más los templos del saber del viajero de mi primera juventud, perdieron su magia de cuando trémulo de emoción me llevaba a mi cueva un tesoro por develar que no me había sido impuesto por los mandos de actualización borreguil. La portátil tiene capacidad para contener una biblioteca inabarcable que, si ésta se imprimiera, su peso físico sería exagerando ¿cómo las pirámides de Egipto?, toneladas de libros, ¿qué sé yo? Lo que sí sé es que la sobreabundancia de mi portátil, no está en función de acaparar más obras de las que ya he leído y leeré en esta vida, que prácticamente consiste en releer renaciendo en una madurez aristocrática. Renacer, sí, pero con el conocimiento y la experiencia vital de una mente desarrollada que se beneficia del olvido, y el “*déjà vu*” está a la orden del día. De no ser así, de cargar memoria fotográfica, ya no volvería a re-degustar nada, no inventaría ni imaginaría, no viviría el instante, sería un holograma en serie.

La Noche del Búho Argentó

Acabando la segunda lectura de Crónicas de Islas Encantadas y, conforme llegaba al final de Prólogo, fueron creciendo las dudas que se han convertido en fijaciones por despejarlas. ¿Cuál de las dos versiones de CIE es la original que dio vida a la otra?, fue la gran pregunta que obligó a la siguiente: ¿por qué el autor se entregó al trabajo ciclópeo de hacer una obra bifronte?

Cuando me di cuenta de la singularidad que encerraba Crónicas de Islas Encantadas, en principio daba por hecho de que el libro impreso era el original, pero de repente surgió la posibilidad de que sea al revés, y en el cálculo de probabilidades ambas ediciones terminaron igualándose. Al final, cualesquiera de las dos, tenía la misma opción de ser la que dio a luz a esa suerte de clon distinto e idéntico a la vez. Comprendí que la única manera de resolver las jodidas cuestiones que plantea CIE, era conectándome personalmente con Claudio Cordero Crispin, y que lo ideal era que se dé un encuentro franco no convenido, fortuito. Descarté la vía telefónica o el correo electrónico; ni pensé siquiera solicitar su amistad a través de las redes sociales, no soy objeto de esas galerías de voces yuxtapuestas para el balbuceo y la onomatopeya humana.

Las probabilidades de toparme con CCC eran mínimas, puesto que él reside en la isla Puna. He visitado algunas veces la ciudad de Guayaquil, pero nunca he pisado isla alguna de la intrincada cuenca del río Guayas. Aún así no sé porqué presentí que el rato menos pensado iba a toparme con el autor de CIE. Había decidido correr el riesgo de irme en banda, de abordarlo donde me sea propicio hacerlo así me vea como un

tipo impertinente y se niegue de plano a atender mi curiosidad, o que no responda directamente a las cuestiones y me mande al limbo con un sabatiano “ya lo vas a descubrir, ya te vas a dar cuenta”. Esto último proviene de la anécdota que cuenta el señor Tetraktys, que apenas acabando de leer El Túnel, muy impresionado por las fuerzas oscuras que ahí se desataron llenando su mente de visiones paranoicas, tomó su auto para dirigirse a no se sabe dónde en la inmensidad de Buenos Aires y, sobre el trayecto que desconozco, deteniéndose ante una luz roja de semáforo, se encuentra cara a cara con el mismísimo doctor Sabato, el cual iba en el asiento de acompañante del conductor del carro contiguo. Tetraktys, rápido de reflejos e impelido por una oportunidad que no se le volvería a presentar, bajó el vidrio y disparó: “¿Por qué Allende le grita insensato a Castel?”. Don Ernesto muy comedido le contestó de ventana a ventana: “ya lo vas a descubrir, ya te vas a dar cuenta”. No sé si el señor Tetraktys habrá despejado su duda al respecto de las potencias oscuras que motivaron el meollo esquizoide de El Túnel. Modestia aparte, yo creo haberlo hecho a través de Fernando Vidal Olmos (tenebroso personaje de Sobre Héroe y Tumbas), quien manifiesta que el asesinato de María Iribarne corresponde al castigo que la secta de los ciegos le infringió al también ciego Allende (esposo de María Iribarne), para llevarlo a su autoeliminación, siendo Juan Pablo Castel el instrumento idóneo para consumir la venganza. En todo caso lo que cuenta el señor Tetraktys es digno de incluirlo en los fragmentos de Abbadón el exterminador, tal hecho callejero no pudo ser más sabatiano.

En la crónica, La Guía Turística, al final existe una variable de crimen pasional metafísico cruzado entre el protagonista y la guía turística que llegan a un punto insalvable cuando se enfrentan a solas en el acantilado de “La iguana

suicida". Ella, la guía turística, abandonó intempestivamente a un grupo de turistas VIP so pretexto de ir a por la oveja descarriada que avistó fuera del sendero autorizado por la dirección del Parque Nacional. Pero su intención era acorralar al enemigo de andar en manada, al que pasaba con descaro de contratar a la guía turística que le muestre los encantos a la vista y escondidos del archipiélago bendito por la gracia de la evolución darwiniana.

"Oiga, usted, qué tiene contra la normalidad, porque cada vez que lo veo se halla pisando zonas prohibidas al común visitante, ¿acaso cuenta con los permisos terrenales o divinos para explorar a su aire? [...]". No había escapatoria, la guía turística, lo pilló al subversivo entre el vacío mortal del precipicio de La iguana suicida y la potente atracción mutua, de polos opuestos, que tenía que explotar ahí. Fue el desplome de lo que el protagonista reconoció como "un amor platónico poderoso que nació de mi desprecio por lo que representa esa mujer de alma medio venenosa y cuerpo gatoserpentoso, la sumisión y adoración a la normalidad terminal, pero, mientras más la escarmentaba con mi actitud libertaria más me enamoraba de la guía turística que tallaba con mármol de Carrara [...]". Ella, por inercia del amor ideal del disidente de la normalidad, había generado la bomba pasional, la carnalidad salvaje, que se desató en el vértigo de La iguana suicida, sin que se precipiten al abismo. Trabar conocimiento carnal con la guía turística fue ahuyentar a futuro cualquier corrimiento telúrico entre ellos dos, muerto el amor platónico se diluyó la fuerza del encuentro fortuito en distintos y remotos puntos de las Galápagos. El caminante aventurero no volvió a toparse con su ex amor platónico; no obstante, las islas no perdieron ápice de su encanto, por el contrario, su encantamiento se prolongó

al infinito, y más allá aún, con las crónicas que cayeron en mis manos.

Las jodidas cuestiones que tengo para Claudio Cordero Crispin, no son para resolver con un “ya lo vas a descubrir, ya te vas a dar cuenta”, que más me hubiese querido que con la atenta lectura de su obra bifronte, las respuestas se generen por sí solas. Esto no se podía suscitar porque las respuestas están por fuera del condumio de Crónicas de Islas Encantadas, siendo el secreto mejor guardado del autor y cabe la posibilidad de que si el hado no jugaba a la rayuela a mi favor, jamás hubiese sido revelado. La sola forma de dar luz a mis fijaciones era con un espacio-tiempo propicio para la conversación memorable con CCC. He dicho que no tenía ni idea de por dónde podría presentarse la oportunidad de concretar un encuentro relajado con el escritor de CIE, quien no se halla inmerso en los círculos de los gestores culturales de este país, su profesión de francotirador lo libera de ir de artista pordiosero. “Renunciar a la lógica mundana es entregarse a la realidad cuántica”, es una de mis máximas preferidas del doctor Huigras. Un relámpago me mostró el escenario de la ansiada reunión con CCC, por un instante ya no presentí sino que tuve la certeza de que las circunstancias estaban trabajando para arribar a...

Mientras en el laberinto del hado se sucedían los senderos (rectos y retorcidos) por salvar hasta desembocar en la gran avenida que nos conduzca al lugar e instante de compartir con Claudio Cordero Crispin, me informé sobre su vida y obra desde la invisibilidad que brinda el ciberespacio. Sirviéndome de la visión caleidoscópica del robot buscador, con un clic, entré a la página literaria de CCC. En la red observamos y somos observados a discreción, teniendo de corrido a mano la opción de empantanarnos en la curiosidad

volandera de la rebelión de las masas. Otra cosa es husmear en la creatividad y el pensamiento reflexivo del otro conociendo que éste también puede introducirse en lo que elucubramos a través de nuestra página abierta a la actualidad, sin que promedie un contacto descubierto de persona a persona. Yo tengo acceso desde mi invisibilidad a la galaxia de Claudio Cordero Crispin sin que él haya accedido a mí galaxia, o a lo mejor ya husmeó en mi galaxia antes de que yo haya buceado en la suya. En todo caso, el otro y yo, podemos optar por ser visibles desde nuestra invisibilidad, hemos contactado de pensamiento a pensamiento, de creación a creación, de blog a blog, siendo inmunes a la sociabilización de colmena histórica. Participar en las redes sociales con nuestro pensamiento reflexivo, o sea que nos representen directamente nuestras creaciones (ficciones filosóficas, arte conceptual, etcétera...), sin recurrir a los podridos gestores culturales, es sustraernos del fiasco comunicativo pasando de atender a la galería de megusteros, no-megusteros y emoticones prestos a calificar al figurante.

Claudio Cordero Crispin, en su blog Medio Venenoso, expone la actualidad de su creación literaria. Allí he investigado meticulosamente si hay algo de la realidad bifronte de Crónicas de Islas Encantadas, nada, ni siquiera crípticas alusiones a esa singularidad. Navegando en las principales referencias que habían en el ciberespacio sobre su obra, me sorprende el que lectores de CIE avisen haber buceado en sus laberintos y, algunos de ellos, hasta han colgado sesudas opiniones al respecto, que no críticas porque todavía no hay persona que se atreva a iniciar en una elucubración interminable, pues, una crítica, por más minuciosa y extensa que sea, no abarcaría el contenido creativo, poético y filosófico de CIE que, por añadidura, sustenta dos realidades siamesas. El

mismo CCC dice jocosamente, en Prólogo, que la escribió para tener ocupados a los críticos un eón. “Conmigo nada de siglos, ¡un eón se ha dicho!”. A todo esto se suma que ninguno lector de CIE, luego de haber revelado al mundo sobre su otra cara paralela, ha hecho mención de la cosa de la que he sido cautivo tan fácil. ¿Acaso soy el único que ve en las dos CIE lo que los demás no pueden ver? O mejor asumo que los lectores de CIE no están al tanto de la singularidad por no haber leído lo que descubrí en mi página literaria. Cualesquiera fuese la razón para que no se hayan hecho eco del hallazgo, me ha convenido que sea así, no hubiese sido justo que otro vaya con “mis grandes preguntas” a CCC. Si fui el primero en enterarme de la anomalía de CIE, es de rigor que sea el primero en obtener las jodidas respuestas.

Segunda develación de La Noche del Búho Argentó

(La sala de la chimenea de Café Vía Tarot, cobra vida contemplativa con la presencia de los contertulios. Esta tarde pichinchana lluviosa, otoñal, humeante, está dispuesta para el resplandor del cuadro La Noche del Búho Argentó, del pintor lojano Oswaldo Mora Anda, en lo que vendrá a ser su segundo desvelamiento por parte de Xavier Pacheco. Acá llegó el señor A curioso de saber si esta vez será o no el único invitado que asista al evento y, apenas ingresando a la sala del banquete de sensaciones que brindará La Noche del Búho Argentó, estrechó la mano del personaje que había estado invocando en los últimos meses. Además saludó a Clara, la dama de sus ambiciones platónicas desde que ella partió a residir en isla Floreana. Doble sorpresa para el señor A. ¿Cómo se dio esta conjunción? Claudio Cordero Crispin, más a la mano no podía haber estado para asistir a la reunión, puesto que Xavier Pacheco lo tenía de huésped en Café Vía Tarot, ocupando la suite de invitados

especiales que está instalada al fondo del patio de los naranjos con el propósito de ofrecer plena independencia y amplitud de vistas. Clara, fue convocada por el anfitrión con un ojalá puedas venir a sintonizar con *La Noche del Búho Argentó* en mi lugar de culto a la pintura contemporánea, haciendo un paréntesis a tus días floridos en las Islas Encantadas. “Ser invitado a los eventos de Café Vía Tarot es un privilegio que hay que corresponder con la dosis pertinente de buen güisqui, y que sobre y no falte”, atinó a decir el señor A, entregando a Xavier Pacheco las dos botellas de Wild Turkey 101. La conversación a cuatro voces llenó la sala de la chimenea ardiente que junto con la acuarela del patio, el crujiente otoño frutal de los naranjos que se exhibe tras los ventanales, constituyen la música y el diorama de fondo. Pasadas las cinco de la tarde, chubascos se turnan con la garúa, lo que hace impensable el arribo del sol de los venados ni que sobrevenga esplendoroso ocaso. Regios lingotazos de güisqui presidiendo al destape de *La Noche del Búho Argentó*, colaboraron para que las barreras convencionales se diluyan, Claudio Cordero Crispin pasó a ser viejo amigo de banca y hologramas de Clara y del señor A).

XAVIER PACHECO (*descubriendo con circumspecta emoción el cuadro del caballete*): La coyuntura de la segunda develación del cuadro *La Noche del Búho Argentó*, ha hecho que tres buenos amigos que tengo por primera vez estén juntos en Café Vía Tarot. Recién me enteré de que Claudio, a través de una obra literaria suya que no he leído ni sabía que existía — asumo que no soy un lector voraz—, *Crónicas de Islas Encantadas*, ya se conectó a nivel cuántico con el señor A gracias al obsequio de Clara. “¿Casualidad?: no; ¿destino?: sí”, “¿Casualidad?: no; ¿destino?: sí”, acaba de decirme al respecto Claudio. Trabajé para su cara a cara sin tener consciencia de ello, quise hace pocos meses que así fuera, a ustedes mismo los invité a la primera develación en exteriores de *La Noche del*

Búho Argentó, únicamente asistió el señor A que ha venido a ser el huésped infalible, no se ha perdido ningún desvelamiento al que haya sido invitado desde que instalé este lugar para la contemplación pictórica y de paso que sea mi taller de armar miniaturas navales y montar el complejo ferroviario de mis sueños, que es mi flamante afición. Sueño que estoy desayunando en el portal de trenes eléctricos paseándose por la maqueta de las rutas de los volcanes, al ritmo del bajista Jaco Pastorius. Las sanas costumbres de la casa prescriben que nunca se haga saber a un invitado que existen otros invitados, y tampoco se le hace saber al que asiste que alguien falló al encuentro por cualquier motivo; máximo invito de una vez a tres personas, y les aseguro que hoy por fin se concretó ese número tope. A ustedes, como les consta, los he tenido de uno en uno, siendo difícil traerlo a Claudio que apenas abandona su morada de la isla Puná, sumergido en la quinta esencia del río Guayas no le apetece ni siquiera darse un baño de popularidad en el malecón guayaquileño, de esto que me hace el honor de hospedarse en la humilde cabaña de los naranjos. Más complicado aún es verla a Clara, desde que no tiene negocios con la gente del continente reside en isla Floreana, se ha esfumado de nuestro teatro social de valle andino, es un acontecimiento que nos honre con su genio y figura. No se dio la reunión de ustedes tres en el patio de los naranjos, y me contento que ahora por fuerza meteorológica La Noche del Búho Argentó, del pintor Oswaldo Mora Anda, sea destapada en la sala de la chimenea. No es lo mismo observar a la intemperie al tenor de tibia y lúcida tardecita —que incluye esplendoroso sol de los venados— que hacerlo en un tiempo brujo invernal. No vamos a comparar porque es incontrastable La Noche del Búho Argentó, del patio de los naranjos, con La Noche del Búho Argentó, de la sala de la chimenea. Aquí

dentro es otro el colosal búho escarlata posándose en la aldea interandina donde yace el violín y su música coloreada... Las poderosas garras de la luna lechuza se balanceaban equilibrando su peso en techos de teja emitiendo agónicos destellos ferruginosos... Pero esto son mis palabras inútiles para recrear lo que ustedes por sí mismos quieren recrear. Amigos, queda abierta la degustación de La Noche del Búho Argentó (*Xavier Pacheco, regresó sonriente a la butaca que conjuntamente con las otras forman el semicírculo de relajada observación, teniendo en el centro la mesa baja de mármol conteniendo generosa bandeja de bocados de hojaldre rellenos con espinaca y champiñones. La vistosa botella de litro de Wild Turkey 101, no estaba de adorno, el señor A llenó los vasos de trago corto y procedió a brindar por la coyuntura.*)

SEÑOR A (*tras vaciar de un trago su copa se complació constatando que los demás presentes también lo habían hecho con similares muestras de aprecio por el güisqui proveniente de Kentucky que Don Rumata, pintor y contrabandista de bebidas espirituosas, le proveyó a pedido. Por lo demás, los contertulios, se concentraron calladamente durante largos minutos en La Noche del Búho Argentó, desatando discreto lenguaje corporal aunado a íntimas exclamaciones de compresión y encanto. Al cabo de la hipnótica atracción, las palabras surgieron corroborando el discurso inicial de Xavier Pacheco*): Los descubrimientos pictóricos vespertinos, que se realizan en el amplio patio de piedras y columnas talladas entre perfumados naranjos, arriban a su instante cumbre si surge el sol de los venados, es un portento cuando se tiene la suerte que eso ocurra. La última degustación de colores y formas plásticas en exteriores, vino con el primer desvelamiento de Intelectual de Mercado, del pintor Don Rumata a quien, por añadidura, debemos agradecer que estemos catando este güisqui yanqui. Tanto Xavier Pacheco como yo —que fuimos los únicos

asistentes del evento— coincidimos en decir que se trataba de arte conceptual crítico con la miseria del intelectual que apenas obedece al pensamiento calculador. Intelectual de Mercado, nos muestra al sujeto ahído de consumismo, uno que con manos suplicantes pide lo aplaudan a diestra y siniestra por conjugar al dedillo los verbos que edifican el ciclo de la santificación en el progreso siglo XXI: devastar, producir, devorar. Ya le llegará el turno de ser exhibido en la sala de la chimenea a Intelectual de Mercado y, al igual que este instante con La Noche del Búho Argentó, veré otro cuadro. Tal cual señala nuestro anfitrión, las comparaciones no vienen al caso cuando se trata de distintos tiempos y espacios (*De esta manera se está desarrollando el primer encuentro del señor A con Claudio Cordero Crispin. Estaba asegurado, más pronto que tarde se iban a reunir en Café Vía Tarot, por cualquier motivo hubiese salido a luz el nombre del escritor de CIE en una conversación con Xavier Pacheco, lo extraño es que no haya sido así antes. En cuanto a Clara, según Xavier Pacheco, la invitó por-sí-acaso nomás, y la escueta respuesta en el correo se lo tomó a broma ya que no le falta de chistosa e impredecible a ella: “Ni muerta me pierdo el desvelamiento de La Noche del Búho Argentó”. Clara resultó la segunda sorpresa para el señor A, se había convencido que nunca volvería a verla por la distancia insalvable que supone el océano a un montañés empedernido —él todavía no imagina su residencia en la Tierra fuera de Villa Juárez, lejos del manso Ilaló y el cinturón de fuego volcánico andino—.*)

CLARA (se dirige al gran espejo que está detrás, perpendicular al cuadro, a su costado derecho, yuxtapuesto en los ventanales que brindan la acuarela del patio de los naranjos): Xavier, instantes antes de la develación, me metió en la cabeza lo que volvió a repetir ante todos, que hay que mirar a este cuadro a través del espejo. Más o menos me dijo “quiero oír de ti que sí viste como yo a la lechuza balanceándose majestuosa entre los

tejados del caserío”. Está claro que sin ese aviso no correría a ver a La Noche del Búho Argentó desde el espejo como lo estoy haciendo ahora. Cuando Xavier dijo “quiero oír de ti que sí viste como yo a la lechuza balanceándose majestuosa entre los tejados del caserío”, da por sentado que eso va a suceder si actúo en consecuencia y para comprobar su aserto estoy aquí parada frente al espejo (*los contertulios tenían la vista puesta en ella y el espejo rectangular empotrado como si fuese parte del dilatado ventanal de más de dos metros de altura. Clara estaba absorta con el reflejo del cuadro. Tras la pausa, dio vuelta para fijarse en el cuadro del caballete y de nuevo volvió los ojos al espejo exclamando con el brazo derecho extendido.*) ¡Ahí está, no hay dónde perderse! Vengan ustedes dos a ver otro cuadro desde el espejo... la lechuza se balancea recién aterrizada, empieza a replegar sus alas, simbolizando a la noche de luna escarlata cayendo en los tejados rojos del pueblito del violín, la posición de sus garras separadas —la pata derecha adelantada lo justo a la pata izquierda— delata el movimiento del cuerpo del ave ligeramente volcado hacia delante para lograr el equilibrio davinchesco, con el perdón de la jerga de los críticos pictóricos. ¿Qué opinan?

CLAUDIO CORDERO CRISPIN (*copa y botella en mano se acerca al espejo para deleitarse con el avisado hallazgo*): La luna llena, la lechuza equinoccial, desciende a un caserío desierto, fantasmagórico, ahí no medran más humanos que los que estamos acá afuera rendidos a la modalidad visual de sentir. Fantasmagórico porque los pintorescos pueblitos andinos de adobe o ladrillo, de tumbado de carrizo, con techos de teja a dos aguas, se extinguieron en pro de la fealdad del bloque con ventanas que no reflejan poesía alguna. La lechuza está por plegar las alas para estacionarse una eternidad en el caserío vacío, seducida por el violín de la soledad alegre que hace su

elogio a la estulticia. No te preocupes, Clara, por la jerga de la secta de los críticos de arte, no es en nada más digerible que la de la secta de los críticos literarios, ambas sectas son medio venenosas, no se las puede tomar en serio. Hace no mucho un escritor de fuste dijo que escribía para tener trescientos años ocupados a los críticos, fue un acto de sarcástica modestia porque en realidad una obra de arte que se precie como tal tendrá ocupados a los críticos un eón, o mejor dicho hasta la desaparición del Homo sapiens. Uno dice con orgullo he visto el mejor cuadro del maestro universal tal, me paré frente a él cinco minutos y no más porque tenía que aprovechar y ver otras veinte o treinta pinturas de igual catadura. Sí, no quepa duda de que vi lo que pude en afamados museos europeos, pero si no fuese por las películas documentales o ficcionales hechas para guardar en la memoria algunas de las pinturas de todas las épocas, por ejemplo las de Vermeer —que llegan a treinta y pico de creaciones—, no tendría idea de su contenido y valía a pesar de haber estado parado frente a una o más de ellas durante cinco largos minutos. Que veas una obra de arte instantes no quiere decir que captures su esencia, salvo que tengas una visión eónica de ella fruto de un lapso cuántico, tal como sucede en las develaciones de Café Vía Tarot, aquí uno se funde con La Noche del Búho Argentó, apenas abriendo los ojos.

CLARA (*despartiendo con el autor de CIE*): De hecho eres tú el que aspira a quedarse fuera, ¡un eón!, de la secta Gestores Culturales que, amparándose en la desaparición del último artista del hambre kafkiano, colgó en su escudo de armas la leyenda “El arte ha muerto”. Eón, es el campo defensivo que rechaza la levedad de los gestores culturales que apuestan por el artista desechable cual efímera. Tu eón pone distancia infranqueable con el artista obediente y rendidor en un lapso

predeterminado por la institución que lo auspicia, que lo tiene sujetado.

SEÑOR A (*plegando al revuelo provocado por La Noche del Búho Argentó, desde el espejo*): No se equivoca el ilustre autor de Crónicas de Islas Encantadas, la visión de La Noche del Búho Argentó es eónica, no es capturable en el tiempo astronómico la lechuza balanceándose sobre el caserío... No hay ilusión ni engaño a nuestros ojos, en el espejo está plasmado el aterrizaje de Selene; nos hemos ahorrado una eternidad al ir directo al movimiento que irradia a la pintura entera. Esto, ahora fundamental, no pude advertirlo en el patio de los naranjos a punto de cosecha. Allá observé otro cuadro de la misma pintura: La Noche del Búho Argentó, a plena luz vespertina. No había espejo que refleje el equilibrio daVINCHESCO (bien dicho de tu parte, Clara), y me alegro que entonces Xavier no hizo mención alguna a este detalle que lo descubro junto a ustedes. La pintura del patio de los naranjos fue un hallazgo al ritmo del cante desgarrador de Camarón de La Isla con su álbum "La leyenda del tiempo", las luces y sombras del entorno bucólico completaban el conjunto de poesía diurna. Creo que aquella impresión de La Noche del Búho Argentó, incendiada por el sol de venados, no podrá ser igualada. Así como es cierto que esta visión en la sala de la chimenea, y el espejo, tampoco podrá ser igualada.

CLAUDIO CORDERO CRISPIN (*botella en alto pide a sus contertulios muestren los recipientes de brindar, los aludidos traen sus vasitos de una dosis para ser rellenados y disponerse a pasar por el gaznate el hoy declarado güisqui predilecto de la casa*): Muy agradecido, señor A, por tus comedidas alusiones a Crónicas de Islas Encantadas. Como me he enterado aquí y ahora, Clara, por esos misterios que genera la realidad cuántica, hizo de intermediaria para conectarnos en Café Vía Tarot. Ella tuvo la

gentileza de obsequiarte intempestivamente la doble edición de una obra que te habrá hecho rabiarse si no es que la confinaste en el baúl de las cosas insufribles... ¿O acaso tú tienes al respecto grandes preguntas? (*Cierra su intervención con una carcajada que contagia a los contertulios.*)

SEÑOR A (*atento a las palabras de Claudio Cordero Crispin, percibe que en el trasfondo está latente que con antelación ha sido investigado por éste en el ciberespacio. Con ello el escritor le está dando luz verde para que cualquier momento le remita, de viva voz, las cuestiones básicas que ha rumiado meses acerca de Crónicas de Islas Encantadas. Así lo acaba de comprender con meridiana claridad, su paciencia va a ser recompensada mucho antes de que concluya la segunda develación de La Noche del Búho Argentó, valió la pena no haberse precipitado en pos de las respuestas, las circunstancias trabajaron para él mejor que un reloj suizo*): Amigo Claudio, así sea a costa de aburrir un rato a nuestros amigos antes de entregarnos nuevamente a La Noche del Búho Argentó, voy a proceder a hacerte las grandes preguntas que tengo sobre tu libro señero. Uno: ¿Por qué darse el trabajo monumental de repetir una obra gigantesca cambiando de sitio las palabras pero que el sentido de la suma de éstas quede idéntico? Dos: ¿Cuál de las dos versiones es la original?...

CLAUDIO CORDERO CRISPIN (*enseriándose hace un gesto de condescendencia al señor A, mientras la perplejidad de Clara y Xavier Pacheco va en aumento por ser ajenos al misterio que en Café Vía Tarot se está desovillando*): Estimado amigo, trataré de ser lo más sucinto y explícito en mis respuestas. De lo primero digo que no cometí ningún trabajo extraordinario extra, sería una monstruosidad, una soberana estupidez, el sólo intentarlo me volvería un energúmeno. Entrar en semejante labor de hormiga desquiciada sería masoquismo puro y duro, ya tuve bastante con el manuscrito de Crónicas de Islas Encantadas. La

cosa se dio gracias a la genialidad del señor Franz, un fuera de serie en las artes de la programación informática. Coincidió que Franz, en usufructo de vacaciones, se hospedó en Villa Molinillo -mi parcela silvestre de la isla Puná-, esto por los días que había puesto el punto final a Crónicas de Islas Encantadas. Me hallaba ya avanzado en el proceso de publicar la obra, que no es otra cosa que librarse de la manía de corregir, y con ello dejar que el paso del tiempo haga que uno casi se olvidé de que fue su autor. Me ha venido cual masaje relajante del cuerpo -mente el que corran los días desde la liberación de CIE, es la sensación de que no eres vos sino otro ser el que acometió en tamaña empresa ficcional. Fue así que Franz me halló embebido en la agitación propia del asalto final de la publicación de CIE, estaba empeñado en que surjan simultáneamente por la vía digital de DPM y por la vía impresa de ChasquiSpace. Cierta tarde de amable cervecar en el mirador de Villa Molinillo, estábamos muy a gusto con la brisa ribereña y el resplandor del manglar, bajo el influjo del álbum "Animales" -que a propósito le agrada mucho a la lora del patio de los naranjos, Chachi; recuerdo que la pasada ocasión que estuve por acá, fue una maravilla oír la pedir la música de "Animales" emulando los sonidos del perro, el cerdo y la oveja-. Promediando el clímax de "Ovejas", se me ocurrió platicarle a Franz de que sería fantástico que existiese el esclavo de silicio que haga una diferencia consistente, sistemática, y a la vez apenas perceptible entre la versión digital y la impresa, o sea, que cambien de sitio las palabras a lo largo de mil páginas pero que permanezca idéntico el contenido de CIE. Franz pareció no escucharme, se despegó de la mecedora tarareando con una guitarra invisible entre manos los últimos acordes de "Ovejas", y se fue a cambiar de aguas. Cuando regresó brindamos por la música y letra inspirada de cabo a rabo en la

fábula vigente de Orwell, Rebelión en la granja. Ya no me acordaba de la ocurrencia que le participé a Franz, pero éste repentinamente, entre jodido y chistoso, disparó su reto insoslayable: “¿Qué harías si te digo que mi esclava de silicio, Dulcinea 3000, te hace eso y más en dos patadas?”. Tú, señor A, tal vez seas el único que está en condiciones de rendir testimonio de que Dulcinea 3000 así lo hizo. En cuanto a lo segundo, ¿cuál de las dos versiones es la original? El libro digital, publicado en DPM, carga el manuscrito del autor-editor de Crónicas de Islas Encantadas. No he revisado la versión del libro impreso, ni siquiera lo tengo de adorno en mi biblioteca básica. Franz no tardó nada en meter el PDF de CIE en mi cuenta de ChasquiSpace y, tal como habíamos quedado, me llamó para decirme que estaba dado el comando de publicación en simultáneo con el libro virtual de DPM. Era parte de la apuesta lo de esperar que un lector atento nos avise si se concretó la versión de Dulcinea 3000, cosa que podía no darse, que nunca aparezca un señor A (*Acto seguido pidió al señor A — quien sumido en intermitentes carcajadas compulsivas no podía ocultar su alegría por haber obtenido así de fácil tan sorprendentes y a la par rotundas respuestas—, dejen para otra ocasión los detalles de la cara impresa de CIE, que bien vale concertar para ello una reunión a futuro próximo, Franz incluido, siendo la sede isla Puná y la anfitrióna Villa Molinillo, lo que contentó al grupo que prosiguió sin más con su contemplación de La Noche del Búho Argentó.*)